



# LA VALIJA ROTA



EDUARDO GÓMEZ SIGURA

---

# LA VALIJA ROTA

---

COLECCION DE CARTAS

SOBRE

POLÍTICA, HISTORIA Y LITERATURA

con una carta-prólogo de

D. EMILIO CASTELAR

y

EL JUICIO DE LA PRENSA SOBRE LA PRIMERA EDICIÓN

SEGUNDA EDICIÓN

---

**Tomo II**

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894



**PROPIEDAD DEL AUTOR**

**CORRESPONDENCIA SOCIOLÓGICA**  
**ENTRE EL COMPAÑERO PEROTE**  
**Y EL COMPAÑERO POSTAS**





## CARTA PRIMERA



us reflexiones no me desarman. Más aún: siento acrecer mi odio á cuanto existe, de modo tal que parece que el odio, como la bilis, se produce por el trabajo excesivo de alguna entraña.

¡Resignarse! ¿y quién lo dice? ¿Tú? ¡peregrino consejero!... ¡Resignarse! ¿y por virtud de qué poder? ¿de el de las ideas religiosas? ¿de el de los principios filosóficos? ¿de el de una esperanza que ningún presagio alienta, ó por el de la perspectiva de un mejoramiento que ninguna razón abona?... ¡Nombre de Dios, y cómo disparatas!

Es fácil, y también cómodo (ya ves si concedo), es facilísimo resignarse con la noble adversidad; pero no lo es resignarse con la ruin miseria. El general que ha perdido la batalla en un encuentro decisivo, el diputado que ha perdido el salto en una crisis ministerial, el banquero que ha perdido la pista en una cotización de fin de mes, no necesitan hacer ningún esfuerzo para llamar sobre sus ánimos la resignación, porque el fracaso militar, el fracaso político, el fracaso bursátil, cuando no llevan aparejada deshonra evidente y total ruina, son contrariedades que, como el agri dulce de ciertas frutas, destinadas en las mesas espléndidas á moderar el empalagoso hastío de los almíbares, interrumpen por algunos momentos la monotonía de una dicha siempre igual, para hacer más apetecible y más sabroso el deleite nuevo. Sí, amigo Postas, al general que no ha ganado, al legislador que no ha subido, al bolsista que no ha triplicado, les queda casa, les queda dinero, les queda consideración, les queda una censura amiga, una justi-

cia parcial, un nombre sonoro; ¡pero yo! yo soy aún de peor condición que los vencidos, tanto, que con tono plañidero exclamo algunas veces: ¡Bienaventurados los que pierden, porque ellos tienen algo que jugar!

¡Resignarse! La palabreja me ha hecho cosquillas; pero ¡calla! que aún has conjugado ese verbo en un tiempo más chusco.

Todo el mundo se resigna—has añadido.—¡Tolo el mundo! Que se resigne Bonaparte en Santa Elena; que se resigne Maximiliano en Querétaro; que se resigne Pío IX en su cautiverio, en su hermoso cautiverio del Vaticano, después de la entrada de Víctor Manuel en el Quirinal, ¡vaya una gracia! Nadie tiene motivo para desvergonzarse con una fortuna que, habiéndole sonreído más ó menos tiempo, le vuelve, al morir, la espalda. Además, cuando se cae de un trono, es preciso caer de pie, no de rodillas. Pero yo no me duelo de haber caído; precisamente lo contrario: me duelo de estar eternamente sentado. La adversidad puede consistir en llevar un

cetro sin gloria y blandir una espada sin éxito; pero no puede consistir en manejar la lezna mal ó bien. No; no sería con la noble adversidad con la que tendría que resignarme, tendría que resignarme con seguir haciendo zapatos, y francamente, esto no puede pedírsele á ningún caballero.

Déjame, déjame, amigo Postas, gritar, maldecir, retorcerme, reconvenirme, desesperarme. Pues qué, si yo no tengo derecho á estos desahogos, ¿cuál es mi derecho? Pero ¿qué le importa al mundo tu desesperación? —preguntarás. — ¡Cómo? ¿crees tú, acaso, que mi desesperación es un sentimiento estéril, una pasión vacía, un grano de pólvora mojado, algo así, en fin, como la célebre pistola de Pirrojo, que siempre daba gatillazo? No, mi desesperación, sumada con la de todas las demás víctimas, constituye una fuerza desconocida é irresistible. Ya verás, ya verás cómo un día la dejamos caer sobre la sociedad que nos explota y la aplastamos. ¿Llegará ese día? ¿está próximo? ¿está lejano? No sé la distancia á que

me encuentro de él, pero la tengo ya por inevitable, después de haber creído muchas otras veces que sería en extremo fácil evitarlo. Sí, creía yo que el suelo es demasiado rico, que la tierra es demasiado extensa para mantenernos; para soportarnos á todos; pero quien podía utilizar esos grandes recursos de la naturaleza en provecho unánime de la inmensa comunidad humana, se ha negado y se niega á ello. Dicen los Estados: el problema social no tiene solución. ¡Ah! no la tiene para los Estados. Pues nosotros la buscaremos. Mejor dicho, está buscada. ¡Anarquía! hé ahí el secreto de nuestra emancipación. Anarquía en las leyes y en las cosas; y el que mande mande, y el que pille pille. Mercados... ¡abajo las transacciones! El que pueda criar una patata y alimentar un borrego, que se los coma... Comercio... ¡abajo las tiendas! El que pueda tejerse una tela y cortarse un abrigo, que se vista... Inquilinatos... ¡abajo las casas! El que pueda construirse una choza, que se defienda de las intemperies.

Un día le tocó á la cruz y hoy le toca á la piqueta ser el signo de la redención. Nuestra lógica está en nuestra desventura; nuestra fuerza en el número; nuestro orgullo, nuestra comodidad, nuestro único medio de defensa, en destruir á prisa, en destruir de veras, en destruirlo todo.

Cuando los tronos hayan caído hasta rodar por el cieno de los arroyos, y el aliento de las muchedumbres redimidas haya subido hasta lo alto de los alcázares como un tósigo mortal; cuando los pobres, los enfermizos, los ateridos hijos del pueblo hayan desentumecido sus miembros al calor de las llamas del incendio de los archivos públicos, y la inundación universal del odio del proletariado haya apagado para siempre la sed de mando, de riquezas y de honores de la ilustre, de la egregia, de la gran canalla; cuando cada hombre haya reivindicado la iniciativa que le sustrajo el Estado para constituir su fuerza; cuando no quede ni más ni menos que una sola raza, una sola soberanía y una sola tie-

rra; cuando todo retiemble, se descoyunte, se disuelva, ¡ah! entonces habrá llegado la hora de construir, con sujeción á nuestro modelo, á nuestro ideal, la sociedad nueva, sirviéndonos del polvo de las ruinas, amasado con la sangre de los grandes derramada.

Diráse que es triste cosa destruir para edificar; pero ¿no destruyó Dios con el diluvio un mundo para crear otro mejor? Vais tras del bien—exclamarán algunos espíritus cobardes,—pero realizadlo sin daño. ¿Sin daño?... ¡Ah, imposible! La sangre es á la reforma lo que la masa agria al pan, una levadura fatalmente indispensable. Yo también he soñado alguna vez con una victoria sin vencidos, con una redención sin calvario; pero ¡ah! soñar no es vivir...

Esto es decisivo. La suerte está echada. El viento se desencadenará muy pronto, y cuanto existe caerá. Resuélvete, amigo Postas, y súmate. Toda perplejidad á esta altura es ignominiosa y comprometida. ¡Pardiez! ¿Cómo tú, el tribuno de fuego, el rayo de la elocuencia en

nuestros congresos internacionalistas, en nuestras asambleas regionales y nuestros centros de propaganda, te rectificas en privado, y contradices todos los fundamentos de tu vida pública, cuando hablas al oído de quien no puede delatarte, cuando hablas á mí oído? Muchas veces te he dirigido la misma pregunta sin obtener respuesta satisfactoria. Haces en las cartas que me escribes mofa de los principios que en público afirmas, y recatas la explicación de esa doble conducta, en virtud de la que apareces sintiendo una cosa y defendiendo otra. ¿Es que tratas de embromarme? Pues para broma basta. ¿Es que temes que yo abuse de tu confianza? No; demasiado seguro estás tú de mi amistad, de lo intenso de mi amistad, que ha llegado á constituir mi única flaqueza, cuando no has tenido reparo en escribirme cartas que servirían de piezas de convicción en el proceso de tu deslealtad para con la asociación á que pertenecemos. ¿Cuáles es, pues, el motivo de tu reserva en un punto que no tiene racionalmente explicación posible?

Habla, habla de una vez. Espero tu última palabra, tu confesión íntima, con curiosidad, con ansia, más aún, con cierto pesaroso regocijo, porque tal pudiera ser que llegara á convencerme de que estoy y he vivido en error.

Mientras tanto, que Dios ó el diablo prospere el futuro reinado de la anarquía.

PEROTE.







## II

**L** agua es buena? Pues no te preocupes por el manantial. ¿Qué importa que el manantial esté cubierto de olorosas yerbas en el declive de la verde sierra y la superficie sombreada por el rojo bello matiz de los madroñales, ó que esté oculto en sitio retirado, pedregoso y sombrío?

Yo te he dicho que vas por camino errado, y he hecho acompañar la razón al aserto. ¿Es contundente la razón? ¿No? Pues basta de discurso. ¿Sí? Pues no te pares á examinar su origen; de todos modos, es igual, siempre tendrá la mis-

ma fuerza, proceda de un hombre corrompido ó de un varón recto. ¡Que definiendo una cosa en público y otra te digo á tí! Muy bien; pero ésa es una contradicción que queda á cargo de mi conciencia, y que tú no puedes reprocharme. Te importaría saber si es contigo ó con el público con quien soy sincero, y eso lo sabes de sobra; es decir, sabes que sólo cuando á ti te hablo pongo oído al corazón.

Ahora, Sr. Perote, pues te muestras decidido á convencerte si mi dialéctica te rinde, según anuncias en el consolador final de tu carta, voyme al grano, procediendo, por supuesto, sin artificio retórico y con el aplomo de una crítica juiciosa.

Las pretensiones de la asociación anárquico-internacional-colectivista pueden ser examinadas en su espíritu, por su alcance y con relación á los medios excojitados para hacerlas triunfar.

Examinadas en su fondo, poco tengo que decirte. Siempre resulta que el mundo anda mal y que podría andar mejor; que la fortuna está muy condensada y

que no hay obstáculo para que esté muy diluída; que los desheredados son muchos y que podrían ser menos. En fin, esto es de sentido común y de sentido cristiano, y como sobre vuestras pretensiones flota el espíritu de una reforma social que todos tenemos por equitativa y por necesaria, te repito que, en su espíritu, vuestras pretensiones no deben asustar á nadie. Pero les dais una proporción extrema, un alcance extraordinario; por obcecación, por estímulo de esa fiebre que acomete á todos los innovadores, por el paroxismo del sentimiento de una justicia mal entendida, por algo disculpable, en suma, no quiero creer que por refinamiento de crueldad y embriaguez de odio, lleváis vuestros planes hasta el último límite, anheláis internaros en la sociedad como cuadrilla de leñadores en el bosque, para no dejar en pie nada de lo que encontréis al paso, y, francamente, esto es un gran crimen, y un crimen sin resultado, porque yo concedo al pesimismo una magia que no tiene: admito que la chispa brote de la noche, que el des-

concierto engendre la armonía, que del exceso del mal salga lo bueno, lo útil, lo justo; en una palabra, afirmo (y esto sí que es ir lejos), afirmo que conseguiréis llenar con unas nacionalidades tiradas á cartabón, como las líneas de una calle, el vacío que deje el aniquilamiento de las nacionalidades que existen; pero ¿cómo vais á triunfar de los poderes constituidos? ¿Cómo? Tendréis un procedimiento; y bien, ¿cuál es ese procedimiento? La anarquía. ¿Y qué es la anarquía? Es, así la habéis definido vosotros mismos, es la relajación de toda disciplina, de todo vínculo externo; la proscripción de todo género de instituciones políticas, civiles, religiosas; el descuartizamiento del Estado para que cada entidad humana recobre la parte de iniciativa que éste le sustrajo; el rompan-filas, el desorden caótico, la fortaleza del poder central diseminada en una multiplicidad de soberanías individuales, la dispersión de los pueblos, la desbandada. Pues, amigo mío, con números sueltos, con gentes que no obedecen á Rey ni Roque, con es-

fuerzos parciales no se dan batallas. Però ¡ah! es que vosotros (y esto sí que es anómalo y peregrino), es que vosotros los niveladores tenéis una doctrina común, un interés común, y formáis, por la mancomunidad del interés y del pensamiento, un conjunto humano armónico: luego aceptáis el concepto de la sociedad, pues que vivís en ella... Para destruir es preciso señalar un día y elegir concretamente un género de conjura. ¿Quién va á señalar el día y á elegir la trama? ¿Cada cual desde su pueblo, desde su rincón? No, tenéis que reuniros en junta y discutir lo uno y lo otro; ¡junta!... ¡discusiones!... ¡acuerdo!—hé ahí la asamblea deliberante... Todos no pensarán lo mismo en lo accidental, en los pormenores de ejecución, por más que sobre lo sustantivo no difieran, y será preciso, para llegar á una afirmación práctica, que el voto dirima la controversia; ¡el voto decidiendo!—hé ahí el principio de la legalidad parlamentaria, de la legalidad de las mayorías... Los vencidos por el número deberán conformarse con la resolu-

ción triunfante ó abandonar el gremio; ¡conformarse á la fuerza!—hé ahí el principio de la disciplina... Acordados el medio y la ocasión, aún quedará mucho por hacer, habrá que organizar las huestes, distribuir los servicios, remover dificultades imprevistas y dictar las resoluciones de carácter perentorio que exijan las circunstancias; y esta obra varia, compleja, trascendental, de todos los momentos, necesita encomendarla el partido á una delegación de su seno mismo; ¡enflaquecimiento individual y concentración de fuerzas!—hé ahí el principio del gobierno. Pero no basta delegar en una comisión más ó menos numerosa el ejercicio de funciones determinadas; es necesario que cada uno de los iniciados robustezca esa comisión otorgándole una parte alícuota de su soberanía, para que sus providencias sean ejecutorias y sus mandatos obedecidos: ¡despojo voluntario y obediencia inevitable!—hé ahí el principio de autoridad.

De suerte, amigo Perote, que vuestro *desiderátum* es desatar á los hombres del

vínculo social, del vínculo de las leyes, de todo vínculo que pueda hacerles fraternizar y compenetrarse, y para conseguir ese resultado tenéis que empezar por serviros de la eficacia de los principios mismos á cuya ruina fiáis la realización del ideal ansiado, es decir, empezaréis por acogeros y ampararos de la virtualidad del principio de autoridad, del principio de gobierno, del principio de disciplina, del principio parlamentario. ¡Vamos, si esto no es estar locos!... ¡Ah! Y créete que lo siento por ti, por ti, que aunque haces zapatos, bien podrías saber dónde te aprietan los tuyos, porque Dios te ha dado luces para ello; por ti, que puedes servir para algo más que para artífice de obra prima. ¡Malhaya, malhaya! .. Si esos atracones de letras que te das á la luz del candil cuando sueltas la lezna, leyendo la historia de los jacobinos y bebiendo en otras fuentes revueltas de la literatura patibularia, te los dieses hojeando libros de sana lectura; si hicieses entrar en caja tu juicio, y pusieras tus ideas en orden; si ya que,

de buena fe, por tu mala estrella, ingre-  
saste en las asociaciones colectivistas,  
formaras en el grupo de obreros que bus-  
ca el triunfo de la causa por medio de la  
política, quizá, quizá, algún distrito fa-  
bril te enviase á las Cortes, y allí, pro-  
nunciando discursos, que todo es tomar  
la tierra y perder el miedo, te abrirías  
camino. No serías tú, no, el primer per-  
dulario que suelta las hormas de cons-  
truir zapatos ó de construir sombreros  
para irse á las Cortes y salir luego de  
ellas convertido en un excelencia, un  
héroe ó un capitalista con crédito y fon-  
dos para trocar su buhardilla-taller por  
una casa de banca.

Aún es hora de corregir el yerro; escú-  
chame y trasfórmate; mira que por el ca-  
mino que llevas, si hoy te pasas la vida  
haciendo zapatos, mañana te harás...  
cualquier cosa peor.

Y hemos llegado al punto culminante.  
Vas á oír la explicación de lo que tanto  
anhelas conocer, y si antes no he satis-  
fecho tu curiosidad, bien sabe Dios que  
no ha sido por miedo á que me delates.

Pues qué, ¿todo lo que se dice en la plaza pública es la traducción literal de lo que la conciencia siente? Pues qué, ¿las ideas que se profesan un día se han de profesar otro y otro? Retractarse, ¿es delinquir? ¿es ni siquiera ya motivo de escándalo? Puede pasarse el padre Jacinto al racionalismo y el hermano Martos á la monarquía sin que el equilibrio se altere, ¿y yo no puedo restituirme á mi propia razón abandonando las filas de un partido de locos, sin correr riesgo de que me delaten? ¿Y ante quién? ¿Ante las gentes honradas? ¿Ante el señor juez? ¿Ante el juicio de los contemporáneos?... Pueden recogerse en medio de la indiferencia general las afirmaciones que se hacen en el púlpito de una catedral ó en la tribuna de un congreso, ¿y no puedo yo recoger en santa calma las cuatro majaderías que he dicho en tal cual teatrillo de verano subido sobre la joroba de tal cual compañero? ¡Bah, bah! malicioso Perote, no desbarres, y créeme, si antes no he satisfecho tu curiosidad, ha sido porque necesitaba traer á colación ante-

cedentes íntimos de familia, y no quería remover el triste fondo de mi existencia.

Pero, en fin, lo prometido es deuda, y manos á la historia. Sábetelo, compañero, que yo no he conocido á mis padres, ni puedo asegurar si los he tenido ó soy todo un caso de generación espontánea. Á esa edad en que uno comienza á darse cuenta de sí propio me encontré en casa de un delicioso presbítero á quien yo llamaba *chache*, y de una señora benditísima, ama de su reverencia, á quien llamaba *chacha*. La *chacha* y el *chache* me llamaban á mí *nene*. Cuando cumplí once años me pusieron á estudiar en el seminario de Granada, y cuando cursaba, con gran aprovechamiento, según decían mis maestros y rezan mis notas, el segundo año de filosofía, ó sea el sexto de la carrera, el *chache* me jugó la mala partida de morirse, y su ama, ó por pesadumbre, ó por cierto género de sublime nostalgia, ó porque tuviese sencillamente sus días cumplidos, sólo sobrevivió al inolvidable presbítero dos meses. Su reverencia pertenecía á una clase de

curas de los que entonces había pocos y hoy apenas si queda alguno; pertenecía á esa clase de sacerdotes que son lo que Jesucristo quiso que fuesen: mansos, humildes, caritativos; no tenía nada suyo; sus labios siempre estaban abiertos para perdonar. y su alacena abierta siempre para dar de comer; murió pobre, dejándome, por consiguiente, en medio del arroyo. Si yo hubiese vuelto al seminario, posib'le es que mis profesores me hubiesen facilitado medios de terminar la carrera; pero por aquellos días, triunfante la revolución de Septiembre, apareció un decreto del Ministerio de Fomento autorizando la incorporación en los institutos del Estado de los estudios de la segunda enseñanza cursados en los establecimientos eclesiásticos, y yo, que no sentía gran apego á las funciones sacerdotales y que llegué á sentirme dominado por el influjo de aquella época, inaugurada en Cádiz, época demasiado propicia para estimular las pasiones y la ambición de la gente joven, decidí marcharme á Madrid á seguir una

carrera literaria, utilizando la ventaja que me ofrecían las reformas introducidas en el plan general de instrucción pública. Hubo buenas almas que trataron de disuadirme de mi propósito; pero yo, cerrando los oídos á cuantos consejos pudieran hacérmelo quebrantar, me eché en el bolsillo las cuatro alhajillas que quedaron, por todo caudal, al fallecimiento de sus reverencias, y con unos cuantos duros que los antiguos amigos de la casa me facilitaron como resultado de una piadosa y espontánea colecta, me encaminé á la corte. ¡Oh! ¡Para qué enumerar las amarguras que yo devoré en Madrid! Muchas de ellas las conoces tú; otras las pasamos juntos. Dicen que Dios ayuda á los hombres en las nobles empresas. No es verdad. Yo lo invoqué una vez, y otra vez y mil veces, siempre sin éxito. Al fin me rendí, pero á las muchas jornadas de un camino en el que pocos andan dos pasos sin desesperarse. Después de haber buscado inútilmente una ocupación cualquiera que me dejase en claro algunas horas para mis

estudios, á costa del trabajo del resto del día; después de haber vivido meses enteros á pan y agua, sin dejar de asistir nunca á las aulas universitarias; después de escribir artículos tras artículos, que le parecían perfectamente á todo el mundo menos al propietario del periódico donde se publicaban; después de haber ofrecido mis servicios de mancebo á todos los boticarios, mi pluma de escribiente á todos los curiales, mis pies de corredor á todas las casas de comercio; después de haber dormido muchas noches al raso y de haber pasado muchos días tragando saliva para engañarme á mí mismo, dándome á entender que comía algo, desfallecí, caí, me desesperé, y consecuencia inmediata de esta desesperación y de estos desalientos: que me metí á patriota, y, como es natural, di en la cárcel; allí estabas tú y allí nos conocimos y fraternizamos. El Saladero era por aquellos días, puede decirse, una especie de Parnaso, donde los grandes tribunos de plazuela paseábamos á la sombra, por la misericordia de un Go-

bierno reparador, los rigores estivales de una estación política demasiado ardiente. Cuando salimos de las prisiones volvimos á las andadas, pero yo me cansé de invocar en el club de la Yedra al dios Marte sin conseguir que lloviese fuego sobre el Madrid impuro, y aprovechando un momento de sana inspiración, me volví á Granada con el propósito de reanudar la carrera interrumpida y consagrarme á la Iglesia, dado que los señores catedráticos, á quienes debí en otro tiempo tantas atenciones, quisieran protegerme. Pero ¡ah! la noticia de mis triunfos tribunicios (¿?) y de mis fechorías de demagogo, conducida por las auras de una triste popularidad, había penetrado dentro de los muros mismos del viejo seminario, y sus paternidades me recibieron con la cruz puesta y la cara asustadiza, como quienes temen el contagio de un apestado. Entonces volví á caer, lanceme á la orgía, zambullime en el hervidero de las pasiones revolucionarias, y hubiera muerto al trasponer de una esquina, quizá en Ceu-

ta, quizá ahorcado, si no me hubiese, en este nuevo camino de perdición, salido al paso una zagala linda, vaporosa, casta, que me rindió de amor. Nazarina, aunque por su hermosura majestuosa, sus formas escultóricas y su raro donaire parecía hija de un César, era tan sólo hija de un sastre; pero, aldeana ó reina, cortada estaba para mí, y me casé con Nazarina. ¡Oh, y qué deleitable es la existencia así compartida!... No podrás, por mucho que te la exageres, darte cuenta cabal, amigo mío, de lo hondo de la transformación que yo sufrí bajo el dulce influjo de mi sin par zagala. Constreñíme á no vivir más que para ella, á trabajar para ella de cualquier modo, en cualquier oficio, y como tenía el maestro dentro de casa, senté plaza de sastre sin preocuparme un momento de la llaneza de la ocupación, que, aunque no á la sociedad, lo mismo ó mejor se honra á Dios ganando panes con una aguja que reinos con una espada.

Tenía además, para perseverar en esta vida oscura, honrada y laboriosa, una

razón de noble egoísmo, cimentado sobre cierto linaje de convencimiento religioso. Pensaba yo que, andando el tiempo, tarde ó temprano, recibía su galardón la virtud doméstica; pero en esto preciso es confesar que me engañé, pues á medida que iban siendo mayores mis necesidades y mis desvelos, iba disminuyendo la parroquia. Bien es verdad que por mucho que se afanó el virtuoso padre de Nazarina (que gloria haya) para transmittirme su ciencia (que no era mucha), yo no conseguí ni he conseguido todavía aprender á cortar pantalones, sino á rasgar tela de pantalones.

En fin, ello es que, abrumado por el desequilibrio, para mí más funesto que el europeo, abrumado, repito, por el desequilibrio que formaba con lo numeroso de mi familia lo reducido de mi clientela, dime á meditar un día gravemente sobre el modo y forma de romper el hielo de esa fatalidad que me atosigaba con pesadumbre ya irresistible.

Yo no sé las extravagancias en que caí, ni los torpes proyectos á que me en-

tregué. Pedí inspiración á Dios y al diablo. Lloré, reí, maldije. Estrujé mis sienes con mis manos ardientes como para excitar por medio del frotamiento excesivo el estímulo de mis ideas mortecinas. ¡Ah! y después de largo desvarío, de larga fiebre, de larga meditación, sentime regocijado, levanté los ojos, ansiosos de luz, me di el consabido golpecito en la frente y exclamé, con la alegría estridente y retozona del que juzga haber encontrado la piedra filosofal: ¡Pardiez, aún hay algo explotable dentro de mí mismo que yo no había caído en la cuenta de explotar! El valor; hé ahí esa cosa. Porque, eso sí, yo debo ser un valiente en cuanto soy un perdido. Quise utilizar mi inteligencia, y ¡nada! mi honradez, ¡y nada! el ruin trabajo de mis manos, ¡y nada! Desde hoy arrugaré el entrecejo, crisaré las barbas, miraré con mirada turbia para que hasta los menos perspicaces puedan leer en mi ceño y en mis ojos una especie de rótulo que diga: «Este valiente se alquila».

Presumo, amigo Perote, que acaso ta-

les palabras no hayan dejado satisfecha tu curiosidad y que vives esperando que salga el argumento. ¡Alquilarse de valiente!... ¡Oh! Seme franco, ¿no es verdad que eso te parece, cuando menos, un poco laberíntico, en fin, algo que está fuera de las convenciones posibles?

Y, sin embargo, se trata de la cosa más natural del mundo, al menos de la cosa más natural de España.

Mira: cada personaje, no ya de la banca, de la política ó de la sangre, cada personaje mínimo, ó sea cada persona de regular alcurnia y de regular fortuna (aun lo de alcurnia puede suprimirse, basta con lo de regular fortuna), necesita de uno que le vigile la hacienda, de otro que cuide del régimen interior de la casa, de otro que le ponga y le quite el gabán y de otro que le guarde las *espaldas*; es decir, que en la servidumbre de cualquier pinta-monas bien comido entran como funcionarios de pie forzado el administrador, el mayordomo, el ayuda de cámara y el temerón.

Ahora comprenderás que fué todo un

rayo de luz el que penetró por mi frente cuando caí en la cuenta de que había pretendido, como necio, buscar la fortuna diciendo misas, despachando drogas, escribiendo artículos, zurciendo pantalones, cuando, gracias á mi valor, podía haberla hallado mejor y más presto *guardando espaldas*

¡El matón!... ¿dónde hay en España destino más necesario, más corriente, más respetado? ¡Y retribuido! ¡Por los clavos de Cristo, si se puede sacar guardando unas espaldas viejas mucho más de lo que Caracuel sacó en toda su vida haciendo levitas nuevas!

Pero eso sí, resulta, y aquí comienza la dificultad, resulta que, por motivos de un pudor, á mi ver, mal entendido, esta clase de destinos no pueden solicitarse ni otorgarse por la vía ordinaria, por los procedimientos usuales. El caballero que ha menester de un mayordomo ó el ciudadano que ejerce funciones de mayordomía se van á *La Correspondencia* y exponen con toda lisura en la cuarta plana su pensamiento; el uno

puede exclamar: «D. Fulano necesita para su servidumbre... etc., etc.» El otro puede decir: «Fulanico anhela prestar sus *cuidados de...* etc., etc.» Pero ¡váyase usted al órgano más importante de la opinión pública de España diciendo: «Zutano ó Mengano desea colocarse de matón en casa de un señor canónigo ó de un señor marqués ó de un señor magistrado!»

Además, no bastaría, por otra parte, con que el candidato anunciase su pretensión por medio de los periódicos. Para solicitar con éxito esta clase de destinos es necesario acompañar á la solicitud la hoja de servicios, como para ingresar en la Guardia civil ó en cualquier otro noble instituto. El anunciante tendría que empezar por decir: «Fulano de Tal, natural del Perchel ó del Albaicín, licenciado de presidio, condecorado con varias cicatrices, que se ha hecho temer de su suegra, ó se ha comido dos niños crudos, desea colocarse, etc., etc.»

En los pueblos insignificantes, la cosa ya varía. Allí todos se conocen, y el que

ha dado un par de puñaladas á un amigo, ó ha roto unos cuantos cacharros en unas elecciones, ó ha apedreado la ronda del señor alcalde en una noche de verbena, tiene asegurada su colocación. ¡Pero espere usted adquirir notoriedad aquí, en una gran población, por puñalada de más ó de menos!

Te aseguro que la elección del camino para conseguir *buscar colocación á mi valor* me hizo pensar como un filósofo. Pero al fin di con el medio, ¡y qué medio tan expeditivo, tan eficaz! Escucha, Perrote: me hice colectivista. Esto, es decir, el colectivismo, que no sirve para amedrentar á los poderes públicos, de cuyo miedo podría obtener alguna ventaja el proletariado, sirve, no obstante, para asustar á todo ciudadano que dispónese de una peseta. Yo asistiré, me dije, á las reuniones dominicales de los asociados: pronunciaré discursos rociados de metáforas más ó menos bellas, pero ruidosamente espeluznantes; me haré nombrar individuo de la junta regional, y toda la prensa de la población que, ó por reirse,

ó por embutir columnas con materiales baratos, ó por hacer más interesante su lectura, publica la reseña de las sesiones de las juntas de los *compañeros*, y reproduce las catilinarias de los tribunos más fogosos, será la encargada de darme á conocer á los señores, á los banqueros, á los que tienen que perder, y en su febril deseo de guardar, juzgan necesaria y salvadora la sombra de los perdidos. Dicho y hecho. Me inscribí en la asociación, juré sus banderas, y aprovechando el primer día hábil, me fuí al teatro de Isis é intervine en las solemnes diatribas de la asamblea dominical. ¡Qué discurso, mi discurso de estreno! Para hacer boca pedí la cabeza del Sr. Arzobispo, entoné, chapurrándolo de acentos líricos, un magistral canto á la dinamita, y anuncié que en el gran festín para conmemorar el triunfo de la emancipación, se servirían chuletas de carne de noble y licor de lágrimas de Reina. El efecto del debut fué verdaderamente asombroso, y desde aquel día, las auras populares trajeron y llevaron por todos los ámbitos de la ciu-

dad morisca el nombre del compañero Postas como una esperanza de redención para el proletariado y una amenaza de exterminio para la burguesía. Mi pobre taller, antes apenas frecuentado por tal cual oficialete de reemplazo, y tal cual estudiantillo de la escuela normal, empezó á verse lleno de gente empingorotada y distinguida. ¡Ah! ¿y por qué?... ¡por qué!... Cuando cambia la servidumbre de un cortijo, los nuevos operarios comparten durante muchos días su olla con el perro de la cadena para que los reconozca y no les muerda. Yo, desde mi primer discurso del teatro de Isis, había sido elevado por el juicio miedoso (llamémosle benévolo) de la opinión sensata á la alta categoría de fiera, y aquellos nuevos ilustres parroquianos que venían á utilizar los servicios del oscuro y olvidado artista, parecían decirme en su expresivo gesto: «No; no buscamos en ti la elegancia de una tijera hábil, porque más parece la tuya tijera de esquilador que tijera de sastre; ni la finura del hilván, porque ¡bárbaro! tus costuras hacen

llagas; venimos, salvando las exigencias del pudor, á traerte un pedazo de pan por medio del estipendio del trabajo que te proporcionamos, para que mañana, si el grito de «*¡abajo los bozales!*» triunfa, es decir, para que si el gran día de la emancipación llega, te acuerdes de nosotros, nos reconozcas, nos perdones y no nos muerdas.

Perote, ¡qué generación ésta! ¡Qué ricos éstos tan imbéciles, tan desgraciados, tan cobardes, y qué pobres tan descreídos, tan atortolados, tan verdaderamente pobres! Nadie tiene la certeza de sí mismo, la realidad de su posición, de su derecho y de su fuerza. La gente ilustrada y acomodada, que por su ilustración debiera saber que la ola no puede llegar hasta cierta altura, y que por su riqueza podría hacer uso de una piedad fecundante, cree en desastres imaginarios y realiza inútiles desembolsos, cuando dando, por espontánea filantropía, mucho menos de lo que da por vergonzoso miedo, haría bajar considerablemente el desnivel humano, y disminuir la tensión de rela-

ciones entre las distintas categorías sociales. Por su parte, la gente que llamamos desheredada vive en nocivo aislamiento, ó se concierta para fines odiosos é imposibles, y en vez de llevar un puñado de tierra á la zanja abierta por el odio de clase y de raza, la ensancha y la ahonda, acrecentando los obstáculos que dividen á los hombres y á los pueblos.

Pero basta de filosofías que concluirían por entristecerme en una ocasión en que tantos motivos tengo para regocijarme. El caso es, desventurado Perote, que yo he sabido dar con el lado práctico del colectivismo, y ya tienes con esto explicado todo cuanto saber anhelabas. ¡Oh! sí, gracias á mi profesión de anarquista, he podido adquirir una parroquia que me deja muy buenas pesetas y me proporciona muy pocas fatigas, cosa en extremo natural, pues ya se sabe que al mayor rendimiento corresponde la menor suma de trabajo. Yo ya no pincho ni corto; tengo un segundo maestro que maneja las tijeras, y una sección de oficiales que manejan la aguja. Y no para

en esto el aluvión de felicidad que se me ha entrado por las puertas. ¡Ah! estoy á punto de hacer la jugada definitiva; es decir, á punto de colocarme en el destino de mis preferencias, en una casa fuerte, esplendorosa, solariega. Posible es que la ilusión me engañe; pero no, las apariencias, y lo que no son apariencias...

En fin, escucha y juzga por ti mismo la trascendencia del caso:

Hará seis ú ocho días que estuvo en mi establecimiento el mayordomo del Marqués de Aldegraba, para manifestarme que su señor deseaba utilizar mis servicios, y que me esperaba en su palacio lo más pronto posible. El llamamiento parecióme extraño, y aún más extraña la palabra usada para determinar su objeto. ¡Utilizar mis servicios! ¿mis servicios de qué? ¿De tribuno de la plebe, de petrolero, de sastre? ¡Pardiez! bien mirado, la cosa era chusca; pero muy propia, por otra parte, para excitar la curiosidad, y con la más dulce inquietud dirigíme presuroso á la monumental vivienda de los Aldegrabas. Apenas me anuncié, un

hombre, embutido en una casaca por la que cualquier prestamista melindroso hubiera dado de empeño más de la suma equivalente al valor de la paga de un año de todo un señor catedrático de Universidad; es decir, un hombre con fachada de Ministro de la Corona me condujo á las habitaciones de su amo.

Yo saludé al ilustre Marqués con visible cortedad, y su ilustrísima me contestó con un gesto muy expresivo.

—Sentaos--murmuró inmediatamente. Obedecí, y me senté.

El Marqués permaneció de pie con las manos en los bolsillos y la espalda vuelta á la chimenea de mármol del gabinete.

Después de algunos instantes de silencio, exclamó:

—Señor artista, tengo para mí que no hay nada tan engañoso como la notoriedad. Filósofos ¡vedlo ahí! deben encontrarse á granel tras de una esquina, y en esas famosas Academias, en esos Ateneos, donde tantos nombres se popularizan y donde tanto se habla y se escudriña, apenas si se encuentra uno solo para

un remedio. ¡Abogados!... los hay que le cuentan los pelos al diablo extendiendo papeletas de conminación, al servicio de cualquier recaudador subalterno de contribuciones, y en cambio, no saben lo que se pescan muchos de los que figuran con la primer cuota en los principales colegios de España. ¡Oh! y no hablemos de los peluqueros, sombrereros, zapateros y sastres de S. M.; ahí sí que está la verdadera morralla; yo, por mi parte, sé decir que desde que he dejado de utilizar los servicios de esos fulleros, no tengo callos en los pies, ni chichones en la cabeza, ni costurones en la cara. Así es, ya lo comprenderéis, que he llegado á tomarle á la notoriedad verdadero horror. ¿Necesito un médico? Pues lo busco por las buhardillas, por los sotabancos, á tientas, al azar; en habiendo dos personas que me hablen de él, que lo conozcan, que hayan oído su nombre, lo despedido. ¿Zapateros?... No me calzan más que los de portal. ¿Barberos?... Sólo los gasto de esos que tienen por escudos en sus puertas vacías de porcelana de Al-

corcón. ¿Sastres?... Esperad, yo os diré; cuando estuve en París la última vez, hace cuatro años, me equipé de ropa para buenos días; y francamente, no he necesitado, desde ese tiempo, á los señores de vuestra profesión. Pero hoy se me ha ocurrido reponer mi vestuario, empezando por unos pantalones nuevos, y siguiendo mi sistema de prescindir en absoluto de la fama, había resuelto hacer una excursión á los arrabales, á lo más escondido de la ciudad, hasta descubrir un artista hambriento, olvidado, en fin, casi fósil; pero ved qué coincidencia: hace algunos meses que al atravesar por un callejón sucio, estrecho, medroso, cuyo título después no he conseguido recordar, vi sobre el frontispicio de un portalete de las dimensiones de una ratonera un rótulo con estas palabras: «*Postas, sastre.*» «¡Gran Dios!—exclamé permaneciendo absorto delante del tenducho;—este día no es para mí enteramente perdido; ya tengo aquí quien me vista.» Desde entonces acá, como no ha habido ocasión de ocuparos, no había

para qué conservaros en memoria, y os había olvidado; pero hoy, en el momento de lanzarme á la calle en busca del sastre ignoto, se me vino á los labios vuestro nombre, y en vez de continuar, retrocedí, dando á mi mayordomo el encargo de que os buscara sin dilación por todo Granada y os trajese. Estáis ya aquí, conocéis el objeto de la llamada, conque si gustáis... ¡Ah! os advierto que yo tampoco me rijo por la moda; los pantalones anchos, ¿entendéis? muy anchos.

Yo ni siquiera pronuncié una palabra; tiré del metro, tomé cuatro medidas y parti. Había penetrado en la estancia señorial movido de una curiosidad vivísima y la abandoné lleno de turbación. Francamente... ¿el Sr. de Aldegraba era un loco? «*Debe serlo*» — me dije en el primer instante, — y por tal lo hubiera tomado cualquiera; pero su fisonomía apacible, su mirada tranquila, su lenguaje reposado denunciaban á un hombre cuerdo, y hasta en lo que podía tomarse por síntoma de desorden mental, hasta en el

fondo mismo de su extraña perorata; ¡había tal colorido de verdad!

En fin, no era cosa de formular un juicio atropelladamente por la impresión de un primer encuentro, cuando tenía próxima la ocasión de una segunda visita que me permitiría recoger mayores datos. Al día siguiente, yo mismo llevé al palacio de los Aldegrabas los pantalones de su ilustrísima, confeccionados por el procedimiento de las tarjetas, con singular premura.

Este día, como el anterior, fui recibido apenas anunciado; pero ésta, á diferencia de la otra vez, encontré á su ilustrísima reservado y grave; cuando le presenté la prenda se llevó rápidamente la mano al bolsillo del chaleco y saco una onza de oro que me alargó, diciendo sencillamente: «Tomad». Yo permanecí con mis manos quietas, y por medio de una reverencia exagerada, á la usanza de las de los monigotes de Guiñol, le di á entender que aquello era demasiado. El Marqués repitió con aplomo: «Tomad», y añadió en seguida:—«El mérito vocin-

glero estafa de continuo al mérito anónimo, y natural es que los que conocemos esa injusticia de la suerte nos pongamos con nuestra generosidad de parte de los estafados».—Cogí entonces con atolondramiento la moneda, y repuso:—«Gracias, muchas gracias. Ahora, si es que ya no necesitáis nada de mí, podré retirarme con vuestra venia».—«Id con Dios, señor artista»—murmuró agradablemente el Sr. Marqués. No pronuncié palabra más y fuíme; pero apenas anduve algunos pasos su ilustrísima exclamó:—«¡Eh, buen hombre, buen hombre!»—Volví la cabeza, vi que se adelantaba hacia mí, medetuve y contesté: «Estoy á vuestra disposición». «¡Ah! es poca cosa—dijo,—cosa de poco momento. Quiero tan sólo manifestaros, en la hipótesis de que podáis necesitar me algún día, que, llegado ese caso, no os perdonaría dejaseis de acudir á mi bondad... Por supuesto que mi mano... dispensadme la franqueza... mi mano sólo puede alargarla á la desgracia inmerecida... ¿comprendéis? De todos modos, tenedme en memoria; ve-

nid á verme alguna vez... La compañía de los desgraciados me agrada. Además, como he vivido siempre en las alturas, conozco á fondo la sociedad de los ricos, y quisiera conocer del mismo modo la sociedad de los pobres. Soy un hombre observador, no lo dudéis, muy observador... Y ahora... Bien, nada, la verdad es que ya nada tengo que manifestaros... Conque, señor artista... lo dicho: mi mano, que no tiene energía para empujar al abismo á nadie, tiene vigor sobrado para levantar del suelo á cuantos infelices caen defendiéndose de las persecuciones de la suerte.»

Yo expresé mi gratitud como pude, y abandoné á su ilustrísima, borracho, materialmente borracho de alegría. Sus últimas frases valían por toda una magnífica revelación; aquellas frases pronunciadas á intervalos, sin fijeza y con esa inseguridad de acento del que se propone decir una cosa y de pronto dice otra distinta, asustado por la trascendencia del pensamiento que ya iba á descender á sus labios, diéronme á entender que lo

de los pantalones fué un pretexto para, aun á trueque de pasar por loco, ó parecer extravagante, trabar conmigo conocimiento, decidido á proponerme en su día algo que no puede solicitarse de sopetón y á persona que le es á uno enteramente desconocida.

Y bien, dadas nuestras respectivas posiciones, ¿qué puede el Marqués necesitar de mí, como no sean mis servicios de temerón, sobre todo atendiendo á la reserva con que se anda para formular francamente su deseo?

A no dudar, de eso es de lo que se trata. Está visto; el Sr. Marqués de Aldegraba tiene un hueco en su servidumbre y quiere llenarlo conmigo; pero el tal cargo debe pertenecer á la índole de los que *no pueden solicitarse ni otorgarse por los procedimientos usuales.*

Para afirmar, no obstante, mi convencimiento sobre razones de mayor autoridad, he acudido á lo que en este caso puede considerarse como elementos sanos de certidumbre, á la exploración de las interioridades de la familia de su

ilustrísima, y por los datos que llevo recogidos puedo asegurarte que el buen Aldegraba necesita un valiente y que lo busca en mí.

¡Ah! después de todo, ¿qué hayen esto que pueda parecer enteramente original? ¿Es cosa del otro jueves que un noble, cuyos pergaminos, de puro viejos, casi hay necesidad de conservarlos en alcohol; que una ilustre personalidad, que constituye por sí una sola institución, tenga á su lado un hombre de armas tomar? ¿No tiene la monarquía, la república, todo jefe de Estado su Ministro de la Guerra? Y no hablemos ya de la aristocracia civil; la misma aristocracia purpurada, la aristocracia del Vaticano tiene sus inteligencias con lo más perdido de la sociedad romana, y hasta se citan nombres de cardenales que han mantenido amistad secreta, pero íntima, con tal cual carnicero, en la previsión de que algún día pudiera subir demasiado la marea revolucionaria.

En fin, Perote, yo me creo ya en candidatura para jefe del cuarto militar del

ilustre Aldegraba. Veremos si acierto ó si me engaño. El desenlace está próximo, y cuando vuelva á escribirte lo sabré todo y te lo diré todo.

El compañero provisional,  
POSTAS.





### III



DESEO honrar á un tiempo mismo, amigo Postas, tu seriedad y tu ingenio, tomando por un brillante ensayo de humorismo la fábula del estrambótico Marqués de Aldegraba y cuanto se relaciona con la exposición de motivos á que, por confesión propia, cediste en tu resolución de abrazar la bandera colectivista. Porque ¿cómo juzgarte á ser cierto cuanto afirmas y referieres? Tú has pretendido embromarme, y eso es todo. Al menos, así debo creerlo; pero, en fin, por si me equivoco, y en el supuesto de que hayas en la carta,

cuyo recibo te acuso, traducido literalmente tu pensamiento, bueno es que antes de proseguir te diga, en descargo de mi conciencia, que eres un miserable, que me avergüenzo de haberte conocido y que me siento con energía para cortar-me las manos, castigándolas, por la ignominia de haber estrechado las tuyas.

Y sean las razones que alegas para condenar al colectivismo broma ó realidad, alarde de polemista ú obra de convencimiento, voy, por de pronto, á refutarlas, ya que me encuentro con la pluma en la mano.

Empezando — exclamas, encarándote conmigo — porque pretendéis serviros para triunfar de los principios sobre cuya ruina cifráis el perfeccionamiento social, puede rápidamente venir la inteligencia más tarda en conocimiento de vuestra insensatez.

¡Hombre! Nosotros no aceptamos, como aseguras, ningún género de legalidades ni tenemos Gobiernos ni autoridades constituídas ó por constituir, ni demás menudencias y ordinarieces de los siste-

mas políticos; nosotros no hacemos más que contarnos, y no hay que desfigurar con las ridículas pompas de una cuestión constitucional el modesto significado de una cuestión sencillamente aritmética; pero aun en el supuesto de que necesitamos apelar á las formas parlamentarias para entendernos, y á la organización de una entidad suprema (llámese Estado) que recoja de cada entidad parcial un contingente de fuerza para hacer más inmediatamente ejecutivo el pensamiento de la asociación, no por eso merecerán reproche la moral del medio que elegimos y risa la estabilidad de la obra que fundaremos, porque no hay razón que obligue á respetarle al enemigo sus armas cuando no se le respeta la vida, ni lógica que exija hacer de los instrumentos que sirvieron para destruir una especie de primera materia que entre, como pie forzado, en la combinación de los elementos de la sociedad reformada. ¡Esto sí que es correcto, señor seminarista!...

Y dices más adelante, no recuerdo las

palabras, pero, en fin, vienes á decir en sustancia: «doy de barato que cuando cada mochuelo se vaya á su olivo y cada cual viva en su ley y se las *campanee* como pueda—pues no otra cosa significa para vosotros la emancipación, — los montes se vuelvan llanos y las piedras tajadas y llueva miel sobre hojuelas; doy también de barato que la tierra, con una potencia creadora hasta el presente no conocida, y una docilidad candorosa, sólo comparable á la del corderillo, se anticipe á la iniciación misma de la necesidad material, con el medio adecuado y propio para satisfacerla. En suma, admito que la victoria os ponga en posesión del bien último y eterno; pero vamos á ver, ¿os parece un grano de anís triunfar de los poderes constituídos? ¿Qué importa que el paraíso esté en la orilla opuesta, si no podéis ganarla, si no podéis vadear el río?...»

Y sigues, amigo Postas, dando en la herradura; nunca en el clavo. ¡Aniquilar lo existente! ¡Bah! Pues ahí es nada, exclamas. Pues sí, señor, que es poco me-

nos que nada. Para destruir, lo que sobra es medios, agentes, fuerzas directoras y auxiliares. Más pronto se promueve un obstáculo que se domina, y más pronto se rompe una tela que se teje, y más pronto se amasa un odio que se fomenta un afecto. Un árbol tarda en criarse quince, treinta, cuarenta años, y se corta en cinco minutos. Una máquina la hace un sabio y la descompone un niño, es decir, se hace á fuerza de ingenio, de ilustración, de tiempo, y se descompone por un acto inconsciente y material. ¡Qué generación tan larga la de un prestigio legítimo! Y, sin embargo, el prestigio más robusto se mata de un chiste. La honra, que tanto cuesta ganarla, viene á sufrir la suerte de un pedazo de mala cretona; ¡ah! puede desteñirse con las cuatro gotas de hiel de una miserable invectiva. ¿Qué es el tren sino una ciudad portátil, una masa humana arrastrada por una pobre columna de humo? Pues toda esa masa, toda esa ciudad puede á las veces derrumbarse con una simple piedrecilla colocada en

cierto sitio y con cierta oportunidad.

No hablemos, no, amigo mío, de dificultades para la victoria mientras haya verdadera resolución de triunfar. Hoy mismo he concluído de trazar, en una memoria muy bien pensada, varios planes encaminados á destruir la actual sociedad española, cumpliendo, con la redacción de ese documento, el encargo hace días recibido por la subcomisión del Consejo regional del 13 departamento engastado en la liga latina, ó sea en el primero de los grupos que entran en la confluencia universal de la federación suprema. Cualquiera de mis planes, y los hay para todos los gustos, es de éxito seguro y de ejecución fácil. Ya ves: el más complicado consiste en soltar los presos y los locos, apagar el gas, volar los cuarteles y cortar las aguas potables; esto, como comprenderás, en toda España y en un mismo día. ¿Eh? ¡Mira que será golpe! ¡Una nación entera en poder de locos y de criminales, á oscuras, á secas y sin soldados!... Por supuesto que la ejecución... ¡Ah! nada más sencillo. La

asociación tiene representantes y afiliados por doquier, lo mismo en las capitales de primer orden que en las últimas aldeas, y puede hacer sentir á una misma hora en toda la Península el rugido de su cólera. Soltar los presos... Esto será tarea, en las cabezas de partido, para un par de sectarios que le den un testarazo al alcaide, y en las poblaciones guarnecidas, para un puñado de intrépidos que desarme al piquete de guardia. Apagar el gas... Para crear la luz fué necesario que un Dios hablase y dijera: *Fiat lux*, pero el apagarla es cuidado de los hombres; basta, para conseguirlo, con que nosotros ceguemos unas cuantas cañerías y exclamemos: *Hágase la sombra*... Volar los cuarteles... ¡Pchs! Cuestión de dinamita. Sitiar la nación por sed... Facilísimo: en muchos sitios por medio de simples cortaduras se conseguirá interrumpir el curso apropiado de las aguas potables, y en otros con apelar al barreno para destruir las obras de fábrica, negocio terminado.

¡Oh!—exclamarás.—Si el plan es tan

sencillo, ¿cómo se explica el aplazamiento indefinido? ¿Por qué se retarda la ejecución? ¿Por qué en estos instantes mismos no está ardiendo Troya?

Me explicaré, ciudadano Postas. Mira: para nosotros España es un miserable punto del planeta, y acabar con lo que aquí existe es, en resumidas cuentas, no hacer nada. Ganar el terreno palmo á palmo; combatir en detalle; llevar la guadaña por barrios, no entra, lo comprenderás, en nuestra conveniencia. Necesitamos dar la batalla en un solo día, cuando menos, cuando menos, á toda Europa, y la necesidad de mover tantos peones á la vez, de unificar la acción en una línea extensa de operaciones y de combinar muchos planes heterogéneos, pues el que sirve entre nosotros puede resultar contraproducente en otro país; la necesidad, sobre todo, repito, de combinar muchos planes heterogéneos, para fundirlos en uno general y definitivo, requiere cierto estudio, cierto análisis, cierta parsimonia.

En fin, que el momento no está lejano

y que la victoria es segura, sólo tienen ya derecho á dudarlo por exceso de optimismo los tontos. Pues hombre, ¿no es para abrirle los ojos á cualquiera lo que está pasando en Alemania? Mientras la filantropía inglesa se consagra pomposamente á la tarea de civilizar y evangelizar en el Asia pueblos bárbaros é incultos, por el provecho que esa obra de misericordia reporta á los almacenistas de Manckaster; mientras los republicanos franceses, continuadores de aquellos ilustres revolucionarios que legislaron para la humanidad, andan de aventuras en Africa y cifran el colmo de su gloria en la reivindicación de la Alsacia y la Lorena, quemando todavía á manos llenas mirra é incienso sobre el altar maldito de la patria; mientras la democracia italiana se alista en los ejércitos confederados del Norte para combatir, si llega la oportunidad, del lado de sus enemigos de siempre, movidos por la esperanza de reconstruir el territorio nacional con los pedacillos de tierra que aún se hallan en poder de ilegítimos poseedores; cuando

nuestros liberales, estos amigos del pueblo, estos hijos de la revolución, sordos al quejido del obrero catalán, del bracero andaluz, del colono extremeño, del morador de la buhardilla y de la choza, se dan de moquetes en las Cortes, disputando sobre si el código de la restauración estará mejor conservado en espíritu de vino ó en espíritu de sangre, pues de la sangre brotó la Constitución del 69; mientras los Gobiernos y los partidos de los pueblos más libres, más cultos, más humanizados, se entregan á esas miserias ó se ejercitan en empresas ruines, Bismarck, el gran autócrata, el gran pillo, el gran diplomático; Bismarck, ese tragaldabas, que se engulle pueblos como si fueran peladillas; ese escéptico, que lo mismo se ríe de Lutero que del Papa; esa naturaleza impasible, que no entiende de lirismos, ni se emociona con las cosas poéticas, se preocupa constantemente de los pobres, piensa á todas horas en ellos, es decir, piensa y se preocupa de las clases desheredadas, de los problemas sociales. ¿Y por qué? ¡Ah! Porque está con-

vencido de que el porvenir nos pertenece, de que la revancha es inevitable, y, partiendo de tal convencimiento, el hombre ha echado sus cuentas y se ha dicho: «Demos humildemente á esa familia algo de lo mucho que pide, y que á la postre se ha de tomar, á ver si la aparente espontaneidad de la concesión la postra en adormecedora sensiblería y nos hace gracia del resto.»

No, no puede ser otro el móvil de la conducta del gran canciller. Así, se le ve insistir en el estudio de la cuestión social con un ahinco propio ciertamente de su temperamento, pero muy significativo tratándose de quien tiene que distribuir por fuerza su atención en muchas y muy complejas y muy graves cuestiones. La repulsa del Parlamento á su plan de seguros obligatorios por el Estado, antes de enfriarle, le armó de nuevos ímpetus para reproducir dos veces sucesivas, en 1881 y 1882, aunque con igual mala fortuna, la parte inicial de lo que podría llamarse su sistema de reforma socialista, y hoy mismo, en medio de las

dificultades que le crea el estado inseguro de la paz europea y las complicaciones diarias, motivadas por la estructura especial del organismo del imperio, ha tenido tiempo de sobra para redactar un proyecto de ley, obligando á los patronos á pagar á los obreros alemanes constituidos en asociación forzosa una renta vitalicia, siempre que se inutilicen para el trabajo por enfermedad ú otro género cualquiera de accidentes involuntarios.

¡Oh! á aquellos de nosotros que se sientan con la fe amortiguada por lo largo de la peregrinación y las baladronadas de los poderes constituidos, yo les digo: «No desfalleced la víspera; hemos ya atravesado el desierto; casi nos encontramos en tierra de promisión. La victoria es segura y os entrego como garantía del acierto de mi predicción el testimonio de Bismarck. Señores, no reirse: el testimonio de Bismarck. Sí, el hombre más fullero y más sabio de Europa nos alarga la mano, y nos la alarga porque nos teme. ¡Ah! nos teme y su perspicacia no puede engañarle... Pobres de todas

las jerarquías... ¡erguid el cuello! Mañana la sociedad será nuestra.

Y tú, flamante Postas, inolvidable amigo mío, ¿no te sientes contagiado de estos entusiasmos? ¿no columbras la nueva aurora? ¿no te dice nada la conducta del canciller alemán, de ese hombre, medio Dios y medio perro, medio Dios por lo alto que ha puesto su poder, y medio perro por lo mucho que olfatea?

Sí, sí. Tú participas de mi esperanza y de mi convicción; tú beberás como yo, hasta emborracharte, el día de la sublime hecatombe, sangre de burgués; tú eres de los buenos, de los valerosos, de los leales; no estás arrepentido, ni siquiera desalentado, pero quiero que me lo digas tú, tú mismo, con todas, con toditas sus letras. Ya sé yo que tus objeciones no tienen otro fin que hacerme rabiar un rato, y que la historia de tu ingreso en los partidos colectivistas, con todas las demás zarandajas de que la acompañas, es pura broma; pero, hombre, ¿qué quieres? hasta en broma me carga oírte decir ciertas cosas. Por lo tanto, yo espero

que para mi tranquilidad encabeces tu carta próxima con una solemne profesión de fe. De lo contrario, caerá sobre tu rostro mi desprecio y sobre tu cuello la sublime justicia vengadora de la asociación en forma de serrucho, de hacha, de lima ó de navaja de afeitar.





## IV

ARA tres meses va que recibí tu carta, y aún me retoza la risa en los labios. ¡Qué cosas tan deliciosas escribió tu pluma! Mira que poner á Bismarck por testigo, como quien dice, de la seguridad del triunfo de la anarquía, tiene mucha sal, no ática, pero, en fin, cómica. ¡Y los proyectos de la memoria escrita por orden de la subcomisión del consejo regional del 13 departamento de la liga latina! ¡Ah! si vieras qué emoción me han producido; pero sentimiento de hilaridad, no de terror, pues aunque á ti

mismo, cuando lo medites, te harán temblar, puedo asegurarte que son sencillamente candorosos y que más parecen redactados en colaboración con un escritor de églogas y un cortesano de los ricos que por un adversario de la sociedad, liquidador, dinamitero y colectivista.

Basta examinarlos someramente para persuadirse de que con tus proyectos, ó no se logra nada, ó se realiza lo contrario, precisamente lo contrario de lo que apetece. Y si no, vamos á cuentas. Soltar los locos enjaulados: hé ahí el primer hilo del plan devastador. Soltar... Perfectamente, pero oye esto: hace años el Marqués de San Gregorio publicó una estadística de los asilados en las casas de salud, y la cifra se elevaba á 12.000. *El Padre Cobos* reprodujo esos datos y dijo con cierta sorna: «El aristocrático Galeno debe haberse equivocado, y por publicar la lista de los locos ha publicado seguramente la lista de los cuerdos». ¿Cuál de ambos tenía razón? ¡Pardiez! La tenían los dos, porque el Sr. San Gregorio habíase referido á los matriculados,

á los reclusos, en fin, á los locos de real orden, y el Sr. *Padre Cobos* se refería lo mismo á los locos oficiales que á los extraoficiales, y el hombre hablaba en razón también, pues, por mucho que se estire, no podrá elevarse á más de 12.000 la lista de los cuerdos, componiéndose el resto, hasta llegar á los 16 millones de habitantes que pueblan la Península, de españoles idos. Ahora bien, ¿qué se conseguiría con mezclar entre los muchos que andan por esas calles de Dios á las cuatro docenas de locos que están en clausura? Nada. Pues velo ahí, Pero: tu primer proyecto hay que desecharlo por inocente... Discurramos sobre el segundo. Soltar los presos. ¡Pchs! Casi, casi tenemos la misma. Vamos, figúrate que mañana abandonan su guarida esos señores por obra y gracia de las huestes intrépidas del colectivismo. ¿Y qué? ¿Crees tú que se lanzarán sobre las autoridades, sobre los mayores contribuyentes, sobre las tropas del Gobierno? ¡Ni pensarlo! Antes, por el contrario, comprendiendo que las masas hambrientas, indoctas é

indisciplinadas en lucha con los poderes legítimos serán siempre vencidas, lucharán del lado de éstos para conquistarse el indulto, ó pondrán pies en polvorosa haciendo modestamente el juego de los desaparecidos, y vosotros los libertadores tendréis que llenar en las cárceles, por vuestra intrepidez abiertas, el vacío de los libertados. ¿Lo ves? Tu segundo proyecto no resiste el análisis; hay que desecharlo; corresponde, como el anterior, al género inocente. Examinemos el tercero: Volar los cuarteles. ¡Pobres cuarteles! Eso sí que es gastar la pólvora en salvas, porque ten la seguridad de que el hundimiento de tales edificios no ha de matar á nadie, como no sea á algún imaginaria. Los oficiales son casi tantos como los soldados, y cada oficial necesita un número para asistente, otro para cocinero, otro para niño, etc., etc.; esto sin contar con los que puede necesitar su señora, la señora oficiala, que también goza de fuero militar, y como mujer de guerra puede caer en la tentación de tener cerca de sí uno ó más bisoños con

quienes ejercitarse, es decir, á quienes enseñarles *el ejercicio*. De suerte que volar los cuarteles con el propósito de acabar con los soldados es, no ya inocente á secas, es inocentísimo. Otro proyecto: Apagar el gas. Apagar, ¿eh? ¡Qué más quisieran los gobernantes, los privilegiados, los monopolizadores! ¿Crees tú que esos caballeros hacen sus enjuagues, sus embudos, sus picardías en la plaza pública? No, los hacen á la sombra, en el misterio, á cencerros tapados; lo que quieren, lo que necesitan es poquita luz; conque apágales también el gas y les habrás dado por medio del gusto, queriendo darles en medio de la cabeza... Imposibilitar el abastecimiento de agua á las poblaciones. ¡Ay, Perote! Esto ya no puede analizarse; esto es un proyecto suicida; ¿no comprendes que los únicos sitiados por sed van á ser los pobres, los braceros, vosotros mismos? ¿Quiénes aquí sino las clases desheredadas prueban el agua? ¡Sitiar por sed á los burgueses mientras haya manzanilla, mientras haya Jerez, mientras haya Burdeos! Te digo que

esto es haberse vuelto tontos de remate, hombre, de remate. ¿Y aún pretendes que te oiga, que te siga, que crea en las mil y una barbaridades que se le antoje trazar á cualquier compañero, como tú, en un plan de campaña aprobado por la subcomisión del gobierno de la junta del consejo de la región del departamento de la liga, etc., etc., etc. y etc.? No, hijo, déjame en paz con mi convencimiento y con mi sino. Ni siquiera tengo ya ánimos para seguir esta correspondencia, que doy por terminada con la presenta carta, escrita sólo por satisfacer una deuda, y no en modo alguno para acrecentar el interés de una polémica que abandono por insuficiencia de medios con que persuadirte. Eso sí, te prometí informarte, al por menor, del desenlace de mis gestiones para desentrañar lo que había de misterioso en el fondo de los motivos que obligaron al Sr. Aldegraba á servirse de mis tijeras, y como cumplir lo que se ofrece es justo, te enteraré de todo.

Recordarás que te decía al cerrar mi carta anterior: «Me quedo averiguando

la vida y milagros de su ilustrísima, y ya tengo muchos hilos atados». Pues bien, con los informes hasta entonces adquiridos, y con algunos otros que después recogí, puede hacerse de su ilustrísima la siguiente semblanza:

«El Marqués de Aldegraba es un hombre soberbio con todas las soberbias propias de su linaje y de su raza, y apocado con todos los apocamientos propios de su género de vida solitaria, de su temperamento y de sus años, que se aproximan ya á los setenta. Vive en incomunicación rigurosa con el espíritu de su tiempo, y defendido por la independencia de su posición excepcionalmente ventajosa, mantiene dentro de sí mismo el culto de todos los ideales derrumbados, y rehusa codearse hasta con los Reyes de prosapia constitucional, porque desde que no son ungidos, los Reyes le parecen ni más ni menos que unos miserables buscavidas.

»Tiene muchísimos millones, pero estima en más sus pergaminos, hasta el extremo de que, obligado á renunciar á los unos ó á los otros, optaría por la re-

nuncia de los primeros; no le asusta tanto la perspectiva de una casa vacía, sobre cuya portada hay escudos que denuncian grandezas tradicionales, como la vulgaridad de nacimiento, aunque la fortuna, por una de sus compensaciones tardías, derrame el oro á borbotones sobre las arcas del que fué recogido en una espuerta, que es la más humilde de las cunas que se conocen.

»No se trata más que con el Sr. Arzobispo, ni se escribe más que con algún que otro ilustre personaje de la corte de algún que otro príncipe destronado por la revolución. Va á misa todos los días de precepto y se pasea todos los días de agradable temperatura.

»No recibe á nadie de noche en su palacio. Prefiere, si le coge de humor y la velada se le hace larga, jugar un tute con algún humilde funcionario de su servidumbre, á quien puede despedir con un gesto avinagrado ó un puntapié cuando se cansa, y en cambio se sentiría vejado y escarnecido jugando un tresillo (linaje de esparcimiento que le agrada sobre-

manera) con otros tres aristócratas, Duques, Marqueses ó Condes, porque tendría que sufrirles la impertinencia de que le tratasen como igual, estando por cima de ellos, pues los pergaminos, á la manera de los jamones, más valen cuanto más añejos, y los de su ilustrísima datan casi casi del tiempo de los godos.»

Hasta aquí las noticias biográficas del Marqués de Aldegraba, las cuales no eran bastante, como comprenderás, amigo Perote, para alentar mis esperanzas en el sentido que ya conoces; pero, ahondando, ahondando, di con la parte íntima, con la parte interesante, con el dato que todo lo aclaraba; helo aquí:

El Marqués casó en primeras nupcias, ya muy entrado en los cincuenta años, y tuvo de su primera y única esposa un solo vástago, una niña, Pilarito, que hoy cuenta diez y nueve abriles. Pilarito se enamoró, hace dos cursos, de un estudiante de medicina, y el famoso Aldegraba, ¡figúrate! Como es natural, su ilustrísima no tiene otro empeño ni se dedica á otra tarea que á la de hacer desistir á

su hija del vilipendioso noviazgo, y lleva ya agotados todos los medios persuasivos y coercitivos, sin haber, hasta el presente, conseguido su propósito. Empezó por disquisiciones sublime-filosófico-heráldicas para persuadirla de lo impuro, de lo inusitado, de lo ilógico, de lo antiestético de su pasión, y rendido de predicar ha apelado á los hechos, inútilmente también.

De la noche á la mañana, sin previo aviso, con atropellamiento militar, cogió su hija y se la llevó á la estación del ferrocarril para embarcarse con rumbo á Italia, á Rusia, al país de las monas, á cualquier parte lejana é ignorada; pero al desembarcar en Madrid, en Cádiz ó en Valencia se encontró de manos á boca con la personilla de su futuro yerno y aprovechó la salida del primer tren para volverse á Granada, convencido de la ineficacia de su proyecto, dada la resolución del joven... de seguirle hasta el fin del mundo. Para evitar toda comunicación entre los dos amantes, se ha constituido en carcelero de su hija, señalándole

sus mismas habitaciones por cárcel, pero confidentes invisibles han traído y llevado cartas, protestas, suspiros y lágrimas, y apretados por el martirio los lazos que con la violencia se intentaron romper, ha sido necesario reintegrar en su libertad á la cautiva... El amante, orgulloso con sus triunfos y envalentonado con la firmeza de Pilarito, ha llegado á reirse del anciano Marqués en sus mismas barbas, y refieren que no hace mucho, al salir su ilustrísima del jubileo de la parroquia de San Agustín, el estudiantillo se le acercó en la pila del agua bendita y, aprovechando la soledad del templo y lo ventajoso de las circunstancias, le dijo en tono bajo y ademán trágico: «Vuestra hija ó vuestra vida... ¡Os he de matar!» El Marqués está, por consiguiente, que no le llega la camisa al cuerpo. Cree ver en todas partes la sombra del emplazador; pero no cede, no capitula ni se ablanda. ¡Morir! ¡Ah! Él no quiere morir. ¡Entregar su hija á un medicucho, al descendiente, quizá, de cien generaciones de barberos!... ¡Ah! Él no quiere cruzar las

razas. Y bien, ¿qué partido tomar? El infortunado Aldegraba no lo sabe, y blasfema, y llora, y tiembla.

No anhelé saber otra cosa, Perote; el dato era delicioso, y cuando lo comprobé, cuando adquirí la certeza de su autenticidad, me fuí al Marqués como una flecha y le dije:

—«Señor, vengo á informaros de un negocio que os interesa grandemente, pero antes necesito hacer un poco de historia. Yo soy colectivista.

Aldegraba escuchó está afirmación con un movimiento de extrañeza fingida propia del que se cree obligado á mostrarse sorprendido al oír algo que se le revela como un secreto, siéndole de antemano conocido.

—Pertenezco—continúe—á una de esas asociaciones que pretenden mejorar la suerte del proletariado, y como los medios elegidos para conseguirlo no son los mejores, la generalidad de las gentes cree ver en cada colectivista un miserable, un malvado, un hombre dispuesto á ejecutar por lujo, capricho ó dádiva cual-

quier acción indigna y criminal. No de otra suerte se explica lo que hace pocos instantes me ha ocurrido, y aquí entra, señor, lo que os interesa saber. Usaré de la mayor concisión para no molestaros demasiado, lo cual no ha de costarme gran esfuerzo, pues el caso no se presta á divagaciones de narradores prolijos.

Es el caso que un joven de porte distinguido, con apariencias de persona decente y bien educada ha estado esta mañana en mi casa, y sin conocerme, sin encomendarse á Dios ni al diablo, me ha ofrecido ¡una suma estupenda! cuatro mil reales ¡por poca cosa! porque mate al padre de su novia... Siento mucho pronunciar la última palabra. Es tan doloroso comunicar nuevas desapacibles... Pero... nobleza obliga... ya lo comprenderéis... nobleza obliga. Y en fin, sabedlo de una vez: la persona cuyo asesinato ese joven me ha propuesto sois vos, vos mismo, el Marqués de Aldegraba, el padre de una niña encantadora, de Pilarito.

El Marqués se contrajo horriblemente al oír semejante revelación. Apretó los

puños, rechinó los dientes, alzó con ira la mirada al techo y quiso expresar su emoción, pero yo le atajé la palabra en los mismos labios y continué:

—Excuso manifestaros cuál habrá sido mi respuesta. El miserable joven tuvo que darse mucha prisa á descender las escaleras para no correr el riesgo de salir por el balcón. Ahora espero, señor, que haréis justicia á mi franqueza; espero no pensaréis que os he revelado cuanto acabáis de oir por el solo gusto de daros una mala noticia ó con el propósito de que me agradezcáis una conducta que nada tiene de heroica. Al rechazar las proposiciones del odioso amante de vuestra hija no he hecho más que cumplir un deber vulgar, cuyo cumplimiento, después de todo, habríais siempre ignorado si sobre un asunto de la índole del presente fuera posible la reserva. Pero de sobra lo comprenderéis: el instrumento que en mí no ha encontrado ese miserable criminal puede encontrarlo en otro hombre de su vil ralea, y para no aceptar con mi silencio nin-

gún género de complicidad, debía daros y os doy la voz de aviso.

El Marqués, hasta este momento contenido, estalló en interjecciones tremendas, y quiso correr á las habitaciones de Pilarito para buscar mayor desagüe á su ira comunicando á la hija ingrata los proyectos de su amante; pero yo le detuve diciéndole:

—Señor, vuestra existencia... lo primero es vuestra existencia. ¿No adivináis? La candorosa niña dirá que todo es falso. ¿Cómo ha de creer que haya un hombre capaz de atentar contra el padre de su amada? No hay pruebas; las cosas han pasado entre el mozalbete y yo, nada más que entre ambos, y resultará que yo quedaré por impostor, mientras que él, viéndose descubierto, meditará un nuevo plan cuyo hilo sea imposible coger. Importa á vuestra seguridad, lo repito, callar y vivir prevenido.

El Marqués, ante la fuerza de este argumento, se detuvo y tomó actitudes diversas. Prorrumpió en gritos desaforados, maldiciendo la sociedad moderna,

que produce frutos como el estudiantillo; después cambió súbitamente la inflexión de voz, bajó el tono y pronunció palabras desdeñosas, queriendo demostrar un espíritu superior para resistir todos los peligros; luego subió otra vez el diapasón, y otra vez lo volvió á bajar, hasta que concluyó por decirme:

—Cualquiera que sea el aprecio que yo haga de las intenciones del alumno Pérez, y ya veis que más bien me producen risa que enojo, nunca olvidaré vuestra acción. Merece alabanza, pero mucha, mucha. Es verdad que sólo habéis cumplido un deber de caballero y de cristiano; pero en esta sociedad rebajada y descreída, en esta sociedad, en la que jóvenes, niños todavía, educados por profesores distinguidos, con el corazón apenas agriado por los primeros reveses de la vida, no hallan medio de cortar obstáculos sino cortando cabezas; en una sociedad así constituida y de tal modo conturbada, ¿os parece poco el comportarse honradamente? ¡Oh! Aunque os abochorne mi gratitud, en la ac-

tual ocasión yo no puedo, sin propia mengua, dejar de mostrarme agradecido... Y bien, ¿cómo van vuestros negocios? ¿Aumenta vuestra clientela? ¿Habéis mejorado de fortuna? ¿Prosperáis? Ya, ya me hago cargo. El mérito que no es populachero nadie lo busca. Seguiréis como estabais: pobre, muy pobre. Por supuesto, en tanto que no os hagáis visible, que no os establezcáis en una calle céntrica, que... Y á propósito: ¡si supierais con cuán poco sacrificio os podía yo proporcionar un excelente medio de exhibición! ¿Os habéis fijado en la casa grande que hay al lado de este palacio? Esa casa es de mi propiedad, y á sus portales, hoy desalquilados, que son magníficos, podíais trasladar vuestro establecimiento. Vaya, trasladadlo, sí, hombre. Yo os cedo esos portales graciosamente... ¡Pardiez, habéis puesto una cara! Tranquilizaos: ya sé yo que no recibís limosnas. Al decir «graciosamente» me ha faltado añadir: «mientras el establecimiento empieza á prosperar»; de suerte que sólo se trata de un antici-

po, y eso ya varía. Bien es cierto que nada haréis con aceptar el local si no aceptáis los fondos necesarios para proveer á los gastos de instalación... Volvéis á sentir os mortificado... ¡Caramba, que es mucha susceptibilidad! ¡Comprended que una pobreza vanidosa!... Ya me pagaréis, ¡si yo tengo seguridad de que me pagaréis! Pues qué, ¿vais á ser la excepción de la regla? No ha acampado en esos portales un solo industrial, un solo comerciante que no se haya hecho rico. Después de todo, una persona que, como yo, cuenta por millones las pesetas, obligado está, siquiera por razones de equidad, á proteger las artes, las letras, las industrias, los pobres de todas categorías.

Yo me postré de hinojos ante su ilustrísima, y, fingiendo un alto desinterés, hice esfuerzos por rehusar sus favores, con la protesta, por supuesto, de que tendría siempre en memoria el noble sentimiento que los inspiraba. Pero al fin sucumbí, diciendo: «Hágase, señor, vuestra voluntad». Eso sí, en cuanto á

dinero contante, sólo acepté uno de los dos mil duros que me ofreció para la instalación.

Unos cuatro días tardé en instalarme en el nuevo suntuoso local, y el ilustre Marqués, que desde su famoso encuentro con el alumno Pérez en la iglesia de San Agustín no había salido de sus habitaciones y estaba completamente amedrentado, empezó á reanimarse con mi vecindad, cosa no extraña, pues procuré por todos los medios posibles convencerle de mi resolución de morir en su defensa. Muchas noches, á una hora en que pudiera ser notado por algún individuo de su servidumbre, practicaba ejercicios de sereno, dando vueltas alrededor del palacio, y averigüé que, noticioso de mis servicios de vigilancia, el ilustre anciano llegó á decir á su mayordomo: «Con el valor y la lealtad de ese pobre artista, de Postas, me juzgo garantido como si tuviera á las puertas mismas de mi alcoba un destacamento de la Guardia civil».

Pero era necesario, por convenir así

mejor al éxito de mi plan, reverdecen á menudo los temores de su ilustrísima, y en medio de los recursos desplegados para fortalecerle con las seguridades de mi apoyo, no perdía ocasión de hacerle entrever los peligros del encono creciente del famoso estudiante.

Una noche, afectando cierta emoción, me hice conducir á sus habitaciones, y le dije:

—Sr. Marqués, está diluviando; he cerrado tarde el establecimiento, vivo en el otro extremo de la ciudad, y aunque juzgo extraña la exigencia, vengo á rogaros, no obstante, me permitáis dormir en vuestro palacio, entre vuestros servidores ó entre vuestros perros, sobre una escalera, de cualquier modo.

El Marqués sacó su reloj, miró la hora y exclamo con asombro:

—¡Pues si son las nueve!... ¡Ah! decididamente, habéis notado algo, ¿eh?... Teméis... sedme franco, ¿qué teméis?

Era indudable: mi plan había producido el efecto anhelado.

—Temer... — repuse. — ¿Qué queréis,

señor, que tema? Nada. Os lo aseguro: vivid tranquilo. ¡Ya se ve! Me inspiráis tanta confianza, que hasta me he creído con derecho á cometer la tontería... sí, porque ha sido una tontería venir á rogaros...

—Demasiado conozco—me interrumpió Aldegraba—el alcance de vuestro acto. Seguramente habéis tenido noticia de que esta noche proyecta alguna hazaña contra mí el estudiantillo, y ¡sois tan leal!...

—Os repito que todo ha sido una indiscreción de mi parte.

—Eso os honra más... Hacéis bien y procuráis que el agraciado lo ignore. Pero, en fin, estoy tranquilo. La muerte, con ser la muerte, me importa poco. He vivido bastante. Por supuesto, vuestra solicitud no es para discutida ni para olvidada, y yo no podré nunca olvidarla ni sabré nunca agradecerla suficientemente. Sabed, en suma, que vuestros cuidados, por la intención generosa que los dicta, me merecen estimación muy alta: pero por su fin, en cuanto se dirigen á

tutelar de ruines asedios una existencia ya agotada, la existencia mía, apenas si me merecen estimación alguna... ¿Queréis dormir aquí esta noche por capricho, por gusto, por ahorraros una molestia? Pues en esta casa hay siempre hospitalidad para un gran corazón; podéis quedaros. ¿Pretendéis pasar una mala noche lejos de vuestra familia con el solo objeto de vigilar á mis enemigos? Pues debéis marcharos; la vida no me deleita ya. Me pesa... Realmente, y éste es otro asunto, os he perjudicado en cierto modo, constriñéndoos á trasladar á mis portales vuestros bazares, porque, francamente, ¡os coge tan retirada vuestra casa! En verdad, para que el favor resulte completo, es necesario que os vengáis á vivir con vuestra familia á una de las dependencias del piso bajo de mi palacio. Esto no es gravoso á mis intereses, y sin embargo...

—Señor, tanta bondad...

—Está dicho. Callad y obedeced.

—Señor, os repito...

—Basta, basta. La mejor manera de

agradecer mis atenciones es aceptarlas inmediatamente. Conque desde mañana... Ya lo sabéis, desde mañana mismo empezaréis á practicar las operaciones necesarias para la mudanza.

No hubo medio de rehusar. Por supuesto que, si lo hubiese habido, lo hubiera esquivado. ¡Como que no buscaba yo otra cosa!

El Marqués, por su parte, si bien desfigurando la realidad de su intención, perseguía el mismo resultado. Uno y otro queríamos vivir juntos: él, bajo la apariencia de proteger á un pobre artista, con el objeto real de procurarse el apoyo de una especie de perro de presa; yo, fingiendo defenderlo, pero con el propósito de estrujar una buena breva.. Pues bien, desde el instante de mi instalación en el palacio, el Marqués pudo exclamar: «Dormiré tranquilo», y yo pude decir: «Seré rico sin afanarme». La intimidad, que en otro tiempo y de otro modo no hubiera podido establecerse entre el excelso aristócrata y el oscuro artista, establecióse entonces. Yo, en pago de la hospitalidad

que me había sido concedida, subía todas las mañanas á recibir órdenes de su ilustrísima, y su ilustrísima sabía aprovecharse de esta circunstancia para entretenir su miedo, reteniéndome á su lado. El caso es que su ilustrísima se acostumbró á departir conmigo, y en su conversación, por fas ó por nefas, salía siempre á relucir la personilla del estudiante. Un día, tanta era la confianza que conseguí inspirarle, el Marqués me habló así, *ex abundantia cordis*:

—Ese malaventurado colegialeto no me deja sosegar. He llegado á temerle, y á temerle, os lo diré ya sin rebozo, porque le juzgo capaz de matarme. Bien mirado, la muerte á mis años es cosa que, por lo prevista, no merece producir impresión muy honda, é inquietárame su perspectiva, de seguro, poco, quizás nada, si en ella sólo viese el natural término de una larga carrera que debe concluir, y que por lo que á la mía toca, hora va siendo ya de que concluya; pero con mi desaparición personal coincidiría, hoy al menos, el entronizamiento de una raza es-

purea en mi ilustre raza, y si la cercanía del mal necesario, que mal necesario es el morir, no debe contristar al ánimo valeroso, en cambio, quebrantarlo debe la sola contingencia del mal cuya realización no imponen fatalmente leyes ineludibles; y ya lo comprenderéis: pueden perfectamente marchar los orbes sin necesidad de que un tal Pérez se introduzca de rondón entre los gloriosos Aldegrabas.

Mi muerte sería en la actualidad solemnizada con la boda de mi hija; es decir, con el triunfo del asedio puesto á la grandeza de mi nombre por un pillete vulgar, y lo que es hoy... no, no, lo que es hoy no debo arriesgar la vida. Hoy menos que nunca, porque Pilarito va á entrar en los diez y nueve años; dentro de poco vendrá el juez á arrebatármela en nombre de la ley, y es preciso que agote en uno tan breve plazo todo linaje de recursos para impedir la consumación de tamaña ignominia... «Agotar todos los medios»—he dicho;—¡ilusión! Pues qué, ¿acaso queda alguno por ensayar? Yo

pude, es cierto, deshacerme de mi enemigo persiguiéndole ante los tribunales por el delito de amenazas graves, tomando pie de las que me dirigió á la salida de la iglesia de San Agustín; pero la justicia anda en estas Españas como Dios quiere, y, además, eso de irritar la fiera... ¡Yo conseguiría!... me siento con bríos, con resolución para matarlo; pero por la espalda no puedo matar á nadie, y cara á cara no puedo habérmelas con un estudiantillo. Yo tengo medios para intentar contra él ventajosamente lo mismo que él contra mí intentó sin éxito; yo á peso de oro pagaría su muerte... ¡Ah! ¡Qué iba á decir! ¡Cómo! Yo metido á asesino; yo, el descendiente de cien generaciones de caballeros sin tacha; yo, el venerable anciano; yo, Aldegraba, el gran Aldegraba, el excelso Aldegraba...!

Su ilustrísima continuó pronunciando frases incoherentes con la cabeza sumergida entre las manos, hasta que yo le interrumpí, diciéndole con la mayor naturalidad:

—Señor, puesto que lo que os preocu-

pa únicamente es el modo de deshaceros del estudiantillo, recobrad la calma. Eso queda á mi cuidado.

—¡Qué decís! ¿Pensáis que yo puedo autorizaros?...

—¿Y para qué necesito vuestra autorización? ¿No soy dueño de mí mismo?

—Os digo que no; mil veces que no... Vos podríais dispararle; pero, en realidad, quien lo mataría...

—¿Y quién, señor mío, habla aquí de matar? Yo os he prometido libraros del estudiante, pero sin apelar al crimen; y, aunque os parezca extraño, lo conseguiré. Al menos lo voy á intentar. La empresa podrá ser difícil, podrá ser arriesgada... ¿y qué? ¡Os debo tanto!... En fin, señor, hasta otro día.

El Marqués se quedó admirado y frío. Yo me fuí pensativo y calenturiento.

Aquella misma tarde me dirigí á la casa del amante de Pilarito, el cual me recibió al simple anuncio de que un caballero necesitaba hablarle.

—Supongo que no me conoceréis— exclamé cuando lo vi, suprimiendo

preámbulos retóricos y saludos de buena crianza.

—Suponéis bien—respondió un poco airado.

—Es decir, personalmente, porque de nombre... Así que os diga el mio... Yo me llamo...

—¿Sois?...

—El compañero Postas.

—¿Y qué quiere de mí el compañero Postas?

—Poco y mucho. Según el cristal...

—Empezáis á serme empalagoso, y creed que siento decíroslo, pero yo soy muy franco.

—No tanto seguramente como yo.

—En fin, al asunto.

—En el asunto entro... Vos estáis enamorado...

—¡Hola! ¡Con qué derecho!...

—Profundamente enamorado.

—Ese interrogatorio...

—De una joven llamada Pilarito.

—Os pregunto que con qué derecho os atrevéis á interrogarme.

—Hija del Sr. Marqués de Aldegraba...

—Esto ya no se puede tolerar... Caballero...

—¡Pardiez! Acabaré pronto. Es todo lo que podéis pedirme... Yo he venido aquí á obligaros á que renunciéis para siempre al amor de esa joven y á daros un plazo de horas para que abandonéis la ciudad.

El estudiante clavó sus ojos en mí como para cerciorarse de si hablaba en serio ó en broma, y yo, descifrando oportunamente el secreto de su mirada, prorrumpí con firmeza:

—No seáis tonto... Estoy decidido.

El joven se abalanzó entonces sobre su mesa escritorio y sacó rápidamente uno de los cajones una pistola; pero al volverse para darme el frente, se encontró con que yo tenía otra igual en la mano apuntándole al corazón.

—Ya lo veis—le dije,—os he ganado la vez. Vuestra vida lo es ya mía; depende del más leve movimiento del dedo que oprime esta hoja de metal... Ahora, para que os convenzáis de que nada adelantais con matarme, escondo el arma y os

hago dueño de la situación. Ya es vuestra la ventaja; el verdugo ha cedido generosamente su papel á la víctima. ¡Tiradme!... ¡Tiradme, hombre, tiradme!...

El acto de mostrar la pistola y de guárdarmela en el bolsillo produjo al zagalete tremendo estupor, y no por generosidad ni por lástima, sino por desfallecimiento moral, ocultó su arma también y cayó desplomado sobre una silla que halló próxima.

Como es natural, á esta escena dramática siguió una pausa sombría, que interrumpí exclamando:

—Vamos á cuentas, camarada. Creed que no soy un loco de atar ni un asesino pagado. He venido aquí por delegación y por un encargo de ineludible cumplimiento. La resolución de que renunciéis á Pilarito y abandonéis la ciudad en veinticuatro horas es un acuerdo dictado por toda una sociedad que tiene fuerza de sobra para hacer cumplir sus designios. Sed juicioso y no penséis en rebeldías imposibles. Me explicaré. Yo pertenezco al colectivismo universal militante en

calidad de individuo de la región andaluza. Desde los primeros días de la historia hasta la fecha, todas las asociaciones tenebrosas y sanguinarias, á pesar de nutrir sus filas con masas salidas de la hez social, han tenido sus protectores entre las mismas clases y los mismos elementos contra cuya existencia dirigían rectamente su ideal. No hubo en lo antiguo logia á la que no prestase lustre y poderío la adhesión de algún príncipe de la banca, de la Iglesia y aun de la sangre. De entre las hordas revolucionarias, donde se fragua el rayo que mata á Luis XVI, destácase la figura egregia de Felipe Igualdad. Hoy mismo, entre los nihilistas figuran altos dignatarios de la corte imperial y algún individuo de la familia reinante. Justo era que la inmensa asociación anárquico-colectivista tuviera también padrinos de fuste, y, con efecto, los tiene. El protector de los afiliados en la región andaluza es el buen Marqués de Aldegraba. Aldegraba nos protege con su influencia, con su sombra, con su dinero, y á cambio de protec-

ción tan valiosa, sólo ha tenido con nosotros hace pocos días una exigencia: la de que le quitemos de en medio, cueste lo que cueste, al alumno Pérez. El consejo del cantón ha tomado por su cuenta el negocio de su gran padrino, y... lo demás lo sabéis. El acuerdo es definitivo y solemne. Yo he venido á comunicároslo como ha podido venir cualquier otro. Os lo repito: no seáis mentecato y tomad la de Villadiego. Es inútil resistirse y soñar con un amor imposible. En este mismo momento se ciernen sobre vuestra cabeza los puñales de más de veinte mil asociados. Mañana, si no ponéis tierra de por medio, no lo contaréis vivo. Ahora... reflexionad y resolved.

El pobre muchacho, que empezó á oír mis revelaciones con asombro, tembló como un azogado cuando le hice entender los motivos de la ingerencia de los colectivistas andaluces en el asunto de su noviazgo, y concluyó por sentir el frío del acero de los veinte mil puñales que, según testimonio mío, se cernían sobre su cabeza. Tal fué su impresión,

que no pudo articular una sola frase para responderme. Tartamudeó palabras sueltas invocando á Dios y repitiendo el nombre de su madre, á quien juzgaba en completa desolación, pues él tenía por muerto. En fin, con voz temblona y casi por signos, me anunció su resolución de marcharse de Granada en aquella misma hora. Yo le dije que siempre tendría algunas cosas que arreglar y que podría darle de término hasta la salida del tren mixto; pero en un periquete arregló su baulejo, saldó cuentas con la pupilera y se dirigió á la estación para coger el tren correo, rogándome, por todos los santos del cielo, que le acompañara, para que pudiese manifestarles á todos los colectivistas de la tierra que había cumplido el mandato del consejo de la región andaluza, y bien merecía, por lo tanto, que le dejaran en paz concluir su carrera y servir de amparo á una pobre madre anciana y cinco hermanos menores, que sólo podían esperar de él la subsistencia.

—Debo advertiros—le dije—que nada haríais con renunciar por siempre á la-

mano de Pilarito si, cediendo al deseo de explicar lealmente el motivo de vuestra retirada, publicarais lo que sólo como un secreto he podido revelaros. Detened la lengua y no refiráis nunca lo acontecido. Pensad que os va en ello la vida.

Comprenderéis, además, que yo he tomado sobre mí esta comisión, no por antojo, ni por gusto, sino en cumplimiento de órdenes superiores, y espero perdonéis al mensajero de la triste nueva, aunque maldigáis la fatalidad que os la envía. ¡Ah, si estuviera en mi mano levantar á vuestra alma el mandamiento de destierro, devolviéndola al seno de su amor!... Pero, en fin, puesto que estáis decidido á aprovechar la salida del tren correo, no perdamos instante. Yo os acompañaré; sí, yo os acompañaré hasta dejaros en el coche, y podéis marchar tranquilo. En cuanto al traslado de vuestra matrícula, mañana mismo cumpliré el encargo...

Acompañé, en efecto, al mísero amador hasta dejarlo en su correspondiente vagón de tercera, y me volví después de verlo partir, meditando hasta qué punto

es fácil engañar á un pobre chicuelo de veinte años, y hasta qué punto resulta verosímil toda fábula, en cuyas páginas flota, como argumento, una ruindad cualquiera.

Cuando al siguiente día de este suceso subí, según costumbre, á las habitaciones del Marqués para ofrecerle mis respetos y recibir órdenes, su ilustrísima me preguntó con viva curiosidad por el éxito de la campaña inaugurada contra el estudiante.

—Todo está terminado—le respondí—y terminado del modo más feliz. El muchacho abandonó anoche mismo la ciudad, y ni volverá nunca á pisar las calles de Granada, ni nunca volverá á deprimiros renovando sus pretensiones cerca de Pilarito; pretensiones de las que ha desistido terminantemente.

Su ilustrísima estuvo á punto de expresar su gozo llorando como un niño, y me abrumó á preguntas, en su deseo de asegurarse de la exactitud de mi noticia, y de conocer los medios de que me había valido para obrar semejante milagro.

—Permitidme, señor—le respondí,—el placer de esperar á que seáis vos mismo el que me comunicéis las seguridades del éxito de mi intriga. Sí, la cara de vuestra hija, que no sabe mentir y que pronto sentirá el vacío del amor eclipsado, os hablará con más elocuencia que yo. Esperad á que Pilarito hable.

Efectivamente, cuatro ó cinco días después el Marqués me mandó subir, y me estrechó largo rato entre sus brazos con sin igual ternura.

—He adquirido ya—me dijo,—y la he adquirido por el conducto mismo que esperabais, la certeza del bien que sólo á vuestra hábil y generosa iniciativa le era dado proporcionarme. Aurelia, la doncella de confianza de Pilarito, que es la única persona de su servidumbre con quien mi hija ha estado siempre en íntima comunicación, me anunció antes de ayer que su señorita no dejaba de gimotear desde el lunes, porque desde ese día ni veía ni recibía noticias del estudiantillo; y hoy, en este momento mismo, acaba de manifestarme que por la maña-

na Pilarito ha recibido de su amante una carta fechada en Madrid en la que le dice que «por motivos graves que nunca podrán ser revelados, pero que en nada atañen á su fidelidad ni á su honra, tiene que renunciar y varonilmente renuncia á la suprema dicha de poseerla». Decidamente, Sr. Postas, vuestros informes eran verídicos. Sois un héroe; lo declaro muy alto, todo un héroe. ¡Ah! y si supierais de qué peso me habéis libertado... Pero aún os queda que hacer mucho más en mi favor. Pedid, pedid gratitud... Cuanta pidáis y cuanta os otorgue será poca. Pero... decidme, esto es muy interesante; decidme, amigo mío, ¿cómo habéis espantado al pobre trovador? ¡Qué intriga!... ¡Qué tramoya!... Os repito que esto es muy interesante. Conque vamos, dad rienda suelta á la lengua y satisfaced mi curiosidad.

Yo le referí entonces lo acontecido sin omitir punto ni detalle, y el respetable Marqués oyó mi relato muerto de risa, como chiquillo que asiste por primera vez á las comedias.

Cuando concluí, me tendió de nuevo los brazos y exclamó:

—Pues señor, no sólo sois valiente, no sólo sois para mí un verdadero suizo, un perro leal, sino que sois el hombre de más ingenio que he conocido. Nada, nada; no cultivéis más el arte; colgad las tijeras. Yo os necesito á mi lado, siempre á mi lado. Podéis servirme de guardián y de bufón. Tengo costumbre de jubilar con una buena paga á los empleados de mi servidumbre que cumplen los sesenta años; mi secretario particular los cumplió hace algunos días, y hoy mismo le doy el retiro y el reemplazo. Lo reemplazaréis vos. Vuestro sueldo, 40.000 reales anuales; tendréis, además, cuarto en mi propia casa y plato en mi propia mesa. ¡Ah! Y como recompensa á los servicios prestados, os haré escritura de un fincucho que heredé de uno de mis colaterales, y cuya herencia maldita la gana que me dió de reir, por proceder de pariente que atentó al prestigio de la familia casándose con una Baronesa de reciente promoción.

Ya tienes, amigo Perote, á Periquito hecho fraile, es decir, ya tienes al ex-compañero Postas convertido en propietario, pues el fincucho á que se refería Aldegraba es una magnífica mata de olivas que no vale un ochavo menos de 25.000 duros. Con mi nueva posición he cambiado de criterio sobre muchas cosas y he modificado radicalmente mis gustos: desconfío del que no lleva camisa limpia y levita á la moda; no busco en el pueblo ninguna virtud, seguro de que todas se encuentran entre las clases superiores; los grandes, aunque sean tiranos ó delincuentes, me gustan, y los pequeños, aunque sean héroes ó mártires, me cargan; no puedo transigir con la gente desharrapada y maltrecha, y juzgo que así como todo ciudadano necesitaba ir en la antigüedad provisto de su correspondiente cédula de comunión para que *no le arrimasen á la aldabilla y le mosqueasen las espaldas*, que diría Rinconete, así debe ir provisto en la actualidad del correspondiente talón de contribución para que los hombres de bien no lo

miren de reojo. En fin, tales humos he echado y tal es mi porte, que el mismísimo Marqués dice con frecuencia que yo debo ser algún Aldegraba trasconejado. Por supuesto que el bueno de su ilustrísima no sabe qué reliquia colgarme y en qué sitio ponerme, y de qué modo constreñirme á seguir en su guarda. Está cada día más necesitado de mis servicios. Ahora piensa que el estudiantillo, empujado por la fuerza del dolor y el apetito de la venganza, puede venir á pedirle cuenta con la pistola montada, y temiendo encontrarlo detrás de una puerta, de un armario, ó de la cabecera de su cama quizá, no me deja á sol ni á sombra; tengo que dormir en una habitación contigua á su alcoba y que acompañarle á todas partes. Eso sí, el chorreo de las propinas no se acaba jamás y constantemente me dice: «No me abandones, que no te olvidaré en mi testamento».

Pero ¡diablo! ocurre que desde que soy propietario he perdido en aliento lo que he crecido en soberbia. El desamparo de la pobreza, como el baño frío, es una es-

pecie de tónico para el corazón, y el abrigo de la moneda, como el baño caliente, enerva. Vamos, te lo diré con todas sus letras: yo no estoy ya para guardar espaldas, sino más bien para que me las guarden. ¡Oh! si tú fueras un hombre regular, discreto, comedido, te dejarías tus zapatos, colgarías las hormas y te vendrías aquí. Yo te ingeriría en la casa del Marqués, podría proporcionarte la administración de a'guno de los muchos caudales que su ilustrísima tiene en la provincia, y empezarías bajo buenos auspicios la carrera de rico, que es, á no dudar, la más ilustre y estimable de las carreras. Por supuesto, no imagines que esto es proponerte... ¡cuidado con ello! Yo, mal que bien, aun dada la flojedad de ánimo que siento, puedo tapar mi portillo todavía. No quiere decir tampoco que en caso de necesidad rehusara tu defensa, ¡tu defensa! ¡ahí es nada! la defensa de un león, porque, eso sí, como valiente, no tienes rival.

En fin, ríndete á la razón, y vente. Abandona con decisión el culto de la

gran quimera. Si los boletines del colectivismo te llaman traidor, también me lo han llamado á mí, y no por eso he adelgazado. Todo lo contrario; mientras la canalla cosmopolita me arrojaba de su seno como miembro podrido, recibíame con alborozo entre sus filas, en calidad de personaje necesario, el excelso partido liberal conservador. Ya sabes esto que antes no sabías. Sí, Perote; soy un canovista atezado, y los electores de Gargante, en cuyo pueblo tiene su ilustrísima muchas haciendas, van á traerme á la Diputación provincial, de donde saldré probablemente para el Parlamento, y ya allí, ¡oh! cuando suba al Parlamento procuraré que se voten leyes de excepción contra toda la pobretería, único medio eficaz de proteger la integridad de la patria, el prestigio de las instituciones, la religión de nuestros padres y los intereses permanentes de la sociedad.

Vente, Perote; te digo que te vengas. Lo último puede ser, si no hay puesto parati en la servidumbre ó dependencias

varias de palacio, lo último puede ser que yo te proteja de mi propio bolsillo, con lo cual tienes bastante, pues mi bolsillo se va estirando, y más se llena cuanto más se estira. Además, pienso que los funerales de su ilustrísima no serán para mí sangrientos, sino opíparos, pues cada día me quiere con mayor solicitud, y sabe que cortarme en su testamento un pedazo de su patrimonio es como quitarle un sorbo al río, sobre que Pilarito, su única heredera, para nada necesita la herencia del Marqués. ¡Oh! Pilarito, que á los seis días de la fuga del estudiantillo dejó de llorar, y á los ocho ya estaba consolada, y á los doce tomaba varas de un teniente de Estado mayor, y á los quince oía con pudoroso agrado las exhortaciones del Marqués, que le aconsejaba aceptase las proposiciones de casamiento del conde de Torraltos, ilustre, linajudo, millonario, como los Aldegrabas, y hombre de mucho seso, gran madurez de juicio y relativamente joven, pues no tenía cumplidos los sesenta años, Pilarito se encuentra decidida á ca-

sarse con el doncel de las preferencias de su papá...

Ya ves, Perote, si es para mí el presente hermoso, y aún más hermoso el porvenir.

Conque vente y compartiré contigo tanta felicidad.

Te espera... con las espaldas necesitadas de guardianes, iba á decir, ¡seré imbécil!... Te espera, ¡ah! te espera con los brazos abiertos

*El excompañero* POSTAS.





## V

SR. D. Z. M.

*Segundo jefe de la Guardia Negra del Ministro de\*\*\**



ADJUNTAS le remito unas cartas, cuya publicidad es de interés para el Gobierno y para la Sociedad internacionalista de obreros, en cuyas filas tengo la honra de contarme; para aquél, porque debe importarle achicar á sus adversarios descubriendo sus miserias, y para ésta, porque debe igualmente importarle conocer á los que la traicionan y la manchan.

El objeto principal que me propongo al remitirle á usted los tales documentos no es otro, por lo tanto, que el de servir la causa de mi partido; pero como yo no

soy hombre para hacer favores de bóbilis al que manda, y como que, de soslayo al menos, servido quedaría el Gobierno con este acto mío de rara lealtad á la bandera jurada, sólo le autorizo para que presente las cartas al Ministro, previo ajuste del precio de la merced, y el cual precio partiremos entrambos. No trato con esto de salvar unos cuantos ochavos, sino mi fama de hombre listo, que resultaría muy malparada haciéndole, aunque por accidente, el caldo gordo á quien, por recta dirección de mis gustos y natural exigencia de mi posición, obligado estoy á darle que sentir y no que comer. Hasta tal punto es exacto que en este negocio no me guía ningún interés mezquino, que la mitad que me corresponda de la suma en que el Ministro estime el valor de la adquisición de los papelillos adjuntos pienso dedicarla en sufragios por las almas de los granadinos, mis paisanos, que, reverdeciendo los laureles de los grandes comunistas de la historia, sucumbieron en los comedios del siglo al noble grito de *¡el pan á ocho!*

Yo mismo habría ido á Madrid á entenderme con el Sr. Ministro de la Gobernación; pero me coge mal de salud y estoy seguro que usted gestionará el asunto con tanta habilidad como yo, y con mejor fortuna, por la cuenta que le tiene, y, aun sin eso, por el solo gusto de servirme, que en empresas mayores me sirvió usted cuando ejercía sus funciones de inspector de policía en esta capital. La cosa es muy sencilla. Usted se va al Ministro, y le dice: «Me han ofrecido entregarme unos papeles que hablan de esto, de aquello y de lo de más allá; pero el poseedor exige por la prenda tanto dinero,» en fin, el que usted juzgue que merece el secreto. Si el Ministro acepta el precio ó propone una rebaja equitativa, suelta usted las cartas; y si no, me las devuelve, lo cual sentiré mucho, porque ansío de todas veras entregar á los cuatro vientos las infamias de los señores Postas y Perote. ¡Cuidado con el par de pajarracos! Perote también, pues aunque el papelillo no lo reza, me consta que el obrero catalán aceptó el ofreci-

miento del antiguo obrero andaluz. Y se vino á Granada, donde vive hecho un caballero á la sombra de su amigo. En cuanto á Postas, ya no hay quien lo resista; parece un príncipe de la sangre, y le echa un bufido á una estrella. Dios se lo demande al Marqués, que le dejó un soberbio legado para que se diese tono. Por supuesto que ha estado á punto de quedarse en medio del arroyo; como que el Conde de Torralto pretendió invalidar el testamento de Aldegraba, fundándose en que su señor padre político, antes de irse del mundo físicamente, estaba ya extraoficialmente *ido*. ¡Pero qué quiere usted! El Conde tiene los millones de sobra y desistió del litigio al primer pedimento, por no medir sus armas con las del sastrecillo.

¡Ya, ya! No se concibe apenas cómo la fortuna se pronuncia tan resueltamente en favor de los galopines. En cambio, los hombres decentes, sostenidos, leales, estamos que no nos llega la sal al agua. No me pesa, sin embargo; antes **morir** que ceder en materias de honra y de fe

política. Yo soy manso de condición y bondadoso por temperamento; pero en tocando á mis convicciones, á mis ideas, ni el coraje de la fiera iguala á mi coraje, ni hay en el mundo malignidad que sobrepuje á la de mi intención... Usted lo sabe, y tanto lo sabe, que si no me hubiera tapado estaría en Ceuta; usted sabe que movido de mi furor doctrinal, que en mi calidad de comunista impenitente y de adversario tenacísimo de todo privilegio, llegué en un tiempo, por hacer la guerra al Estado monopolizador, hasta el sacrificio de fabricar moneda falsa; ¡yo! digo, ¡yo, que aunque pobre he mirado siempre el dinero por encima del hombro! ¡Qué más! hoy mismo, con la publicación de esas cartas, arriesgo el pan de mi familia... ¿Por ventura c. ee usted que exagero? No, de ningún modo; ponga usted oído á estas revelaciones y se convencerá: El bellacón de Postas, para prostituirme, que no para protegerme, me tiene colocado al frente de su secretaría particular; soy dueño, por lo tanto, de todos sus papeles, y así he po-

dido fácilmente sustraerle los que le remito adjuntos, ó sean las cartas autógrafas de Perote y los borradores de las suyas. Claro está, si mañana esos documentos aparecen publicados, el astuto Postas, comprendiendo que la tal publicación constituye un abuso de confianza, cuyo autor racionalmente debe, en primer término, buscarse en mí, tomará el partido de arrojarme de su casa, y ¡figúrese usted! Sin embargo, estoy resuelto á aventurarlo todo, todo, que tanta es la abnegación en que reboso, tanto mi tesón de sectario, tanto mi afán de servir la causa de la hermosa asociación anárquico-colectivista. Pero esto en la hipótesis de que el Gobierno no pretenda sacar fruto de mis virtudes cívicas, de mis rectos procederes, de mi amor á las ideas, dejando sin remuneración servicios que, aunque para él no son prestados, en su obsequio ceden. ¡Voto al diablo! Eso sí, como el Ministro no lo pague bien, el acero volverá á su vaina, ó lo que es lo mismo, las cartas tornarán á mi faltriquera. ¡Tonto! ¡Pasar yo por tonto! Ja-

más, jamás, jamás, como gritó el ilustre General Prim en ocasión igualmente solemne.

No pierda usted esto de vista, por lo tanto, y obre en consecuencia. Su antiguo compinche,

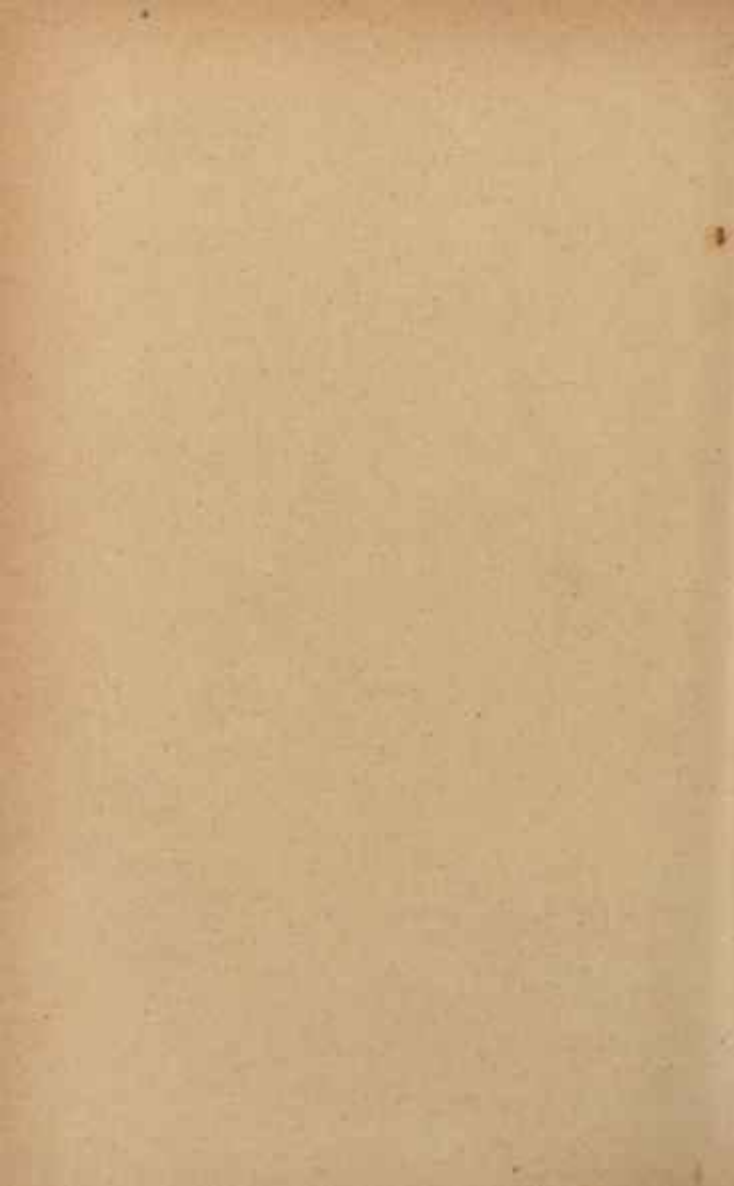
*El compañero ZARPA.*





**CORRESPONDENCIA HISTÓRICA**

**ENTRE UN ABAD DEL TIEMPO VIEJO Y UN POETA  
DE LA EDAD MODERNA**





## CARTA PRIMERA

EÑOR poeta: Soy un alma en pena que desde hace algunos siglos vago por los cementerios, esperando que los sufragios de los fieles y la intercesión de Santa Brígida contribuyan á redimir mi culpa, pues ya sabréis que Santa Brígida es la protectora de las ánimas. *Ego sum—dijo la santa—mater omnium qui sunt in Purgatorio: quia omnes pœne que debuntur purgandis, propter preces meas mitigantur.*

Aunque privado de representación corpórea, y sin presencia real en las agitaciones de la vida, mi alma conserva su

integridad psicológica; siento, pienso, quiero y asisto, en calidad de espectador pasivo, á los desenvolvimientos de vuestra sociedad.

El guardián del panteón, donde tengo mi cautiverio, es aficionado á la lectura, se pasa el día leyendo periódicos en alta voz, y de ese modo tomo acta del actual movimiento filosófico, literario, político, etc., etc. Así también he podido enterarme de vuestra oda á la civilización moderna, en la que renegáis de cuantas instituciones, leyes, costumbres, inventos, sistemas no pertenecen á vuestro siglo y especialmente de cuantos se refieren á la Edad Media. Semejante proceso de una edad que acaso constituye lo mejor de la historia bien merecía réplica victoriosa y contundente. Nadie ha tomado sobre sí ese trabajo glorioso, y á falta de abogados más hábiles, lo emprendo yo, sirviéndome del sepulturero, quien se encuentra convertido en amanuense de un muerto sin darse cuenta de tamaño fenómeno. Ese mismo sombrío personaje será el conductor de mis

cartas y el encargado de recoger las vuestras... Entremos en materia...

La gran manía de los hombres de vuestro tiempo consiste en creer que nada han recibido del pasado, que lo único bueno que anda por el mundo les pertenece.

¿Es esto tolerable? ¿Se puede oír esto con calma? Lo rigurosamente cierto, señor poeta, es que no habéis sabido conservar lo que os dejamos, y que aun aquello, resultado de nuestro saber y de nuestro genio, que se conserva por su propia virtualidad, usaislo en nuestra contra: la imprenta para denostarnos; la pólvora para destruir la fortaleza, el arco, el puente, todo monumento de sabor clásico.

Lejos, no obstante, lejos de mí, negaros cierta inventiva y cierto concurso activo en la obra del mejoramiento humano; ¡pero van escoltados de tales miserias vuestros progresos!

Habéis... Sí, desmenucemos la historia. Habéis disminuído las distancias entre los pueblos por medio del vapor; pero

las habéis aumentado entre los hombres rasgando el Evangelio, única base de la fraternidad. Habéis inventado la cárcel-modelo, pero habéis también inventado el timo. No construís ya fábricas suntuosas como las de la basílica de Toledo, de Sevilla, de Burgos, de León, pero construís á millares fábricas de moneda falsa. No tenéis siervos, pero, en fuerza de conducir hasta la última exageración el principio de libertad, habéis roto todos los vínculos, y no ha quedado siquiera en pie el que mantiene al hijo en la obediencia del padre, á la mujer en la del marido, al soldado en la de las jerarquías, al ciudadano en la de las leyes; la patria potestad, la autoridad marital, la disciplina, el Estado, son instituciones muertas.

Lo que antes ataba un juramento nada puede atarlo ya; la fe privada, la palabra de honor resultan ineficaces, y siendo de rigor entre vosotros dar, hasta en los más insignificantes actos de la vida, presencia al notario, habéis hecho de este obrero el gran atleta, el gran sa-

cerdote, el hombre necesario de vuestro tiempo.

Vos y los vuestros escribís versos muy gallardos, pero no sentís como Herrera, como Rioja, como Garcilaso. Entre el canto del poeta moderno y el del poeta de mis días hay la diferencia misma que entre el canto del ruiseñor de la pajarrera y el del ruiseñor de los bosques.

Habéis sustituido con lo bonito lo grande; con lo uniforme, lo bello; con lo práctico, lo heroico; con lo cómodo, lo sublime. Vivís, para decirlo de una vez, y usando la frase de uno de vuestros contemporáneos, vivís en el seno de la barbarie iluminada por la luz del gas.

¡Ah, quién puede medir la intensidad y apreciar el grado de tortura á que me hallo sometido vagando por estos sepulcros de yeso, por estas calles simétricas de musgo descolorido, por estas encrucijadas de cajones de pizarra atestados de huesos humanos, con que la extravagancia del gusto y la pobreza del tiempo han reemplazado hoy la magnificen-

cia de la estatuaria y el lujo del lapidario!

La imaginación dantesca pudo adivinar tormentos incomprensibles, pero no adivinó, de seguro, uno tan espantable como el mío. Yo, que he gozado de la voluptuosa taciturnidad de los monasterios y del bullicio subyugador de los campamentos; que he asistido á los esplendores de la catedral, á las pompas del castillo y á las gallardías del torneo; que he visto el carro de la gloria tirado por nuestros leones, y el camino de todos los mares libre para el paso de nuestros bajeles; yo, obligado á contemplar el espectáculo de una sociedad metalizada y pobre, desvanecida y á la vez prosaica, vanidosa y vulgar no obstante... ¡yo obligado!... esto ya es mucho, sí, Dios mío, esto ya excede á la medida del sufrimiento posible.

Señor poeta... ¿entendéis ahora?... señor poeta, os conjuro á que preparéis, con el influjo de vuestro saber y el poderío de vuestro numen, una reacción favorable á las ideas de mi tiempo, por-

que mientras haya quien las bendiga, quien las evoque, quien las cante, yo abrigaré la esperanza del retorno de la edad sublime, y la esperanza en estas soledades es una alegre confidenta y una muy dulce amiga.

EL ABADE DE \*\*\*







## II



CEPTO, señor abad, la polémica á que me invitáis, pero permitidme que me sonría por la originalidad del carácter con que habéis pretendido revelaros á mis ojos. ¡Un alma en pena! ¿Pensáis de veras que exista todavía quien crea en tales invenciones? Harto se me alcanza quién sois, y en el proyecto de desfigurar vuestra fisonomía hallo algo plausible y generoso, pues sólo anónimamente pueden sostenerse por un hombre de este siglo afirmaciones como las que estampáis en vuestra carta. Hasta cubriéndoos bajo el

antifaz de un pseudónimo, y desde las columnas de *El Siglo Futuro*, os ha parecido demasiado fuerte invitarme á una polémica del género de la iniciada. Era preciso fingirse un alma en pena. Sea en buen hora, y pues para departir no se necesita de la presentación de la cédula de vecindad ni de ningún otro documento que acredite el estado civil del contendiente, yo os tomo por lo que pretendéis ser, tal como á mi consideración aparecéis, y desde este momento no volveré á ver en vos otra persona que al pobrecito abad del *tiempo viejo*.

Señor abad: si cuando exclamabais: «la sociedad moderna es una sociedad sin mártires, sin guerreros, sin artistas; sin creyentes», hubiérais añadido: «*y sin esclavos, sin déspotas, sin inquisidores*», habríais puesto las cosas en razón y nos habríamos entendido. Por lo demás, os dejo con el salvaje romanticismo de vuestro tiempo y yo me quedo muy á gusto con la honrada prosa del mío, pues bien puede renunciarse á las grandes cosas cuando ellas imponen como inelu-

dible la aceptación de grandes miserias. Los lienzos del Ticiano, con ser del Ticiano, deberían romperse, dado que sólo sirvieran para cubrir las vergüenzas de una majestad indigna, de un poder ciego, de un tálamo inmundo.

No; no extrañéis que, obligado á sentir el rumor de las cadenas, la queja del pechero, el rugido de la asonada feudal y la pesadumbre de una monarquía férrea, de una nobleza inquieta y de una civilización bárbara, prefiera no asistir *á los esplendores de la catedral, á las pompas del castillo, á las gallardías del torneo,* y rehuse gozar de la *voluptuosa taciturnidad de los monasterios y del bullicio subyugador de los campamentos.*

Os repito que mis labios permanecerían mudos si os hubierais limitado á comparar época con época, dando á cada una estrictamente lo suyo; pero habéis hecho un inventario general de las prosperidades de la vuestra y un espulgo minucioso de las desventuras de la mía, y elegidos caprichosamente los términos, adulterada la verdad con omisiones sensibles,

la comparación, naturalmente, debía seros en absoluto favorable. No es así, señor abad, como se escribe la historia; no es así como el juicio de la posteridad se ilustra; no es así como se analiza, se compara y se resuelve.

Pero, en fin, acepto la cuestión tal como la planteáis y... adelante.

*«Habéis disminuído las distancias entre los pueblos por medio del vapor y las habéis aumentado entre los hombres rasgando el Evangelio, única base de la fraternidad.»*

Sí, el Evangelio es el perpetuo llamamiento á la piedad, al sacrificio, á la mansedumbre; la leyenda que educa y prepara el corazón para el ejercicio del bien; el tenaz estímulo que promueve el desinterés individual y el espiritualismo de los amores. Pero nosotros lo hemos reconstruído, que no rasgado; el Evangelio lo rasgasteis vosotros con el sistema de imponer la fe por el procedimiento de la viruela: haciendo sangre.

El fanatismo católico de Felipe II y el fanatismo reformista de Isabel de Ingla-

terra ¿acercaron á los hombres entre sí? ¿La carnicería de los Hugonotes ¿es por ventura una fiesta consagrada á la humanidad? ¿Las luchas religiosas afirmaron la cruz sobre su cimiento del Calvario, ó la conmovieron?

El libre examen, la conciencia redimida, la independendencia otorgada á cada confesión, obra toda de nuestro tiempo, sí que han restablecido la verdad cristiana y generalizado los sentimientos de concordia.

Nosotros, diciéndoles á los hombres: «contradecíos, pero respetaos; mirad al cielo desde donde queráis, desde la iglesia, desde la mezquita, desde la sinagoga, desde el gabinete químico ó desde el Observatorio astronómico; pero no destruyáis la tierra que á todos debe mantener, ni el vínculo humano que á todos debe unir», hemos hecho prevalecer la enseñanza del Evangelio, y fructificar la semilla de la paz.

Sí, señor abad, mi civilización y mi siglo han acortado las distancias entre los pueblos por medio del vapor, y, á la vez,

las distancias entre los hombros por medio de la fraternidad.

*«Habéis inventado la cárcel modelo; pero habéis también inventado el timo.»*

El timo, señor mío, es de fecha más remota; no lo incluyáis en el capítulo de cargos contra la civilización moderna; constituye un legado de vuestra edad que no le ha sido posible rehusar á la mía.

Las truhanerías del buen lazarillo de Tormes, las ingeniosidades de los célebres alumnos de Monipodio; el apresamiento de la plata del judío Samuel Simón, realizado por Gil Blas y sus conjuntas personas Rafael y Lamela, ¿no pueden pasar por modelo de timos? Lo cierto es que entonces se timaba en las ventas, y hoy se tima en los hoteles; que hoy se cambian perdigones por plata (y esto ya acusa un mejoramiento en los instintos de nuestros bellacos), mientras que los timadores de antaño cambiaban *doblores* por *cardenales*. Los saludadores, los aparecidos, los nigrománticos, ¿qué eran sino precursores de la novísima secta del Mesón del Peine? Y en cuanto

á suplantaciones atrevidas, en cuanto á timos de amor, ¿puede hoy registrarse nada comparable con la intriga de la señora que refiere Cervantes en su novela sobre *Un matrimonio engañoso*?...

«*No construís ya fábricas suntuosas como la de la basilica de Toledo, de Burgos, de Sevilla, de León; pero construís á millares fábricas de moneda falsa.*»

¿Pues y vosotros?... Sabido es que en el reinado de Carlos II la alteración de las monedas acuñadas por el Estado alentó considerablemente los fraudes particulares, hasta un punto que obligó al Duque de Medinaceli á declarar que no se recibiría la moneda de oro y plata sino por su valor real; de suerte que las personas en cuyo poder se hallaba el numerario viéronse arruinadas de la noche á la mañana, principalmente en Andalucía y Castilla, donde la circulación monetaria tenía la mayor actividad. Llegó á tal extremo la ruina, que el pueblo, según la expresión proverbial usada por aquellos días, tenía que contentarse *con tomar el sol*.

¡Es decir, los mismos gobernantes alterando arbitrariamente, y por sorpresa, el valor de la moneda acuñada! Todo un Duque de Medinaceli metido á... Digámoslo francamente: monederos falsos hay desde que hay caballeros en Castilla, desde que hay mundo. La instalación formal de la fábrica será un perfeccionamiento del sistema, y aun bajo este punto de vista, bajo el aspecto del arte, vuestra época tiene algo que agradecerle á la mía.

*«Lo que antes ataba el juramento...»*

¡Pardiez! No me habléis, señor abad, de semejante hipocresía. ¡El juramento!... ¿Sirvió, acaso, para que Luis XIV, al casarse con María Teresa, primogénita de Felipe IV, cumpliese la palabra empeñada en un solemne tratado de renunciar, para sí y sus descendientes, todos los derechos y títulos que pudiera tener á cada uno de los estados españoles?

Pero no quiero persuadiros con mi testimonio. Dejemos hablar á Sismondi en su historia de los franceses:

«El siglo XIV cuenta entre sus héroes

»personajes cuyas hazañas son celebra-  
»das por las crónicas y romances; los  
»Boucicault, los Du Guesclín pasan por  
»la flor de la caballería, y, sin embargo,  
»aquellos ilustres caballeros considera-  
»ban como una inocentada el guardar la  
»fe jurada; al menos se conducían como  
»si ésta hubiera sido su doctrina; se les  
»vió invocar la generosidad de sus ad-  
»versarios para tenderles un lazo y ha-  
»cerles perecer.»

Pero eso ocurría en el siglo XIV, me diréis. Hola, ¿sí? Pues escuchad lo que pasaba en el siglo XV, según el historiador De Barante:

«Los Príncipes habían llegado á me-  
»nospreciar el honor y la virtud, y á no  
»avergonzarse del vicio y de la desleal-  
»tad; en vano procuraban obligarse por  
»medio de las más solemnes invocacio-  
»nes; en vano juraban sobre los santos  
»Evangelios, sobre el santo canon de la  
»misa, sobre la preciosa imagen de Jesu-  
»cristo. Sus juramentos eran palabras  
»vacías.»

¡Pero qué más! Los Reyes no se atre-

vían á verse sino después de haber obtenido salvoconductos; y aun á pesar de esta precaución, la entrevista de Luis XI con Carlos el Temerario en Perusa fué condenada por todos sus consejeros como un proyecto insensato.

Señor abad: os he seguido en vuestras disquisiciones y os he vencido; me he apoderado de vuestros argumentos, y á la baja presión de una dialéctica ligera, han cedido. Quedan en pie vuestra idealidad y mi razón, vuestro espejismo y mi aserto. Distinguid, pues, al *Tiempo viejo* con el dictado que queráis: llamadlo heroico, sublime, grande; pero yo os pregunto: si se le descuenta la lealtad, la piedad, la moral, la religiosidad, cosas todas éstas de que carecía, ¿qué le queda? Y es preciso, en nombre de la sana crítica y del interés histórico, llegar á esos deplorables cercenamientos.

En punto á lealtad, bastante hemos dicho: no hace falta añadir nuevos datos.

En punto á moral, no conocisteis otra mejor que ésta de que hace alarde Maquiavelo en uno de sus discursos sobre

Tito Livio, queriendo disculpar á Rómulo por la sentencia de muerte dictada contra su hermano: «Los varones prudentes no condenarán á un hombre superior por haber usado de un medio que sale fuera de las reglas ordinarias para el importante objeto de fundar una república ú ordenar una monarquía. Lo que se debe desear es que en el momento en que el *hecho le acuse, el resultado le excuse*; si el resultado es bueno, queda absuelto».

Esta moral, únicamente ésta, podía pasar por alto las ruindades del Concilio de Constanza violando el salvoconducto concedido por el Emperador á Juan Hus; la de Francisco I, protestando de su propósito de no consentir ningún arreglo sin estipular la mejora y conservación de Florencia, la víspera del tratado, por el cual entregaba dicha ciudad á la venganza de los Médicis, y la de León X atrayendo á Roma bajo la garantía de su palabra al tirano de Perusa, Baglioni, para mandarle decapitar después y apoderarse de sus posesiones.

En punto á religiosidad, baste decir que aquellos Reyes, desentendiéndose de su alto encargo, cuidaban más de su cetro que de su fe, y lejos de proseguir con ímpetu bravío la obra de unificación política y cristiana de la Península, buscaban muchas veces en sus querellas domésticas la alianza de los caudillos moros.

Bermudo II, el gotoso, arrojó de León á Ramiro III, á fines del siglo X, y para hacerse reconocer por los leoneses, obtuvo de Almanzor un ejército que le aseguró en el trono, pero quedando Bermudo como un lugarteniente de su protector y el reino como una provincia tributaria del califato.

García de Navarra invadió los Estados de su hermano Fernando I con un ejército de musulmanes y cristianos.

Alfonso VI celebró repetidas alianzas con Mahomed de Sevilla.

Alfonso VII distrajo fuerzas necesarias á la conservación del orden dentro de sus Estados, para proteger al jefe de los almoravides contra los almohades.

Francisco I acusaba á Carlos V de hacer la causa de los infieles, provocando, en su desmedida ambición, guerras entre pueblos unidos por el común amor á la doctrina del Crucificado, y sin embargo, firmó alianzas con los turcos. Carlos V recriminaba por idéntico motivo á Francisco I, y también él se arrastró á los pies del Sultán pidiendo treguas.

El Papa Julio II concitó á toda la Europa contra la República de Venecia, y esto para bien de la cristiandad, cuando precisamente la República de Venecia era el principal baluarte de la cristianidad contra los turcos.

En fin, eran tan comunes estas funestísimas inteligencias entre parte de los naturales del país y parte de los dominadores, que el historiador se extasia hablando de algunos Reyes que, como Alfonso I de Aragón, jamás pactaron ni transigieron con los moros.

Si todas estas perfidias, si todas estas mezquindades pueden hacer el elogio de una edad, señor mío, que venga Dios y

lo vea. Por mi parte, saludo con entusiasmo el desplome del castillo almenado, del puente levadizo, de la ciudad murada, de la iglesia oficial, de la monarquía absoluta y de la nobleza inmune, y me solazo con el entronizamiento de todas las clases en la esfera del Gobierno, de todos los cultos en el precepto constitucional, de todos los hombres en la gran confluencia del derecho común.

No, señor abad; yo no puedo seguiros, pero puedo admitir vuestro concurso. La obra de mi tiempo no está acabada. Ayudadme á mí á cantar el progreso y yo os ayudaré á pedir lo que aún falta por reformar. Hé ahí un pretexto amoroso para una noble reconciliación.





### III

OR qué extrañáis, señor poeta, que un ánima del purgatorio tome parte en las agitaciones de la vida real, os combata y os escriba? El profeta Elíseo ¿no hizo ver al Rey de Israel un ejército celestial, que vino á defenderle contra las fuerzas del Rey de Siria? Y este prodigio, acaecido en la antigua ley, ¿no se encuentra renovado en la ley nueva con la aparición milagrosa de una legión de ánimas que combatió en socorro de un Príncipe, el cual Príncipe las había, con sufragios, librado del purgatorio? Pues si el espíritu volatili-

zado, si el espíritu, después de desprendido de la carne, ha podido descender bajo el casco del guerrero á los campos de batalla, según acreditan los libros canónicos, ¿por qué dudáis que un alma temporalmente proscripta por deudas de pena á la divina justicia pueda, en su retorno á este valle de lágrimas, escribiros y aconsejáros? Pero, en fin, continuemos nuestra querella histórica.

Los defectos á cuya descripción, señor mío, voluptuosamente os entregáis, halláislos graves, porque se destacan del fondo de una sociedad llena de grandezas. Una gota de aceite esparcida sobre un manto de púrpura toma proporciones colosales. Un altarillo de escayola perdido en la inmensidad de la fábrica de un templo gotico, exornado con mármoles, estatuas, tallados, cuadros y vidrios, trastorna la belleza del conjunto artístico.

La rebeldía de un prócer, el perjurio de un Rey, la flaqueza de un Papa, flotando sobre muchas generaciones de aristócratas leales, de Monarcas caballeros

y de Papas excelsos: hé ahí la gota de aceite esparcida en el manto de púrpura... El derecho de pernada al lado del derecho de asilo; la legión de vasallos al lado de la ciudad manumitida por el regio esfuerzo del caudillo cristiano, vencedor de la sarracena grey; el privilegio, la tortura, la servidumbre dentro de la inmensa red de instituciones piadosas: hé ahí el altarillo de escayola, erigido sobre una base de pedrería.

En cambio, vuestros ojos no descubren mancha alguna en la civilización dominante. Y no me choca. ¡Como que todo es una pura deformidad! ¡Ni qué mancha enorme puede destacarse del fondo de lo pequeño! Porque ¡ah, eso sí! la pequeñez es el rasgo característico de vuestra época. Pequeñas son vuestras codicias y vuestras abnegaciones, vuestros éxitos y vuestros derrumbamientos, vuestros héroes y vuestros tiranos... ¡Qué diferencia entre lo de entonces y lo de ahora! Entonces se conspiraba por hacer de Madrid el asiento de la monarquía universal: Felipe II pretendía ser un Rey cos-

mopolita; hoy sólo se tira á conservar, con la anonadación y la tacañería de una casa que ha venido á menos, un pedazo de territorio, ni siquiera todo el comprendido dentro de las fronteras naturales. Entonces podía prepararse en un abrir y cerrar de ojos una armada poderosa, como la dispuesta para vengar la muerte de María Estuardo; hoy, ante el miedo suscitado en los países colonizadores por la intervención armada de Inglaterra en Egipto, todos los partidos políticos se conciertan en una aparatosa reunión pública, y la suscripción nacional abierta con destino al aumento de la marina no se llena con cantidades suficientes para la compra de un miserable barco de vela. Entonces, los estadistas españoles soñaban con el cuerpo recostado en todo el mapa de Europa, y la cabeza sobre todo el mapa de Indias; hoy, el más estirado de vuestros gobernantes deja caer en las páginas de *El Solitario* conceptos é ideas sobre la necesidad del apartamiento de toda política internacional, y no es lo más triste que el gran estadista hable así:

lo más triste es que sus palabras traduzcan, como traducen, toda la realidad de nuestro tiempo. Entonces, en una función de guerra se jugaba una corona; hoy sólo se juega, en el albur de una asonada, el triunfo de un partido impaciente, ó la ambición de un General atrasado en su carrera. Entonces, los hombres abandonaban sus haciendas y sus familias y sucumbían por un idealismo; hoy, nadie va á la muerte sino á remolque de una consigna odiosa ó de un interés grosero... ¡Yaquellos Reyes! Comparadlos con los de vuestra época. ¡Qué enormidad!

Aquellos Reyes brillaban como cometas, caían con el estrépito del torrente despeñado, luchaban á la vanguardia, morían de pie; bajaban al pueblo para hacerle justicia, pero así como baja el sol á la hondonada del valle, sin perder su majestad de sol; oían el dictamen de sus consejos y pesaban las razones, desentrañaban los asuntos, resolvían de *motu proprio*; colocábanse á la cabeza de los ejércitos, por su derecho y su iniciativa; eran, en una palabra, los jefes efec-

tivos del Estado. Ahora, los Reyes ni descienden, ni suben, ni están quedos; no brillan, no luchan, no caen; han depuesto la soberanía de su razón ante una soberanía ilusoria; no piensan; piensan por ellos los consejeros de la Corona; oyen el parecer de los Ministros, pero no lo estudian, no lo pesan, no comparan, ni deciden; firman sencillamente; visten la coraza y se calzan el casco, pero sólo en los días de gran parada; ejercitan la puntería, pero no en el examen de los arduos problemas de Estado; adquieren el hábito de la guerra corriendo, pero no legiones extranjeras, sino liebres, y dan testimonio de su coraje militar cazando gamos en los montes reales y aun gansos entre los gentiles hombres.

Amigo mío, si no queréis ver estas diferencias, cerrad los ojos, cerradlos; pero no creáis que podéis borrarlas con el lodo de la vida de Gil Blas, que traéis á colación tan fuera de motivo. Por supuesto que ese aventurero que desplumó al célebre mercader de Cuenca, es el mismo que arrebató del poder de los salteadores en

el camino de Requena al malaventurado Conde de Polán y á su bella hija Serafina. Caballeros y bellacos siempre ha habido, como ha habido siempre dueñas y rufianes, pobres y ricos. Lo que no hay ahora y hubo entonces es una Santa Hermandad para atosigar bribones y una justicia pronta, enérgica y barata para escarmentarlos. Entre vosotros todo se vuelve decretos y más decretos, autos y más autos, emborronar folios, idear formalismos, aumentar sueldos, pero la verdad no parece. Vuestra ley de procedimientos, muy sabia, muy previsora, muy perfecta, puede dejar morir de viejo á un presunto rapazuelo, mientras se substancía la causa, y el tribunal cae en la cuenta de que el acusado es un inocente. Huís del juicio sumarísimo para acrecer las garantías de acierto en la substanciación, y caéis en los inconvenientes, cien veces más temibles y cien veces más dolorosos, de los juicios inacabables. Y no hablemos de prevaricación. Los delincuentes del estado llano no tienen siquiera perdón de Dios, pero los de *clase* encuentran

cómplices hasta en quien los juzga...

¡Lo veis! Ni vuestros jueces, ni vuestros legisladores, ni vuestros estadistas, ni vuestros Príncipes, resisten el juicio de comparación con los míos... Basta ya, señor poeta; requerid la musa del pasado; bebed en otras fuentes; solicitad inspiración de más altas hazañas ó romped el pléctro.

La flauta del pastor de Lesbos, al recoger del viento el suspiro de la zagala encendida de amores por el incitante escozor del primer beso, sonaba, y sonaba tiernamente, sin el impulso de unos labios hábiles. La cítara del bardo de la Edad Media derramaba deleitosas armonías á la más tenue pulsación, movida sólo por el rumor de la queja del doncel enamorado, ó por el suave murmullo de la plegaria de la dama cautiva, ó el lejano eco del órgano de la abadía. Pero vuestra lira, ¡oh! aunque mojéis sus cuerdas en la gruta griega de las protectoras ninfas, y hagáis descender á vuestros dedos todos los genios de la música, no sonará, si le dais, como pie forzado, un

asunto cualquiera, de los que constituyen la trama histórica de vuestro siglo. No encaja, no, en el corte de lo que ha dado en llamarse idilio moderno la alabanza poética á gentes de baja estofa, aunque pudierais citar, para contradecirme con algún asomo de razón, á *Hermann* y *Dorotea*, de Goethe, y á *Evangelina*, de Longfellow; ni hay campo para la lírica en una sociedad donde los intereses andan á brazo partido con las más nobles pasiones.

Señor poeta, lo dicho. Sí, lo dicho: pasaos á mi bando, ó romped el plectro.







## IV

EÑOR abad: Pase la existencia del purgatorio, pase la singularidad de vuestra situación; pero ¿cómo en tantos siglos los sufragios de los buenos creyentes no os han redimido? ¿Ó es que al partir para la tumba sólo dejasteis yernos y acreedores? Aun así, ¿cómo no os ha aprovechado la munificencia de Benedicto XIII? Este Pontífice, por decreto de 23 de Agosto de 1728, que lleva la firma de su secretario de Estado, el Cardenal Lerccari, concedió las gracias siguientes:

«Los fieles que hiciesen renuncia de las propias obras satisfactorias en sufra-

gio de las ánimas sacarán una del purgatorio con cada misa que oigan todos los lunes del año.»

El Pontífice Pío VI, por rescripto de 12 de Diciembre de 1788, confirmó las mismas gracias á los que hiciesen el anunciado voto ó renuncia.

Y bien, ¿es posible que entre tantas almas como por estos decretos de Benedicto XIII y de Pío VI han sido libertadas no os haya tocado el turno?... No me embroméis más.

.....

Cuando el buen escudero de Ronda echaba en cara á la esposa del doctor Sangredo la vileza de sus impúdicas relaciones con el barberillo y le decía; para enfriar sus entusiasmos, que el pobre muchacho tenía sarna, le respondió toda llena de admiración la encantadora doña Mergelina de Aybar: «Llamaisle sarnoso por unas rascadurillas que lleva en las muñecas que parecen hojas de clavel.» ¡Hojas de clavel las rascadurillas!... ¡Tal es, señor abad, la fuerza del amor!

No me extraña, pues, gran cosa que, apasionado como estáis de vuestra edad, exclamáis al oirme decirle bárbara: «Llámame así porque encendía, para honrar al Altísimo, luminarias con miembros de herejes, cuyos resplandores regocijaban los ojos de las almas piadosas; porque lograba con la tortura hacerle cantar hasta á los mudos; porque, si bien aumentaba considerablemente el número de los desgraciados con la institución de los mayorazgos, la propiedad corporativa, los diezmos y primicias, tenía preparada sopa en el convento para todos los pobres; porque sus jueces no se andaban con teologías y fallaban de plano, y sus Príncipes usaban cetros como garrotes para meter la nación en cintura, y sus amadores llevaban cadena de hierro al cuello como mastines de ganado para domeñar la esquividad de la desdeñosa dama, y sus monjes se servían de las sandalias y de los escapularios á falta de otros enseres con que comprimir la carga del trabuco para matar moros por amor de Dios, y sus condes solían dor-

mir la noche de boda con la esposa del vasallo para aligerar las fatigas de éste en la medida posible.»

Comprendo perfectamente, señor mío, que eso de pintar es pura fantasía, y á lo que veo, la historia se parece á la tela, que sirve para vestir todos los conceptos, aun los más estrafalarios y peregrinos. ¡Pardiez! Si fuera posible que viniera al mundo un hombre como llovido del cielo y os oyera hablar, sobre todo, de vuestros Reyes, se quedaría con la boca abierta, y, sin embargo, aquellos señores eran ni más ni menos que unos mandrias con mal talante y carilla de pocos amigos. Por supuesto, en punto á pretensiones, ¡eche usted rumbo! tenían de su origen, de su autoridad y de su misión las ideas más exageradas, y es el caso que creyéndose tan sólo dignos de los grandes empeños, se preocupaban con frecuencia de lo más nimio.

Un poderoso Rey de Francia recibía arrellanado muellemente en su sillón, guarnecido de clavos de oro, recibía, repito, con menguado desdén, la noticia

de que el pillaje de París, estimulado por la confianza de las tinieblas, asaltaba casas, desarmaba rondas, hería centinelas, y en cambio crujía de rabia al fijar sus ojos en una carta del Rey de Sicilia, porque el audaz Príncipe siciliano había tenido la avilantez de sellar el sobre con lacre amarillo, privilegio reservado á los herederos de Carlo Magno... ¡Ya veis qué grandeza de Reyes éstos!

Sobre la omnipotencia de la monarquía absoluta os diré sencillamente que el poder de sus bravíos representantes siempre estuvo limitado, cuando no por las rebeldías de la nobleza, por la intriga de los favoritos y más tarde por la autoridad de los Consejos. La fuerza de éstos llegó á tal extremo, que, según refiere la Marquesa de Lafayette en sus célebres memorias relativas al año de 1688, la esposa de Carlos II, hija del Duque de Orleans, fué envenenada por orden del Consejo de España, afirmación cuya exactitud no aparece demostrada con pruebas solemnes, pero sobre la que el Marqués de

Louville desliza ideas interesantes, que vienen como á robustecerla...

También, señor abad, os habéis permitido hablar de la justicia de mi tiempo. No discutiré yo sus ventajas; podrá no ser buena; pero defectuosa y todo, vale más que la vuestra, aunque, á decir verdad, vosotros no teníais ninguna. Para el noble, legislaciones privilegiadas; para el pechero, horcas y tributos. Ni era posible otra cosa en una sociedad en la que los poderes andaban confundidos hasta el punto de que el Rey aparecía muchas veces como un cautivo ilustre dentro de una espesa malla de jurisdicciones señoriales. Decís, además, que no veis hoy, por donde quiera que miráis, sino jueces corrompidos y policía atortolada. ¡Hombre de Dios, esto es ya mucha frescura! Pues qué, ¿ignoráis acaso que en vuestro tiempo toda compañía de ladrones contaba con un cuadrillero de la Santa Hermandad, un ermitaño y tal cual agnado de algún corregidor? Esto aparte de que la gracia de indulto solía residir en manos villanas, como en manos del célebre repos-

tero de Madrid, D. Baltasar de Zúñiga, en el reinado de Felipe IV, y en las de mae-se Oliveros, el Gamo, barbero de Luis XI.

En fin, cada uno habla de la feria según le va en ella. Á vos, amigo mío, no debió iros rematadamente en las fosforescencias de la monarquía patrimonial. Gozaríais de la privanza de un Principe dadivoso, confesaríais señoras cara á cara, sin la impedimenta de la celosía del confesonario, recibiríais el agasajo del amor de lindas zagalejas, porque unas faldas llaman otras faldas, quemaríais relapsos y judaizantes, esquivando diestramente el peligro de ser quemado, y obtendríais de la munificencia real algún señorío en donación para perpetuar en la persona de algún sobrino la excel-situd de vuestra prosapia.

Yo, en este siglo del negocio y del comercio, como lo llamáis, vivo de mis propias carnes, oliendo dónde mascan, que al fin soy poeta, pero no renuncio á mi tiempo, y mi lira seguirá cantando, no á quien os plazca, sino á quien loable, justo y merecido sea que cante.





## V

**C**REEDLO, señor poeta: yo no pinto al capricho, ni tergiverso la historia, ni barnizo las instituciones, ni desfiguro los personajes. Precisamente lo contrario. Mi escuela, mi gusto, mi flaqueza, quizá, consiste en llamar al pan pan, y al vino vino.

Reflexionadlo bien. Todo eso del progreso humano es sencillamente ilusorio. Si comparáis tan sólo el día de hoy con el día de ayer, acaso resulte el posterior con alguna ventaja sobre el de la víspera. Comprenderéis que tiro á ajustarme.

Pero la romana de la historia no entra por años, ó lo que es lo mismo, por libras; no se pueden pesar los progresos de unos cuantos lustros, sino de algunas centurias, y establecido así el juicio de comparación entre una edad y otra edad, no siempre resulta mejorada la subsiguiente. La vuestra, por de pronto, muy por bajo de la mía. Es más, continúan hoy todos los males, en rigor agravados, de entonces, mientras que no se conserva ninguna de sus bienaventuranzas. Presto os convenceréis de ello. Y si no, vamos á cuentas.

¿No es exacto que tenéis al feudalismo por lo más odioso de mi tiempo? Pues el feudalismo alienta todavía. No os riáis; está probado; alienta. Ha cambiado en el nombre y en alguno de sus accidentes, pero en la esencia, en el fondo... sí, en el fondo y en la esencia subsiste. Es decir, el feudalismo, que podríamos llamar de la sangre, se fué resueltamente; pero halo sustituido el feudalismo parlamentario... ¿Qué hacían los nobles de antaño? Quitar y poner Reyes, resolver sobre

la legitimidad de la herencia regia, mantener la monarquía en perenne agitación, facilitar el encumbramiento de los favoritos para proporcionarse la satisfacción de contribuir más tarde á que los ahorcaran; gozar de exenciones, de inmunidades, de privilegios. ¿Y qué hacen vuestros tribunos? Exactamente lo mismo. El poder real, el poder ejecutivo, el poder judicial, viven en cierta dependencia del poder parlamentario. La Monarquía, el Ministerio, la alta magistratura no llaman á juicio al Parlamento, pero el Parlamento discute al Rey, discute al Ministro, discute al juez; al primero con donaire epigramático, al segundo con fría rudeza, al último con escándalo, y de estas luchas persistentes y continuas salen, no por el pronto, no de improviso, pero salen al fin mortalmente heridos el juez, el Ministro y el Rey.

Quien decía entonces noble, decía señor de horca y cuchillo, y quien dice ahora tribuno, dice señor de cuchillo y horca. ¿Cómo se preparó la caída de la Reina Isabel? Con el vacío que produjo

en las Cortes la ausencia de los oradores progresistas. ¿Quién decidió durante la interinidad revolucionaria el pleito entre la República y la Monarquía á favor de ésta? El mayor número de *señores*, entiéndase bien, de *señores*, no de diputados. Si Olózaga, si Sagasta, si Ríos Rosas, si Rivero, si Martos se hubieran sumado con Castelar, con Pi, con Figueras, la revolución habría celebrado sus desposorios con la República, á despecho de Prim y de sus bayonetas. ¿Quién señaló el camino de Italia á D. Amadeo? Una votación de las Cortes preparada por los *señores* del radicalismo; la votación precursora del decreto de disolución del cuerpo de Artillería. ¿Quién destruyó la legalidad del 11 de Febrero? La retirada de algunos otros señores al Aventino, á la extrema izquierda de la Cámara. Sean cuales sean las instituciones fundamentales del país, han menester hoy de los prestigios y de los apoyos del Parlamento, y si esos prestigios se destruyen y esos apoyos faltan, las instituciones se cuarteán, y á la postre, se desploman.

Además, no hay República ni Monarquía posibles con Gobiernos débiles, y como la vida de un Gobierno depende de cualquier algarada parlamentaria, y toda algarada la fomentan y la dirigen los oradores, los oradores son vuestros árbitros y vuestros amos. Ciertó que no poseen, como los antiguos nobles, grandes territorios y pingües rentas; pero ¿para qué las necesitan? La gloria suple al dinero.

¿Qué decís ahora, señor mío? ¿No es verdad, francamente, no es verdad que el feudalismo subsiste?...

¡Revolucionarios!... ¿No lo han sido Riego, Lacy, O'Donnell á la manera de Padilla, del Obispo Acuña y de Juanito Austria? Y para que el parecido resulte mejor, regístranse extrañas coincidencias de nombres, de casos, de lugares. Uno mismo, por ejemplo, fué el sitio, Torrejón de Ardoz, en que el célebre hijo de la comedianta abatió el orgullo de su Reina, consiguiendo, por medio de las armas, la destitución del padre Nithard, y en que el General Narváez acabó con la regencia de Espartero.

¡El asesinato de Escobedo!... ¡El asesinato de Prim!... ¡Qué analogía ésta! Los asesinos de aquél no fueron castigados, aunque sí conocidos. Con los del caudillo de África ocurrió lo mismo: fueron conocidos, pero no castigados. ¡Oh! y entiéndase que el jefe efectivo de una nación no es el pobre secretario de un hombre más ó menos ilustre y la justicia del siglo XIX no debe andar peor que anduvo la del siglo XVI. ¡Pues sin embargo!...

¿Os convencéis, señor mío? Preciso será; de lo contrario, vais á obligarme á recordaros aquellos famosos versos de Góngora, que dicen:

¿En años quieres que plural cometa  
Infausto corra á las coronas luto  
Los vestigios pisar del griego astuto?  
*Por cuerdo te juzgaré, aunque poeta.*

—Os cogí—imagino que exclamaréis al leer esta cita, —y en verdad que yo mismo, por el pronto, he llegado á creer si se me habría rebelado la pluma, suscitando inoportunamente el recuerdo de

algo que á mi interés convenía ocultar. Pero no, el *gongorismo* es también una calamidad del tiempo presente; el *gongorismo* subsiste cuando menos aplicado á política. Pues qué, ¿el evangelio democrático que predica por esas provincias el General López Domínguez, después de haber coincidido con Pidal en la expresión del principio de soberanía, no es una cosa igualmente laberíntica é ininteligible, como aquel célebre soneto dirigido á Luis Babia, con que el bello cantor de la *Tórtola* comenzó su triste carrera de poeta desmayado, conceptuoso y soporífero? Los discursos de los constitucionales disidentes, de estos nuevos cirineos de la maltrecha legalidad revolucionaria, que no admiten por peligrosas las teorías de Martos, y se colocan, sin embargo, en la vanguardia del partido liberal, señalando al gran orador sitio en el estado mayor de Sagasta, ¿que son, sino *gongorismo* puro y neto?

Resulta bien probado, por lo tanto, que todo vicio, deficiencia, tiranía, fealdad del tiempo viejo encuentra hoy su

semejante. ¡En cambio, aquellas glorias!... Aquellas glorias no han sido renovadas.

¿Qué habéis, si no, adelantado en pintura, en escultura, en literatura? Nada. ¿Qué mejoramiento acusan vuestras industrias? El producto de todas ellas vale menos que el más pobre tapiz del Escorial. ¿Y las ciencias? Las físicas, con cuyos progresos tanto os envanecéis, sólo han hecho aplicaciones de verdades poco conocidas y de principios ya en la más remota antigüedad formulados.

Pero la política... la política: hé ahí la gloriosísima dote de vuestro tiempo. ¡Qué de cosas, de emancipaciones, de prodigios!... Pues ni eso, señor mío. Os aseguro que ni siquiera eso. Vamos á ver, contestadme: ¿Dónde está tanta belleza? ¿Cuál es vuestra gran conquista? ¿La libertad del pensamiento? ¡Oh! ya quisieran escribir los vuestros como escribían los míos. Fray Luis de León pudo decir que la muerte del príncipe Carlos produjo

Miedo en el corazón, llanto en los ojos,

corroborando el rumor que atribuía á Felipe II una triste participación en el temprano fin de su hijo, y cuyo rumor contribuyeron á extender las tragedias de Alfieri y de Schíller. Quevedo pudo derramar las sales cáusticas de su ingenio extraordinario sin respeto á grandes ni á chicos, en *El sueño de las calaveras*, *El alguacil alguacilado* y *El discurso de todos los diablos*. Mariana no se mordió la lengua en su *Tratado del Rey y de la institución real*, y el *Fray Gerundio*, del padre Isla, se vendió como joya riquísima á pesar de los obstáculos puestos á su circulación por la censura eclesiástica. Pero vosotros... Vosotros andáis siempre á vueltas con leyes restrictivas, con la policía y el fiscal de imprenta, y á falta de censura oficial, con la aún más grave censura oficiosa de la partida de la porra... Y vuelvo á preguntaros: ¿cuál es vuestra gran conquista? ¿La libertad parlamentaria?... La verdadera libertad parlamentaria no consiste en insolentarse con un Ministro, sino en votar con arreglo á la conciencia, á la convicción,

al capricho, y hoy nadie vota lo que quiere, sino lo que le exige el interés de partido ó le impone la autoridad de un Gobierno. ¿Quién hoy se atrevería á negar subsidios directamente solicitados por un Monarca del fuste de Carlos V?... ¡La libertad electoral!... ¡Podrá ser, es seguramente mayor ahora el número de los electores; pero nadie tampoco expresa en los comicios independientemente su pensamiento, mientras que el voto de las ciudades era en lo antiguo una verdad positiva!... ¡La libertad municipal!... ¡Cómo! ¿En qué puede vuestro municipio parecerse al de la Edad Media? Aquél era verdaderamente soberano; éste es una mísera sucursal del Gobierno civil para fines groseramente políticos... ¡La libertad de conciencia!... Ciertó; ésta es una libertad privativa del moderno régimen. Pero ¿qué falta le hace semejante concesión á una sociedad escéptica, irreligiosa, descreída?

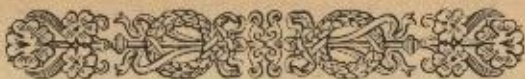
Señor poeta, no continúo, porque os juzgo convencido, aunque á confesarlo mostréis empeñada resistencia. Los he-

chos hablan con una valentía, con una espontaneidad, con una resolución capaces de apagar en el ánimo menos flexible y más obstinado el ardor de la polémica.

Esto no es un cuadro de fantasía; yo no he pintado, no he poetizado; esto es, señor mío, sencillamente un estudio clínico, un balance irresistible, un proceso histórico, medroso y solemne.







## VI



H, señor abad! Resulta que hoy sólo significa un día más, no un progreso más, y habrá que quitarle la razón á Pelletán; será preciso decir: *el mundo no marcha*.

Y no marcha. Las revoluciones no han destruído las idolatrías, han atentado sólo á la calidad del ídolo. La estatua ha cambiado, pero el pedestal siempre el mismo, siempre en pie. Las civilizaciones de Oriente, la filosofía griega, el cristianismo, la reforma, el renacimiento, no son redenciones, mejoramientos progresivos, sino oasis, respiros, días

de atmósfera menos densa para la humanidad.

El estoicismo proclama el principio del bien y de la libertad, fomenta la austeridad de las costumbres y hace hombres fuertes, audaces, abnegados; pero el epicureísmo, hablándole sólo á la materia, se pronuncia contra toda idea generosa. La escuela de Epicuro esteriliza, pues, la obra de Zenón.

Jesús opone al politeísmo el dogma de la unidad divina, y despierta la esperanza de una sublime igualdad entre los hombres; pero lo que debía de ser centro de unión, es tema de discordia, porque el dualismo del cielo y de la tierra, según diría el filósofo racionalista, afirma la diversidad de destinos en la vida futura, á cuya diversidad debe también corresponder idéntico desorden de la familia humana en la vida presente.

El cumplimiento de la predicción de los profetas hebreos liberta, por de pronto, al mundo del yugo de Roma; pero Roma continúa, á poco, pesando sobre la paz de Europa. El despotismo de los

Pontífices sustituye al despotismo de los Emperadores.

Lo que hace el apostolado con su valentía y con su desinterés, lo deshace el sacerdocio con su intransigencia y con su libertinaje. La protesta del célebre agustino alemán se levanta un día como señal de emancipación de las conciencias, y es al día siguiente una señal de guerra.

Se van en los albores del cristianismo los dioses de Virgilio, los númenes del foro romano, los genios de la antigüedad clásica, y vuelven con el renacimiento.

Los jacobinos inundan de sangre el campo sembrado por los enciclopedistas, y veinte, treinta, cincuenta años después, Marat, Robespierre, Danton destruyen la obra de D'Alembert, Diderot, Montesquieu, Rousseau.

El papado alienta el jesuitismo, es el principal accionista de la compañía, se fortifica con su propaganda, se enriquece con sus caudales, y sin embargo, la disuelve y la persigue.

Sucede á la esclavitud sancionada por los *legisladores de las doce tablas* la servidumbre de la Edad Media, y al siervo de la gleba el proletarismo inglés, el vasallaje polaco, el trabajador de las aldeas de Rusia, el colono de Irlanda; y en pleno siglo XIX subsiste la caza de negros, la trata, la explotación de unos hombres por otros hombres.

La imprenta es la desvinculación de la ciencia, el mandamiento de libertad de la idea reclusa en el monasterio y en el claustro. Antes de Gutenberg, los viajeros de la historia, las razas, los pueblos escriben sus impresiones y sus memorias sobre la piedra, como diría Víctor Hugo; estas impresiones, estos recuerdos, hacinados, distribuídos luego y combinados, producen el templo, el castillo, el alcázar, la gigantesca basílica de San Vicente, de Avila, y la grandiosa mezquita de Córdoba, etc., etc. Después de Gutenberg, las tribus, los pueblos escriben sobre el papel y se produce el libro. No disputaré á ninguno su valor y su mérito. No estableceré com-

petencias dolorosas; pero declaro que la profecía del célebre arcediano de Josas se ha cumplido en parte: la imprenta ha matado la arquitectura.

El gusto bizantino es reemplazado por el gótico. La ojiva, ciertamente, representa un adelanto sobre el semicírculo romano; pero en el siglo XVI, en Francia, una extraña amalgama de diversos estilos esculturales crea, en sus aplicaciones á las iglesias, obras desprovistas de todo carácter religioso, y en el siglo XVII la escuela italiana, buscando lo hermoso en lo pintarrajado, produce artistas del gusto extravagante de Carlo-Moderno, Le Bernin, Le Borromini, que abandonan los modelos del Bramante, de este genio poderoso cuyas huellas quedan grabadas para siempre en una parte del Vaticano, en las fundaciones de San Pedro de Roma y en el templo de San-Pietro-in-Montorio.

Es decir, amigo mío, que tanto andamos como caemos. Y no podría ser de otro modo. Lo efímero de las obras humanas y la versatilidad de la fortuna hacen

imposible todo adelantamiento eficaz, positivo y durable.

Caminamos:

En política, de revolución en restauración y de restauración en revolución. La libertad no prospera.

En legislación, de leyes deficientes á leyes avasalladoras. La justicia no domina.

En religión, de fanatismo en incredulidad y de negaciones groseras á idolatrías livianas. La razón y la fe siempre en lucha.

En el arte, del abandono al amaneramiento, del naturalismo sensual al idealismo enlanguidecedor; de la falta de luz, de movimiento, de contrastes, á las palpitaciones de un estilo nervioso, recargado y pintoresco. Nunca la corrección, elegancia y sencillez en la forma, ni el culto de las grandes líneas.

Resulta, pues, en definitiva, que por el juicio comparativo entre lo de ayer y lo de hoy no se sabe si caminamos adelante ó repasamos el camino que otros anduvieron. Así es que pudo decir Pascal:

«Los antiguos son los modernos y nosotros somos los antiguos. Por mi parte, señor abad, vuelvo á repetiroslo con hondísima amargura: llegada la humanidad á ciertos confines, se estaciona y retrocede.

«De cualquier modo —exclama un ilustre escritor contemporáneo, bastante conocido en las filas liberales,—de cualquier modo que uno interroque y examine su conciencia, ve que el progreso es una mentira, y para acreditarle de verdad necesita recurrir al mucho algodón que ahora se teje y á la baratura que tienen las calcetas y á lo cómodamente que se viaja en el ferrocarril, aunque sea en el de Madrid á Tembleque.

¡Oh! ¿quién sueña, quién miente aquí? ¿Pelletán entonando bellísimos ditirambos al progreso en su libro sobre la *Profesión de fe del siglo XIX*, ó Leopardi enseñando, en sus versos dolientes y grandiosos, lo que Gioberti llama *la moral de la desesperación*?

Realmente, Pelletán es el poeta, el soñador, el optimista, y Leopardi el filóso-

fo, el anatómico, el espíritu observador. El libro del publicista francés tiene todas las trazas de una leyenda y los cantos del vate italiano todas las trazas de una acusación contra el principio de la perfectibilidad y contra la teoría de la evolución continua del arte y del hombre hacia la belleza y el bien absolutos.

Estoy, pues, con Leopardi, y recuso á Pelletán.....

.....  
Señor espectro, señor abad: estáis vengado, porque me declaro vencido. Poned también mi firma al pie de vuestro aserto: la historia es la negación del progreso humano. El mundo permanece inmóvil... ¡Inmóvil!... ¿He dicho inmóvil?... No, aventuro demasiado, y retiro lo que hay de exageración en mis últimas palabras. El mundo se mueve; sí, se mueve; pero no anda: da vueltas.

EL POETA.

P. D. Por si lo habéis tomado en serio, sabed que con lo que acabo de escri-

bir sólo he pretendido embromaros, ó de mostrar quizá los desalientos en que puede caer un espíritu enérgico y generoso, cediendo á la influencia melancólica de un día de nieblas ó á los desabrimientos de una vieja nostalgia.

Pero broma pesada ó desmayo efectivo, ya es hora de puntualizar las cosas, y hablando con formalidad, os diré que cuanto sostuve en mis cartas anteriores, sostenido queda. ¡Oh! y no es que reniegue de mis predecesores: yo los respeto; pero al honrar su memoria, no es preciso pregonar con voz estridente que ellos anduvieron todo el camino y fueron mejores.

Por lo demás, á serme posible, os daría gusto, y resucitaría para vos, sólo para vos, la edad del feudalismo y de la Inquisición. Así quedarían: castigada vuestra extravagancia y satisfecha la vindicta de mi tiempo.





## VII

*Sr. Presidente de la Academia de la Historia.*



RESPETABLE señor: Cierta primo mío se ha encontrado un curioso manuscrito, que se compone de varios borroneos de cartas, puestas en solfa, y que él ha corregido, por el deseo de no estarse parado y huir del ocio, al que le teme mucho, como *polilla de las virtudes y feria de los vicios que es*, según Quevedo. Esas cartas, ya lo verá usted, pues se las mando por encargo del coleccionador, tratan de historia, y por el solo hecho de haberles pasado la mano, enriqueciéndolas con algu-

nas anotaciones, comentarios y citas de actualidad, mi primo júzgase lleno de méritos para ingresar en la Academia de la Historia. Su capricho no me preocuparía, me tendría sin cuidado sencillamente; pero es el caso que quiere que yo le adoctrine sobre el procedimiento que más de prisa le conduzca al triunfo de su pretensión, y no me deja ni de día ni de noche, ni á sol ni á sombra, como si en mí todo consistiera. Yo le he dicho que aguarde á que mande su partido, porque en España no hay nada que no se obtenga por rescripto del Príncipe ó gracia del Gobierno; con más, que eso de académico de la Historia es un cargo de la índole de cualquier otro, que no reclama en quien ha de conseguirlo calidades especiales, según pudiera parecer al pronto, pues así como Gobernador no quiere decir *hombre adiestrado en el arte de gobernar*, y puede confiársele (se le confía siempre) el gobierno de una provincia á persona que ni siquiera mostró medianas dotes en el gobierno de su propia casa, académico de la Historia no quiere decir

varón docto y perito en materias históricas.

Yo, pues, le he hablado de todo lo que viene al caso; le he hecho notar que entre ustedes, como es cierto, habrá más de uno y más de quince que no tengan la menor noticia de Herodoto, que no hayan jamás abierto un libro y que crean que Salustio es un punto menos que Salustiano... de Olózaga, y que Tacito (sobre todo si lo ven impreso como va ahora aquí) es el consorte y adjunta persona de Tacita, diminutivo de taza. Le he asegurado con testimonios repetidos de autores diversos que Florián de Ocampo figura como el primero, ó si esta preferencia se le quiere guardar á Fr. Antonio de Guevara, como el segundo de nuestros historiadores generales, y, sin embargo, Ocampo escribió en junto una Crónica general de España que se remonta á la narración del diluvio universal, y termina después de darnos por muertos á los Escipiones; lo cual demuestra que si se puede pasar por historiador nacional escribiendo relatos de asuntos casi

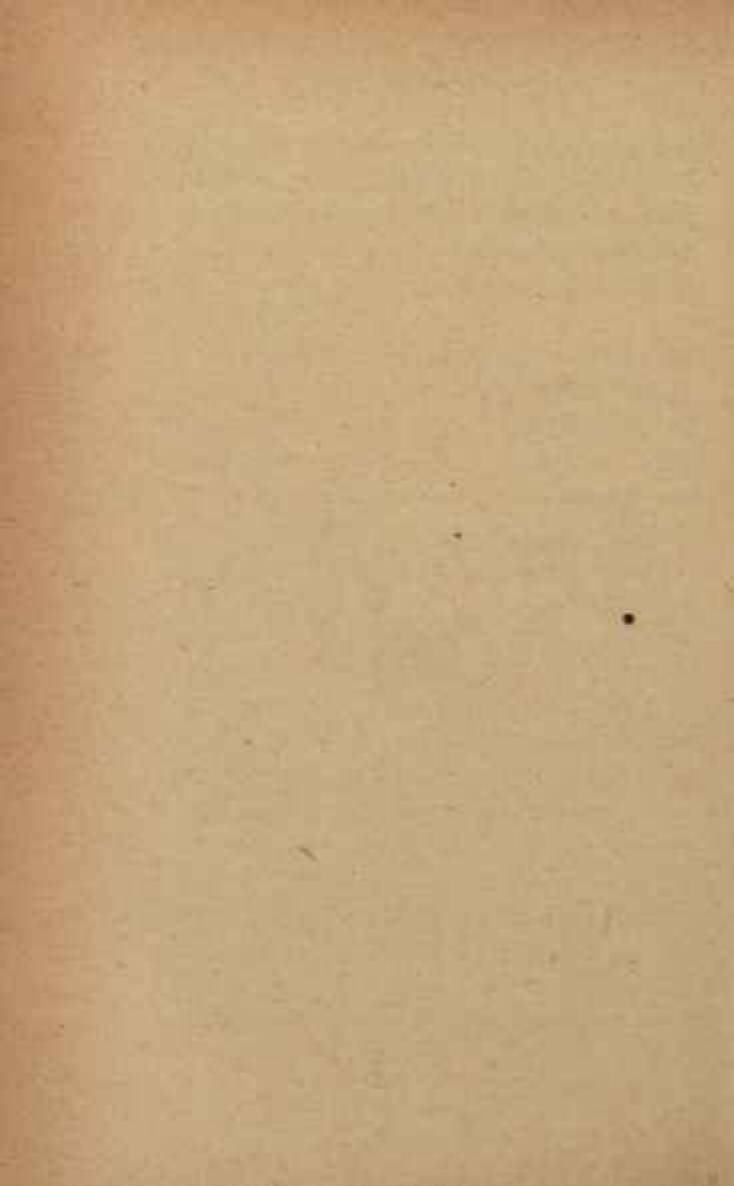
extranjeros, mejor podrá pasarse por académico de la Historia sin conocer uno, siquiera, la de los amantes de su mujer propia, cosa que por ser tan íntima debería saber cualquiera, fuese ó no académico.

Pero es inútil que procure inculcar estas ideas en el ánimo de mi primo; él sigue creyendo á pies juntillas que la distinción que anhela sólo puede obtenerse previa presentación de trabajos de cierta importancia, y para preguntarle si entre éstos pueden incluirse las cartas adjuntas, me fuerza con profunda lamentación á escribirle á usted, de quien me supone amigo y colega cariñoso por mi *carácter de cronista*, es decir, por la simple razón de haber permanecido yo en Madrid algunos meses y haber publicado algunas crónicas de salones y toros. Yo lo hago no sin cierta respetuosa cortedad, pero, en fin, le escribo á usted como podría escribirle al Emperador de la China, pues me va en ello la tranquilidad, y usted se reirá ó no se reirá de la ocurrencia, y hará lo que guste, lo hará

todo, todo menos dejar de ponerme cuatro letras, siquiera por amor de Dios, para que consiga quitarme de encima la mosca de mi primo.

E. M.





**CARTAS SUELTAS**





## CARTA PRIMERA

*Del jefe de una diócesis política al Ministro de \*\*\*  
el mayor de los Metropolitanos.*



SEÑOR Ministro: «Mis adversarios pueden esperar todo de mi justicia; el que de entre ellos la necesite en mí la encontrará. Mis amigos nada pueden esperar de mi misericordia; si caen, como pecadores serán tratados. Es ya tiempo de que el país tenga un Gobierno, y no cada partido el suyo... Aceptar las indicaciones de ustedes sobre la designación de persona para el mando de la provincia á que pertenecen sería poner los grandes intereses

sociales por debajo de los intereses de bandería; proseguir la obra de perdición en que parece como que están empeñados todos los hombres políticos; favorecer, alentar el caciquismo, cuando mi deseo es destruirlo, extirparlo, pero de veras, pero profundamente».

Tales fueron, palabra más, palabra menos, las frases que usted nos dirigió en el acto de recepción de los representantes de nuestro partido en la provincia C, frases admirabilísimas para pronunciadas por quien hubiese descendido del Olimpo al Ministerio, pero no para pronunciadas por un personaje que llega á la poderosa ínsula desde el círculo de la calle de... Cuando se ha vivido entre los dioses es ruin obrar como una simple criatura, pero es aún más ruin pretender revestirse con apariencias de Dios cuando se ha vivido entre los hombres, y de ellos ha sido uno engendrado y por la acción combinada de muchas iniciativas se ha conseguido una posición excepcional.

Acabar con las influencias nocivas,

con la podredumbre cortesana, con la tiranía de los prestigios y las celebridades de campanario, con las políticas de caudillaje y los favores de la nómina, eso sería una obra verdaderamente nacional. Pero ¿qué autoridad, señor mío, tiene usted para iniciarla?

Usted, Sr. Ministro, hablando como nos habló desde los salones de su departamento, condenando las improvisaciones y el caciquismo, no hizo otra cosa que renunciar á su origen, escupir á su propia cuna y reconocer en definitiva la ilegitimidad de los medios á que ha debido su encumbramiento, porque, sin que yo le dispute cualidades y luces, puedo decir muy alto, con su mismo testimonio seguramente, que ha necesitado para subir de muchos hombros ajenos, de una popularidad en la que cada uno de sus prosélitos, fabricados con urgencia, ha puesto una nota, de masas alquiladas al partido carlista ó al federal para vitorearle en las estaciones del tránsito en su viaje por las provincias y de la organización apresurada de comi-

tés y círculos, que son como otros tantos viveros de caciques y pretendientes.

He asegurado que podía sostener esta afirmación con el propio testimonio de usted, y creo no haber mentido. Apelo si no á su buena memoria. Ella le dirá cuándo, cómo y por qué acepté el compromiso de organizar sus fuerzas políticas en esta provincia.

Usted y yo nos conocimos de jóvenes en la Universidad, y no volvimos á vernos hasta el otoño de 1881. ¿No es esto exacto? Una circunstancia casual nos reunió en Madrid en casa de un amigo de los dos. ¿Va usted recordando?

Al reconocerme, después de tantos años de ausencia, me abrazó usted con afecto efusivo y con enternecimiento generoso, que me hizo gozar y sufrir, sufrir también, porque hay, aun en las simpatías con que los grandes hombres nos distinguen á los hombres oscuros, algo así como un movimiento de piedad, que parece echarnos en cara súbitamente y por peregrino modo toda nuestra mísera pequeñez. Yo correspondí á sus desbordes

de sentimiento con una demostración de cariño no menos grande, pero respetuosa. Después entramos en materia, ó hablando con más propiedad, usted entró en materia.

—Sé—me dijo—que goza usted de una gran nombradía en la capital X y en todo el territorio que abarca la jurisdicción de su antigua Chancillería, como abogado y como hombre independiente y recto; sé que hace un uso honrado de sus bienes y de sus luces; sé que vive usted respetado y feliz, con una posición holgada y en el seno de una familia cariñosa y distinguida. Pero, amigo mío, es necesario buscar á la actividad intelectual campo más extenso que el que ofrece el ejercicio de una profesión, por brillante que sea, y lo es mucho la de usted; es necesario, sobre todo, esforzarse por dejar á los hijos algo más que unas cuantas aranzadas de tierra, algo que sin ser cotizabile en las bolsas y en los mercados contribuye al enaltecimiento de los linajes y lisonjea el noble orgullo de las almas. En una palabra, importa dejar á los

hijos un pedazo de pan, porque la materia no prescinde de su cebo, pero es mayormentenecesario dejarles en las incrustaciones de un nombre glorioso la memoria de hechos que les hagan mirar con deleite hacia todo lo alto de su prosapia. ¡Y qué quiere usted, Sr. D. A!... Hoy en España sólo puede ilustrarse, no sé si por desdicha ó por fortuna de todos, pienso yo que por fortuna, hoy sólo puede ilustrarse un hombre en los diarios pacíficos combates de la política.» Yo, que había estado oyendo á usted con respeto y con gusto, no pude, sin embargo, contenerme al comprender la significación de sus últimas palabras, y le interrumpí, acaso bruscamente, porque el hombre de convicciones tenaces rebasa, alguna vez sin quererlo, en su franqueza, la línea de las formas corteses. «No siga usted —le dije;—la política me enfada y me asusta; yo no he nacido para ese arte, para esa ocupación ó lo que sea. Además, soy un prisionero que está satisfecho de su condición, porque mi hogar es mi jaula. Vivo feliz entre esas redes

fortísimas que forman los afectos conyugales, y ¡ya ve usted! para la política lo que se necesita son hombres libres.» Entonces se entabló entre los dos un diálogo vivo, interesante, animado, que sé de memoria y que me tomo la libertad de reproducir aquí para que pueda usted comparar lo que va de ayer á hoy, lo que va del candidato al Ministro.

—Amigo mío—respondió usted,—considero, y ha de perdonarme que se lo diga sin rebozo, considero que no ha sido usted enteramente franco al expresar los motivos que le mantienen retraído de la vida pública. No es que odie la política, es que usted tiene muy mala idea de los hombres políticos.

—Precisamente.

—Opinión de que participan cuantos viven absolutamente apartados del movimiento de los partidos, pero que se rectifica con prontitud y convicción cuando se reflexiona sin apasionamiento y se discute de buena fe. Reconozco que entre los de mi oficio abundan los pícaros, pero no escasean las nobles figuras, y aun sue-

le haber sus mártires y sus héroes. Además, la creencia de que la gobernación de los pueblos está entregada á los peores es una razón ciertamente, pero no para que los mejores rehuyan toda participación en la cosa pública, sino más bien para animarles á sacudir la pereza de un retraimiento cobarde, y aun me atrevo á decir criminal. Los malos, abandonados á sí propios, serán siempre malos; pero la compañía de los buenos, por la eficacia del ejemplo y por la virtualidad de las leyes y del contagio, puede llegar á trasformarlos, á purificarlos, á ennoblecerlos. Es, pues, caso de patriotismo, de valor, quizá de misericordia, que ustedes, los que tan desfavorablemente nos juzgan, vengan á la política á enmendarnos, á corregirnos, á fortalecernos con sus virtudes, con sus austeridades.

—Esto está muy bien dicho, perfectamente dicho; pero usted que acaba de hablarme de la virtualidad y de la eficacia de varias cosas, ¿no cree en la natural influencia del número? ¿No cree usted

que los pocos, cualesquiera que sean sus calidades y sus resistencias, se verán siempre obligados á seguir las corrientes de los muchos? Unas gotas de zumo de naranja no pueden dar color ni sabor á toda el agua contenida en un estanque; una idea de paz lanzada á un pueblo inquieto, avaro de botín, será como el grano arrojado á tierra estéril; no prosperará. El número puede sufrir una derrota; una minoría podrá imponerse alguna vez, pero ¡ay entonces de los grandes principios y de los grandes intereses, porque no será el puñado de héroes el que arrastre á la multitud alborotada y corrompida, sino el puñado de perversos el que triunfe de toda una masa de gentes honradas! ¿Qué haríamos, pues, unos cuantos hombres de intención recta y de inteligencia inferior con tomar puesto en la política activa? Nada. Después de muchos reveses y de muchos sinsabores, tendríamos que mostrarnos dóciles con la moda reinante, cayendo envueltos en la ola de la corrupción general, ó tendríamos que volvernos á nuestras casas

mustios, maltrechos, desconsolados por el cansancio de un viaje incómodo y por el peso de un fardo bien lleno de tribulaciones y desengaños.

—Amigo mío, sostiene usted unas teorías que deben parecerle muy sublimes, pero que son demoledoras.

—¡Cómo!...

—Sí, todo pesimismo es una obra de demolición.

—¡Pardiez! ¡Con que llamáis pesimismo al franco reconocimiento de un mal evidente!

—Cuando se ve el cielo siempre turbio y el agua siempre removida, el nivel moral siempre bajando, ¿qué hay en el ánimo sino tedio, pusilanimidad é hipocondría? La creencia de que todos los pilotos en disponibilidad para dirigir la nave del Estado son unos cortesanos de la tormenta, unos cómplices del naufragio, ¿qué es sino exceso de pesimismo?... No, usted es demasiado discreto para comprender que cualquier concurso generoso en la política reporta al país una ventaja positiva, y es demasiado pa-

tríota para mantenerse en una pasividad infecunda.

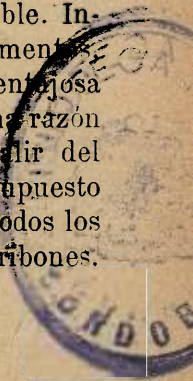
—¡Ah, si yo supiera que podía ser útil!...

—La seguridad del resultado no es lo que debe mover nuestro ánimo. Cuando se tiene conciencia de la bondad de una acción, se acomete, se realiza, y salga lo que salga. ¿Podemos? Pues no importa: la alteza del pensamiento neutraliza el quebranto del éxito malogrado. ¿Sucumbimos? Pues la existencia, que no debe arriesgarse en lances indignos ú oscuros, halla un glorioso remate cuando éste se produce por una noble caída. La lucha por el interés, el sacrificio por el galardón es cosa de mercaderes. Los ánimos valerosos luchan sencillamente cuando deben luchar; usted es joven, honrado, inteligente, activo; puede servir á su país en el gobierno, en el municipio, en el periódico, en la tribuna, y sólo necesita usted convencerse de esto, es decir, convencerse de su importancia, para vencer sus escrúpulos, modificar sus opiniones y sacudir la somnolencia de la vida privada.

—Si lo que usted pretendía era fasci-  
narme con su palabra, lo ha conseguido;  
pero persuadirme...

—¿Es que aún no lo está usted?... Ven-  
gamos á cuentas, amigo mío; la política  
no es una carrera que á uno le es dado  
seguir ó no seguir; no es un género de  
esparcimiento que puede parecer agra-  
dabilísimo ó peligroso, según el gusto y  
la opinión de cada cual; no es un río  
que lleva para algunos granos de oro en  
sus arenas, y en sus aguas veneno en di-  
solución para muchos. La política, senci-  
llamente, es el medio externo que hace  
posible la intervención de todos en la  
gestión del interés de todos. ¿Cómo se  
regulan las relaciones privadas? ¿Cómo  
se organiza la familia? ¿Cómo se limita  
la libertad individual? ¿Cómo se tasa el  
derecho propio? ¿Cómo se desguarne-  
ce ó se vigoriza el poder público? Por  
medio de las leyes... ¿Y quiénes hacen  
las leyes? Los diputados. ¿Y de dónde sa-  
len los diputados? De la gente política.  
Pues si usted no vota, si no se queja, si  
no reclama, si no elige ni consiente que

lo elijan para representar á sus conciudadanos en las Cortes, usted no es un hombre independiente, usted es un siervo, y un siervo del peor linaje, un siervo voluntario que abre su bolsillo y pone su espalda para que lo saqueen y le peguen. Renunciar á la política es renunciar al cuidado de lo que nos pertenece, renunciar á la inspección inmediata de los asuntos y á la vigilancia de los grandes gerentes de una inmensa compañía de la que todos somos accionistas á la fuerza. Si las personas de posición, de arraigo, de entendimiento y de rectitud pensarán en su inmensa mayoría como usted, si se alejasen por igual de la gestión de la cosa pública, entonces es cuando el Gobierno quedaría en manos de los peores y el desastre sería total é inevitable. Insisto, pues, en mis primeros argumentos, insisto en que la opinión desventajosa que usted tiene de nosotros es una razón poderosísima para moverle á salir del retraimiento en que vive. Por supuesto que usted no cree de veras que todos los hombres políticos somos unos bribones.



—¡Ah! yo no creo que todos... pero...

—En fin, amigo mío, ha llegado el momento de localizar la cuestión, de personificarla. ¿Cree usted que yo sería capaz de dar á mi país desde el Gobierno gato por liebre?

—No, no, usted no.

—¿Cree usted que si algún día los azares de la suerte confiasen á mi dirección la nave del Estado sería yo un piloto capaz de venir á tratos con los vientos?

—Repito que no puedo creer de usted nada malo.

—Luego si mañana yo levanto una bandera podré contar con los servicios de usted.

—Con mis votos, eso sí, porque yo haré votos al cielo por que usted salga bien de su empresa y cubra de gloria su bandera y modifique las condiciones esenciales del actual estado político; pero mi concurso activo, mi ingreso en sus filas, ¡ah! perdone usted; para semejantes sacrificios no puedo ofrecerme. Mi resolución de no abandonar la vida privada es irrevocable.

—Entonces resulta clara una cosa. Resulta que usted sólo por galantería ha reconocido mi honradez y mi patriotismo; pero en el fondo de su alma usted cree que yo soy uno de tantos, un ambicioso vulgar, un desdichado, un miserable.

—¿Es que no he sido bastante explícito?

—Precisamente por eso, porque lo ha sido usted demasiado.

—Ahora lo comprendo menos.

—¡Menos!... Usted ha venido á decir en sustancia que no quiere cuentas con truhanes, que no le gusta ir á ninguna parte con malas compañías, que permanece alejado del movimiento político porque sus directores, sus impulsadores no son gente de fiar. Después yo le he revelado mi propósito de formar un partido y le he invitado á tomar plaza en sus filas. De ningún modo, ha contestado usted. Luego usted juzga que ir conmigo no es ir bien acompañado. No se puede pedir mayor claridad, discurriendo por supuesto con mediana lógica.

.....

.....

Sr. Ministro: usted recordará perfectamente las protestas y las declaraciones que de mi parte siguieron á esas últimas palabras de nuestro diálogo. Usted con habilidad extrema, me constriñó á seguirle ó á confesar que rehuía su contacto por peligroso. Esto de un lado; y de otro, ¿por qué no decirlo? la seducción de su elocuencia y de su fama, quebrantaron mi propósito y le entregué mi cabeza para que le impusiese el símbolo de las primeras órdenes políticas. Desde entonces, desde que fui tonsurado, comencé á secundarle en sus maniobras, y mi entusiasmo fué tan grande como grande había sido antes mi indiferencia. La gestión de los negocios, que hizo necesario mi viaje á Madrid, quedó desatendida. El asunto ya para mí de mayor urgencia era trabajar por la causa de usted, y precipitadamente emprendí mi viaje de regreso á C. El mismo día de mi llegada reuní en mi despacho á mis amigos particulares, á mis parientes, á cuantas personas podía creer ligadas á la mía por vínculos de gratitud y de esperanza,

por razones de compañerismo, por causas especiales, y les pronuncié un discurso con reflexiones de hombre de Estado y tonos calientes de patriota: indudablemente se me había pegado el aire de la corte. La sorpresa del auditorio fué extraordinaria. «¡Conque D. J. se nos he hecho político!» «¡Esdonosol...!» «¡Es singular!...!» «¡Ya era tiempo!» «¡Bien!... ¡Que sea para muchos años!...» prorrumpieron casi en un solo grito todos los circunstantes. Hubo entre ellos quien creyera atrevido el paso, quien augurara mal de la empresa, pero nadie discordó públicamente, y todos me ofrecieron su incondicional apoyo. Acto seguido empezamos á extender circulares para nuestros amigos respectivos de los pueblos, y en un *abrir y cerrar de ojos* no quedó ciudad, villorrio ni aldea donde no tuviesen representación personal nuestros principios. ¡Qué propagandista, qué gran propagandista, qué talento de organizador se reveló entonces en mí! Yo, hombre sobrio, sencillo y circunspecto, comencé á sentirme enardecido por la fiebre de una

vanidad hidrópica, y hubo momento en que, á la vista del voluminoso fajo de cartas de adhesión con que de los pueblos consultados se contestaba á mi llamamiento, llegué á pensar que si enfrente del célebre Ministro prusiano Roon me hubiera tenido Francia para disponer sus servicios y organizar sus fuerzas, los alemanes no habrían atravesado el Rhin. No recuerdo precisamente el número de días, pero puedo asegurar que no pasaron de ocho los que necesité para darle á usted organizados trescientos veintiséis comités, correspondientes á otros tantos municipios de que se compone esta provincia. «Bien, amigo, muy bien—me escribió usted; eso es algo más que hacer política: es hacer milagros. Con unos cuantos hombres de su temple, de su celo, de su perspicacia, España sería nuestra. Si subo al Gobierno, será usted el primero á quien tenga en memoria: ha tomado usted en un solo día estatura de subsecretario. Para el próximo mes tengo proyectada una excursión á las provincias, comen-

zando la visita por las que se encuentran mejor organizadas. Excuso decirle que la primera destinada á sufrir la molestia de recibirme es la de usted. Ningún sitio más á propósito que el Parlamento para trazar un programa, extender fe de vida á un partido y jurar una bandera; pero todo principio nuevo necesita de un apostolado, y es preciso que el apóstol de las gentes vaya por esas tierras de Dios á evangelizarlas. Dónde me deben ustedes poner el púlpito es cosa para pensada despacio. Los oradores y los evangelistas no pueden ir hoy, no van ya á la plaza pública; á la plaza pública van sólo ya los sacamuelas. El escenario de un teatro me parece demasiado fuerte; trascendería á farsa el sermón. Exhibirse en una casa privada, ante una reunión de amigos, es cosa de artistas subalternos ó vergonzantes, que sienten miedo de verse anunciados en los carteles. El único procedimiento, al menos el procedimiento de moda, es el banquete. Esta civilización no quiere, en lo que tiene de materialista, prescindir del concurso de los

sentidos, y procura halagarlos introduciendo en todas las solemnidades de la vida, usos y ritos que les permitan una satisfacción omnímoda. Haremos, pues, si á usted le parece, de la mesa el púlpito, y santificaremos la palabra de la libertad, rociándola con champagne, que es como el agua bendita de las fiestas laicas... En fin, ya le daré oportunamente el aviso de mi salida, y entonces será la ocasión de decidir en punto á pormenores y detalles de ejecución.»

Yo no esperé el aviso de usted para dar á mis amigos el de que estuviesen listos á comer en un banquete del partido, previo el modesto desembolso de cuarenta pesetas por persona. La noticia fuéles en extremo satisfactoria: sintiéronse orgullosos de ser los primeros provincianos destinados á recibir la visita del ilustre jefe, y casi todo el honorable gremio de curiales, muchos abogados de pobres á quienes mato el hambre con frecuencia dándoles algunos negocillos de pago, multitud de estudiantes que van saltando de Junio á Junio con la ayuda de Dios

y mis recomendaciones, los parientes de mi mujer, que son numerosos, en una palabra, todos nuestros correligionarios, con más, varios respetables señores de esos que quieren tener vela en todos los entierros, corrieron de la tienda á la sastretería para proveerse de la correspondiente levita nueva.

Usted cumplió su palabra, vino á C, honró mi hogar sentándose á mi mesa. El recibimiento fué entusiasta, el aparato de fuerzas políticas ruidoso, la jira á la montaña divertida, el movimiento de representantes de comités de los pueblos una verdadera peregrinación, el banquete un gran acontecimiento culinario-artístico-retórico. ¡Qué manjares, qué licores, qué brindis! El hilo telegráfico que comunica con Madrid estuvo en continua acción muchas horas trasmitiendo á la prensa de la corte noticia de los agasajos, de las atenciones y de los honores tributados al jefe de la nueva escuela en la ciudad de C. Con este motivo el programa de nuestro partido, ya un tanto olvidado, fué por algunos días la comidilla de

todos los círculos políticos, y España entera pudo saber que el nuevo pastor comenzaba á tener rebaño. El fuego de los adeptos de estas comarcas corrió á otras provincias. Nuestro entusiasmo engendró otros entusiasmos. La bola de nieve adquirió proporciones no previstas. Era indudable que nosotros habíamos prestado á usted un servicio trascendental levantando la caza, calentando el horno, dotándole de huestes, y así debió usted mismo comprenderlo cuando algunas horas antes de partir de C me dijo á solas, en un arranque patético de profunda gratitud: «He estado en el Gobierno, he paladeado las venturas ministeriales y no me gustan. Si las pretendo de nuevo es por impulsos románticos, por móviles patrióticos, por amor á las ideas, en una palabra. Pero ¡ah! en esta ocasión no es todo espiritualismo; en esta ocasión deseo el poder, no ya sólo por las ideas, sino para pagar deudas personales, para pagarle á usted, de quien acabo de recibir favores extraordinarios, utilísimos, desinteresados, inolvidables».

Yo, que había trabajado con desinterés, que no me acordaba ó que no sabía entonces que los servicios políticos suelen pagarse y que casi siempre se prestan para que se paguen, oí sus frases de despedida con extrañeza y aun con disgusto. Su promesa de que no me olvidaría cuando triunfase parecióme que era el precio del pupilaje por los días que le había tenido en mi casa; menos aún, una propina, aunque en la forma distinta, igual, por otra parte, á la que daría á mis sirvientes entregando al mayordomo unas cuantas monedas de oro ó plata para que las repartiera. Otro hombre más despreocupado se hubiese juzgado feliz: yo estuve á punto de morirme de vergüenza...

Llegó la hora de la partida: se fué usted. Nuestros vítores le acompañaron hasta el andén y nuestra admiración más lejos. Pero los primeros trasportes y las últimas oleadas del entusiasmo de las fiestas de recepción pasaron, y yo, despreocupado, pero no arrepentido, en período ya de reflexión, que no de enfria-

miento, eché una ojeada por dentro de mí mismo, hice un estado comparativo de mis asuntos días antes y meses después de mi iniciación política, y me encontré con que en aquella sazón los rendimientos de mi estudio de abogado habían disminuído en una proporción considerable. El caso era triste, pero no raro. La causa de mi desnivel económico podía explicarse de la siguiente manera: para dedicar horas á la propaganda política había sido necesario restarlas al trabajo profesional, y, naturalmente, á una disminución de trabajo debía corresponder necesariamente una disminución de salario. El grueso de nuestras filas se componía del grueso de mis clientes, y el hombre de partido tenía que ser generoso para mantener el rigor disciplinario á costa del pobre obrero, del pobre abogado; es decir, yo, para los efectos económicos, tenía que hacer desaparecer mi personalidad de acreedor ante mi personalidad de caudillo... Muchos otros litigantes que después de ver terminados sus asuntos me pedían, abriendo sus car-

terás, la nota de mis honorarios, limitábanse ahora á decir: «puede usted afiliarme á la comunión», y con eso me pagaban.

Pero mi fortuna no se había resentido sólo de la pérdida de ingresos, sino del aumento de gastos. De mi gaveta, adonde ya entraba menos, salía, en cambio, mucho más. La propaganda, la organización cuesta dinero que deben facilitar los organizadores, los propagandistas. En todos los partidos hay desvalimientos simpáticos, celebridades arruinadas, inteligencias sin ocupación, artistas pobres que es preciso socorrer por medio de suscripciones que encabeza el jefe. Esto constituye un verdadero sistema de tributación, aparte de las mil socaliñas, que es la necesidad de todos los instantes. Sin ir más lejos, en el banquete con que obsequiamos á usted, yo comí como uno y pagué como ciento, pues hubo más de un comensal que al ser requerido por el fondista para el pago de su cuota, exclamó sorprendido: «¡Hombre! Yo bastante hice con sentarme á la mesa para au-

mentar el aparato escénico sin tener el mayor apetito y sin estar por completo identificado con las ideas proclamadas en el banquete». Ya usted presumirá que el fondista buscó, replegándose sobre mi bolsillo, el medio de fortalecerse contra la frialdad que le produjo el retraimiento de esos comensales. No refiero casos ni incidentes semejantes ó análogos, porque sería tarea empalagosa y prolija; afirmo, sí, que con mi ingreso en el campo político coincidió el quebranto de mi fortuna, cuyo reconocimiento me produjo verdadera consternación.

¿Cómo, pues, restablecerla? ¿Cómo destruir un mal cuyas proporciones serían cada día más funestas y más grandes? El remedio, conocida como era su causa, saltaba á la vista: yo debía volver á mi antigua situación, á mi estado de obrero, al reposo de mi bufete para acrecer ó cuando menos conservar el patrimonio de mis hijos. Pero la política tiene algo de la aguja imantada: sobre los que se consagran á ella de jóvenes, por codicia, por instinto, ejerce la atracción de

un vicio; sobre los que la abrazan á edad madura por convencimientos generosos, aunque errados, ejerce la atracción de la virtud, porque la vida colectiva, el régimen de los partidos, la comunidad de esfuerzos y aspiraciones crea compromisos y establece vínculos que honradamente no se pueden olvidar y romper. No, no; yo, aunque más ó menos moralmente cohibido, pero sin violencia material; por resolución tardía, pero libre y firme, había jurado una bandera, y debía seguirla; había reconocido á un jefe, y debía obedecerle; habíame ligado al culto de una idea, y debía sostener la seriedad de mis votos. Pero había de por medio, convidándome á la rebeldía, una alta razón de sentimiento: la suerte de mi familia me reclamaba para el propio hogar; no podía consagrarme al interés privado y al interés público... era preciso abandonar uno de los dos. ¿Cómo buscar la compatibilidad de ambos? ¡Ah! entonces nació en mí la afición al presupuesto, la idea del destino. En un día—me dije—podré conquistar lo derrochado du-

rante mucho tiempo, y nada tendrá que echar en cara el padre de familia al hombre político. La victoria ofrece indemnizaciones crecidas. Sin embargo, no tardé mucho en comprender que soñaba. En España, el sueldo más alto, con excepción del de Ministro, no excede de tres mil duros; el abandono de mi bufete supondría cuando menos la pérdida de seis, y el vacío de seis no se llena con tres. Sí, sí; debería abandonar los intereses ó las ideas, renunciar á la familia ó á la política... Nuevas y más dolorosas perplejidades. Por fin pensé que si de los empleos se saca poco cuando se sirven, puede sacarse mucho cuando se explotan... Pero este pensamiento cruzó bien de prisa por mi frente. Yo, el hombre independiente, el hombre austero, el hombre acomodado y laborioso, pensando también en corromperme. ¡Pícara política!... Pero repito que todo fué obra de un momento. Mi espíritu entró á seguida en plena reacción moral. Abandoné avergonzado la idea de enriquecerme irregularmente, como se dice ahora.

Además, ¿no podía yo optar con derecho á la más alta posición sin pecar de ambicioso y llenarme de desdoro? ¿No era yo acaso de la madera de los Ministros?... Llegado el día del triunfo, encontraría fácilmente un distrito que me otorgara su representación: sería diputado, intervendría en los debates parlamentarios de carácter técnico, de carácter facultativo, propios de mi especialidad; haría una campaña en toda regla para conquistarme la cartera de Gracia y Justicia, la conquistaría, y después, ¡ah! después gozaría de la importancia perpetua, del bienestar perpetuo que gozan los que han siquiera pernoctado en el paraíso. Este fué mi último proyecto, proyecto noble, formal, irreprochable, proyecto que dejaba á salvo mis escrúpulos caballeroscos, mis compromisos políticos y mis conveniencias domésticas.

Ya ve usted, señor excelentísimo, cómo nacen y se desarrollan, aun en hombres modestos, humildes y trabajadores, las pretensiones más insensatas. Es necesario, sí, apartar á las gentes de la

atención del presupuesto y del atractivo peligroso de las grandezas fáciles; es necesario, sí, demostrar que en el trabajo es donde tiene el bien su raíz, la prosperidad su fuente y su base todo legítimo orgullo; es necesario, sí, hacer notar que el obrero mecánico con sus manos encallecidas, con su piel terrosa, con sus fuerzas debilitadas; que el campesino con el cuerpo doblado sobre la máquina que arrastra la yunta, y con el pie resbalando sobre la tierra húmeda ó caldeada, por la neblina del invierno que gotea nieve ó el sol estival que chorrea fuego; que el trabajador de las minas perdido en los subterráneos, desposeído de la luz, bajo la amenaza del desplome, eterno emigrado de la ciudad, están tan altos como esos holgazanes de fortuna empingorotados en el gobierno civil, en la senaduría, en la embajada, en el ministerio, con la cara reluciente, el cuello erguido, la fisonomía satisfecha, pero física y moralmente mutilados, porque para elevarse han tenido que dejar en el camino mucha carne de las rodillas y muchos pedazos del al-

ma. Es necesario, por último, buscar los hombres para los empleos, repartir las mercedes con arreglo á las aptitudes, condenar toda improvisación injustificada y acelerar el vuelo de toda aspiración legítima. Pero los que hablan más de civismo, de austeridad, de pureza, son los menos autorizados para fulminar el rayo, enaltecer el mérito é intentar la reforma.

Ustedes, los *condottieri* modernos, los jefes de grupo, de fracción y de partido alientan inmoderadamente las aficiones punibles; hacen, ó compran, mejor dicho, prosélitos á precio de esperanzas imposibles, y cuando triunfan, cuando asaltan la oposición ministerial, cuando han saciado todos sus apetitos, cuando están hartos de represalias, de honores, de comodidades, predicán á los que vienen detrás, á los que les han ayudado, la mansedumbre, la abstinencia, el desinterés. Ustedes, menos generosos que el nunca bien ponderado D. Juan de Robres, hacen los holgazanes y después los lanzan á la miseria, al ludibrio y á la desesperación. Ustedes cantan la luz, y

engendran las tinieblas; piden aires puros, y envenenan la atmósfera; proclaman la necesidad de los procederes claros, y enturbian el agua; invitan á caer, y tratan á las víctimas que su seducción produce como no hicieran dueñas. Y lo más triste es que hay una masa de opinión respetable, pero inconsciente y sencilla, que los cree á ustedes y nos denosta á nosotros los seducidos, los engañados. ¡Pardiez! Sería bueno que ese gran anatómico del alma, que ese escudriñador de las dolencias recónditas y de los fenómenos psicológicos, que ese hombre extraordinario que administra la filosofía en ritmas, que mi ilustre amigo Campoamor, ya que ha tenido ¡Dios se lo pague! la piedad de decir á las niñas *Por dónde viene la muerte*, tuviese también el humanitario antojo de decir en un poemita de mayores ó menores proporciones, tomando apuntes de mi situación, que no es ciertamente un caso aislado, *Por dónde viene la ambición*, para enseñanza de muchos incautos y de los hombres que con autoridad suficiente y

posición bastante acometiesen la bellísima tarea de reconstruir la política española sobre moldes nuevos, sobre un sentido de alta moralidad. Es imposible destruir un vicio cuyo origen y cuyos agentes se desconocen. Si todos los palos se nos han de dar á nosotros los que pedimos porque nos han enseñado á pedir; si han de buscarse los curanderos entre los instigadores del mal, y la responsabilidad del mismo entre los instigados; si han de ser las malaventuranzas para los pobres, para los ilusos, para los pecadores inconscientes y los tiranos chicos, ¡ah! entonces ¡adiós justicia! ¡adiós salvación! ¡adiós reforma!

Pero no es, al presente, mi papel el papel de Jeremías, sino el de Herodoto; ya vendrá la hora de los comentarios y de las lamentaciones; mientras tanto, reanudo, en el punto mismo donde lo dejé, el hilo de mi historia...

Sí, señor, sí, llegado el triunfo, yo seré diputado—me dije,—y después Ministro, y después vocal de todos los Consejos de administración de ferrocarriles,

y abogado consultor de todas las casas fuertes del partido, es decir, un hombre preponderante y rico, sin necesidad de trabajar ni de delinquir. Pero ¡oh! ¿triunfaríamos? Este fué sólo el objeto de mi preocupación desde que me juzgué apto para el Ministerio. ¡Qué días de temores y de tristezas! ¡Qué días de espejismos y de esperanzas! Por fin llegó la hora: en esta pobre España, cada fracción y aun cada facción tiene, cuando menos, un día de su parte á la fortuna política; en fuerza de rodar la bola, todos los números, andando el tiempo, salen premiados. Llegó la hora, repito; ganó usted como un héroe las fortalezas del Ministerio, y excuso decirle el efecto que produciría tan fausta nueva entre sus correligionarios de por acá. «¡Á Madrid! ¡á Madrid!» «¡Pronto!» «¡Una comisión!» «¡Y que sea numerosa!» «¡Y de gente que no se muerda la lengua!» «¡Sí, sí; sobre todo de gente despabilada y audaz!» «¡Mañana será tarde. En tales casos lo salvador es lo urgente. Los comisionados deben salir esta noche mis-

mo. El que da primero...» Tal fué el grito unánime de sus amigos de C. Y el partido, que había logrado mantenerse compacto durante la adversidad, estuvo á punto de sufrir la primera disidencia con motivo de la designación de nombres que deberían componer la comisión; pero arreglóse por fin, no sin trabajo, la cosa en paz, y cuando aún no habría usted salido de Palacio de jurar el cargo tomábamos los representantes del comité provincial el tren correo con rumbo á Madrid. Durante el viaje yo deliré, fantaseé, soñé como un enamorado, como un poeta, como un niño. Con el polvo todavía del camino, y á una hora en verdad desusada, nos dirigimos á su casa de usted. «No está el señor»,—nos dijo desabridamente el criado. Yo saqué entonces una tarjeta y escribí debajo de mi apellido: «Mañana volveré; déjeme usted una hora designada para verle, pero en su propio hotel».—Esta contrariedad, el simple hecho de no hablarle á la primer tentativa, fué para mí un mal presagio. Ciertamente, no había razón

para semejante cosa. Era posible que usted no estuviese en su casa á las diez de la mañana; aun estando, era natural que usted no recibiese á nadie á hora tan molesta, y aun tratándose de hora más propicia, natural era asimismo que el criado de un personaje asediado de negocios y de pretendientes no franquease la casa al primer desconocido. Pero yo pensaba que usted no habría olvidado al célebre fabricante de entusiasmo, al muñidor sin rival, á su grande amigo de C. Pensaba yo que usted, desde que abandonó triunfalmente esta población, no había dejado ni un solo momento de hablar de mí en todas partes, en el salón de conferencias, en el círculo de la calle de..., en el seno de su familia, delante de sus hijos, de sus deudos, de sus criados, los cuales me conocerían perfectamente, en fuerza de oírle describir, no ya los rasgos salientes de mi personalidad moral, si que también los de mi personalidad física. «Este hombre ha debido conocerme—decíame yo, refiriéndome á su criado de usted;—ha debido conocer-

me y, por lo tanto, introducirme en las habitaciones de su señor, si estaba, para verle; si no estaba, para esperarle. No lo ha hecho y esto empieza mal.»

Al día siguiente volvimos á su casa. El criado nos dijo con igual desabrimiento:

—No está el señor.

—¿Ha dejado algo para mí?—le pregunté.

—Nada.

—¿Me recuerda usted? ¿Sabe usted quién soy?

—Sí, ayer estuvo usted aquí y me dió una tarjeta que yo debería entregar al señor; se la entregué y...

—¿No le ha dicho á usted nada?

—Repito que nada.

Esto no era ya presagio de un desastre; era el desastre mismo. De ello llegué á convencerme profundamente; tan profundamente que, cediendo á mis impulsos, á mis inspiraciones, á mis presentimientos, habría dispuesto sin otra dilación el viaje de retorno; pero tenía para con mis correligionarios de C, para con

mis compañeros de comisión deberes cuyo cumplimiento me exigía el sacrificio de procurar á toda costa, de mendigar, mejor dicho, una entrevista con usted, y acongojado y avergonzado resolvíme á formar cola en las antesalas del Ministerio entre la multitud rural de las demás comisiones de provincias. Lo que pasó en nuestra brevísima conferencia, usted lo recuerda bien para que yo necesite extenderme en descripciones superfluas. Sus manos apenas estrecharon las mías; su recibimiento no rebasó en un punto la magnífica sequedad de la galantería oficial y ceremoniosa; yo me limité á presentarle á mis compañeros de comisión, á darle el parabién por su exaltación al Ministerio y á exponerle, en muy pocas palabras, la injusticia con que éramos tratados por los representantes en C del bando recientemente vencido. Usted se nos reveló enfáticamente como un reformador de costumbres y un definidor infalible de moral política; nos hizo exhortaciones estrafalarias, y, anticipándose á pretensiones que no le habían sido for-

muladas, manifestóse resuelto á no admitir de sus amigos de provincias indicación alguna para la designación de Gobernadores. En fin, usted nos dijo lo que sirve de cabeza á esta carta, y añadió silenciosamente en su ademán: «¡hasta nunca!»

Pues ¡hasta nunca! amigo mío; yo salí del Ministerio decidido, es verdad, á volverle á ver, pero con propósito de dejarle en el oído alguna frase que sellara para siempre el obstáculo de una reconciliación personal entre los dos. Este proyecto no atravesó el dintel de la realidad, porque tuve miedo de mi lengua, y si hoy, después de mucho tiempo, me dirijo á usted, ya ve que no es para avivar el afecto de una amistad muerta, sino para dejar en forma más ó menos solemne consignados hechos reales cuyo conocimiento puede no ser enteramente inútil al país.

La gallarda apostura que desde el día de su elevación tomó usted frente á sus propios amigos; la irrupción de éstos en la antesala de los Ministerios; la codicia

del destino siempre creciente, y el abandono del ideal siempre en aumento, avivaron el interés de una multitud de cuestiones relacionadas con el bienestar público que preocupan de ordinario al país honrado y trabajador, y periódicamente, en cada época de renovación ministerial, á los personajes de la alta política.

Usted mismo al proclamar la urgencia del saneamiento de la administración civil, el principio de la estabilidad de los funcionarios, la desamortización de las influencias siempre vinculadas en los representantes de los bandos vencedores y la extirpación del caciquismo, á cuya soberanía omnipotente las fuerzas locales de los diversos centros del organismo nacional viven en infecundo amortiguamiento y desastrosa parálisis sometidas, parecía interpretar la queja unánime y solemne del país. Pero ¡ah! señor mío, una cosa es, según el vulgar proverbio, predicar y es otra cosa dar trigo. Usted, que tantos aplausos mereció al despedir desde el Ministerio con apóstrofes á las gentes que en la oposición había agavi-

llado con lisonjas; usted, que disolvió la cofradía, llámese pandilla, después de haberse alzado con el salto y la limosna; usted, que dispersó sus huestes al día siguiente de la victoria, negándoles, no ya su parte en los despojos, sino hasta el miserable plus, usted es el bueno, usted es el puro, usted es el gran moralista, el gran reformador, y nosotros los que fuimos arrastrados de nuestras tiendas para una lucha difícil y oscura, los que pedimos una ligera indemnización en forma de nimias mercedes ó fáciles atenciones ó pequeñas credenciales, nosotros somos la excrecencia, la ponzoña de los partidos; nosotros somos los malos, los ambiciosos, los perturbadores. Pues mire usted: mientras este juicio no se rectifique, mientras la opinión no se rehaga y pida el cambio de papeles para distribuir en justicia las responsabilidades, ni siquiera puede presentar visos de posibilidad la reforma.

El personaje rural, que tiene asiento de preferencia en el presbiterio de la parroquia y puesto de honor en las procesiones; que ve reflejada su iniciativa en

los acuerdos solemnes del Ayuntamiento; que reparte los cuatro destínillos de peatones y estanqueros; que goza de una influencia que le permite quitar y poner concejales, recibir carta frecuente del Sr. Gobernador y conseguir que un reo cumpla en su casa una condena de ocho ó quince días de arresto, ése es el verdadero cacique, el hombre de la mala sombra, legítimo engendrador de todas las miserias políticas, porque él dispone de los votos, y como dispone de los votos, hace el diputado, y como hace el diputado le trasmite sus mezquindades y sus impurezas, y como el diputado á su vez concurre á la formación de los Gobiernos, resulta que por ley fatal de la evolución y de la generación, el Ministro no es ni más ni menos que una extensión de la personalidad del cacique, ya que no su trasunto y su esencia misma. Hé aquí otro error, el más grande, más trascendental y el más generalizado, que dificulta toda solución y todo remedio.

Señor mío: discurramos desapasionadamente; no es el personaje palatino, el

personaje cortesano el reflejo del personaje rural, sino viceversa. Dios pudo criar el hombre á su imagen y semejanza porque era la entidad suprema, el factor omnipotente, el gran ser, y ya usted ve lo que salió. Si Dios no existiera y el hombre intentara crearle á semejanza suya, crearía algo inferior á lo que salió del parto de los montes, sacaría de sus manos algo menos que un ratón. El grande podrá dejar impreso en la masa del chico el sello de su personalidad, pero las naturalezas ínfimas ninguna influencia pueden ejercer sobre las naturalezas superiores.

Que ustedes los maestros, los jefes, los altos muestren desinterés, y ya verá usted cómo nosotros llegamos hasta el despilfarro; que no se hagan trasferencias ruidosas de Ministerio á Ministerio, y no se harán trasferencias sucias de uno á otro capítulo del presupuesto municipal; que los altos dignatarios no busquen un aumento exorbitante de sueldo en la Bolsa por medio de ciertas jugadas, y no acudirán al pósito los prohombres de

campanario para procurar á su importancia una gratificación relativa; que los oficiales del estado mayor parlamentario no pidan ínsulas, mitras, generalatos para sus parientes, y los soldados de fila no pedirán ni siquiera sus alcances; que no se peleen los de arriba por una cartera, y no se pelearán los de abajo por una vara de alcalde ó una credencial de administrador de correos.

Pero ¡ah! ¿es que ustedes no defienden su presa con la astucia de la zorra y la fiereza del lobo? ¿Es que ustedes no disfrutan de los placeres de Capua después de haber dejado á otros el trabajo de vencer? ¿Es que ustedes no han probado de la vida política más que el dolor, el tedio, la parte amarga, el acíbar? ¡Por Dios! no es posible sostener tanto dislate.

Convengamos que entre ustedes los independientes y los altos se repite con frecuencia algo de lo ocurrido entre Bonaparte y Sieyes. Refieren los historiadores que el primer cónsul impuso silencio al célebre abate arrojándole, á guisa de bizcocho, las tierras de Crosne, que va-

lian un millón. Sieyes fué hecho senador y no volvió á hablar. Convengamos, señor mío, en que si ustedes predicán la moral desde el Ministerio, hacen la política desde la cocina. No he de colgar yo, sin embargo, de un solo hombro todas las responsabilidades, que eso sería igualarme con ustedes en intransigencia. No; no diré yo que sólo los grandes aquí son los bribones, ya que ustedes aseguran que de los pequeños es de donde salen los malos. En todas partes hay sus miserias, pero ¡hombre de Dios! las de ustedes son muy gordas. Ya sé yo que cuantos absurdos se proclamen arriba, y cuantas ideas se afirmen, y cuantas banderas se enarbolan encontrarán abajo partidarios á millares. En cambio, si un hombre de dotes relevantes, como Castelar para la tribuna, como Thiers para el gobierno, como O'Connell para la propaganda, se levanta mañana y le dice al país: «Quiero regenerarte, engrandecerte. En mi programa no entran exclusivismos de escuela; los principios compatibles con tu cultura, con tu genialidad,

con tus necesidades, con tu tiempo, esos son mis principios. En política pocas reformas, en administración muchas y muy radicales. Los destinos se proveerán con sujeción á un reglamento especial, cuyo primer artículo excluirá á todos los que figuren como partidarios de mi doctrina y simpaticen con mi personalidad», ese hombre extraordinario no encontrará nadie que lo siga. Esto demuestra que en el fondo social hay mucho ciego; pero como ustedes forman parte de ese fondo, no pueden alardear de puritanismo, y, además, tienen ustedes en su desdoro, á diferencia nuestra, á diferencia de los que por nuestra insignificancia no podemos pesar sobre la opinión, la responsabilidad de remover el ciego.

Lo que hay es que ustedes explican con frases sonoras conductas livianas, y buscan en pretextos simpáticos lucidas ocasiones de medro, y saben hacer pasar por actos de noble entereza verdaderos pecados de ingratitud.

Fíjese usted y me dará la razón, aunque sólo sea allá en su fuero interno,

sobre la diversidad de nuestra suerte.

Usted, una vez hecho Dios, se quitó las moscas, ó lo que es lo mismo, prescindió de sus compromisos personales en un arranque de energía ética. «No hay destinos» dijo usted; y las gentes sencillas exclamaron: «¡Eso es magnífico!» en vez de exclamar: «¡Qué cómodo es eso!» Luego redobló usted el servicio de ujieres y secretarios de cámara para evitarse el asedio de los que no comprendiesen la indirecta ó supieran hacerse fuertes á la repulsa.

Yo, aunque comprometido por usted, tuve la mala ventura de comprometer á otros, y á esos otros ni he podido taparles la boca con un sermón que por venir de labios desautorizados hubiera movido á risa, ni pude cerrarles la puerta de mi casa con un retén de suizos que como la Nación no me paga no puedo costear.

Todos los que se han juzgado con derecho de reclamar mi intercesión, que no han sido pocos, han invadido hasta mi alcoba, y de por fuerza me han hecho oír muchas majaderías y muchas injurias.

Los que dieron un «¡viva!» al jefe, pedían la muerte civil del empleado á quien deseaban reemplazar. Los que apacentaron comités con carácter de jefes de distrito querían apacentar provincias con carácter de Gobernadores. Los que sacrificaron un duro, bien suscribiéndose por un trimestre al periódico órgano en Madrid del partido, ya costeando un telegrama de felicitación al Directorio por cualquier fruslería, ó adquiriendo un par de tarjetas fotográficas de tal cual personaje de la comunión, decían que no se tiran cinco pesetas en estos tiempos á humo de pajas, y me conminaban á procurarles la indemnización en las credenciales correspondientes, bajo apercibimiento de deducir la acción enorme y enormísima contra mí, contrausted, contra el Gobierno en masa, contra el mundo entero. En fin, señor, hasta aquellos de nuestros correligionarios que en una elección parcial de concejales habían sufrido algún revés de la suerte ó de la propia mano del candidato ministerial, creíanse con derecho á la gran cruz de

San Fernando, á la pensión, por supuesto, que en cuanto á los honores y á la banda, habrían transigido quizá, dicho sea esto en elogio de su buena nota de varones comedidos.

Después de entregarle estos antecedentes, no necesito pintarle con colores vivos, ni pálidos, las amarguras que me han hecho sufrir los comensales del célebre banquete de Talma. Esos señores creerían lo menos que con ocho duros se compra un sitio de preferencia en el presupuesto, y tanto me han aburrido, me han apurado, que con muchos de ellos tuve que hacer lo que el empresario de la Opera con los espectadores que se alborotan: devolverles su dinero.

Á todo esto mi bufete, ¡oh! si tiene usted una pizca de corazón, estremézcase; mi bufete... ¡cerrado!... El éxito es ciertamente un gran factor en todas las cosas de la vida; pero en política constituye algo más que el medio seguro de preponderancia personal, es también un título de suficiencia. El que no sube, el que no gana, el que no medra, tiene

formada á toda costa su reputación de imbécil. Contra la parcialidad del jurado de la Exposición, puede el pintor preterido pasear su cuadro por los escaparates, y si el cuadro es efectivamente bueno, hallará un comprador que lo pague con exceso, y ya tiene usted al hombre desagraciado, la injusticia remediada. La influencia que alcanzó la medianía, y que el verdadero talento no pudo lograr, hizo propietario de la cátedra ó del destino litigado en lid académica al más inferior de los contrincantes; pero la inteligencia vencida condensará su luz en un libro, el libro lo lanzará al público, después irá al contraste del periódico, y tarde ó temprano, también esa injusticia podrá ser remediada. Pero cante usted como un ruiñón en las Cortes, escriba usted como Lorenzana, haga usted vacíos en las filas del adversario á fuerza de sátiras, de agudezas, de habilidades, y si después de todo no llega usted á Ministro, á Embajador, á Director siquiera, usted es un tonto, usted es un ignorante, usted es un pobre hombre.

Yo no he podido sustraerme á esta extravagancia de la crítica, á este juicio errado de la multitud, á esta fatalidad ciertamente. Los que me alabaron tantas veces proclamando mi alteza intelectual cuando sólo defendía pleitos, hoy me lo niegan todo, confiesan que se habían equivocado, ni siquiera me reconocen el mérito que ya tenía probado antes de lanzarme á la política. Mis propios amigos, lo mismo que mis émulo; y mis adversarios, dicen á grito herido: «Ahora resulta que el Sr. N. S. ni siquiera sabe defender pleitos... ¡Como que ha perdido el suyo!» Y con eso de que yo he perdido mi pleito, es decir, con eso de no haber probado el botín, no hay litigante que me busque, ni llama nadie á mi puerta; vamos, que he tenido que cerrar el bufete...

No, no; espere usted, señor mio; queda más; oiga usted; queda más; queda la parte de ridículo, lo vejatorio, lo ignominioso. Aquella profecía encerrada en estas palabras: *yo enviaré Gobernadores que, no teniendo raíces entre los elementos triunfantes, puedan llenar con independen-*

*cia su misión*, se ha cumplido relativamente en esta provincia. El Gobernador que usted nos mandó no tenía raíz ninguna entre nosotros; yo, el jefe de esta iglesia, resuelto como vine de Madrid á no intervenir en los asuntos políticos, nada le he pedido; las personas de mi estado mayor han seguido mi ejemplo; los inferiores, aunque hubieran deseado otra marcha, como no tocan pito, sin pitar se han quedado. En una palabra, desde el primer día, el Sr. B. ha vivido aislado por completo de nosotros; de nosotros los hombres del partido triunfante, cuya influencia podía pesarle y entorpecerle en su alta gestión. Pero ¡ah! aquí en España, donde tanto se alardea de amor á libertad, es tan profundo, y tan viéjo, y está tan generalizado el hábito de servidumbre, que el que no tiene amo se lo busca. El Gobernador fuerte, justiciero, caballeroso que usted nos mandó para desarraigar el caciquismo, no ha podido vivir sin camarilla, sin consejo áulico, sin una ninfa belicosa, sin un punto de odio en que apoyar su bastón y

remover las cóleras de los partidos, y á falta de nuestros brazos, que no le han sido alargados, ha caído en los primeros que se le han abierto, en los de la fracción vencida. Excuso, pues, decirle que ha habido palos y que nosotros hemos sido los apaleados. El flamante Sr. B. diría para su capote: mis correligionarios de C no tienen valimiento; pegarlos es dar en cabeza de turco. Sus enemigos, que son también los míos en ideas, podrán triunfar y valdrán si triunfan; de suerte que pegando á los primeros y favoreciendo á los segundos, aseguro el presente y el porvenir; tengo destino para rato... Pues vamos viviendo.

*Consumatum est.* Mi obra de perdición y de ignominia fué consumada. He quedado pobre, he sido declarado tonto y me han azotado la cara con el símbolo de esa justicia que, queriendo usted que fuese igual para todos, ha resultado desigual, y desigual, no como acontece de ordinario, en perjuicio de los ajenos, sino en perjuicio de los propios. Hasta ahí puede llegar el esfuerzo supremo, la acción po-

derosa de ustedes los redentores, los reformadores, hasta conseguir que el caciquismo y el favor ministerial cambien de forma, pero tomando una nueva más repugnante, más odiosa, más indigna, porque malo será que los Ministros del Rey, hechos, al fin y al cabo, del barro de los partidos, cubran con las inmunidades y las altas influencias del Gobierno los actos de iniquidad y represalias de sus amigos políticos; pero es peor aún que esas mismas inmunidades cubran iguales obras de iniquidad ejercidas por los de fuera contra los de casa. Bajo el punto de vista de la moral pura, la injusticia es siempre injusticia; pero bajo el punto de vista de la moral en sus relaciones necesarias é ineludibles con la realidad de las cosas, de los intereses y de los tiempos, puede ser excusable el violentar los resortes de la ley positiva para solventar deudas de gratitud, en tanto que será siempre gravemente menguado entregar al furor del adversario, de quien todavía se teme, la suerte del amigo, de quien ya nada se espera.

Pero se me dirá: si da lo mismo, ó es peor aún enviar á las provincias autoridades aligeradas de instrucciones que mermen su libertad de acción y hagan más independiente la acción gubernativa, preciso será convenir en que es imposible todo remedio. No iré yo tan lejos; no aseguraré que sean nuestras desdichas incurables; pero puedo afirmar con robusto acento de convicción que mientras los partidos se tracen en la fantasía de un genio ambicioso, como se traza en la pizarra una figura geométrica; mientras los hombres hagan surgir por medios especiosos la necesidad de reformas que el país no ha sentido para explicar la existencia patriótica de legiones innecesarias; mientras el buen ejemplo no venga de arriba; mientras la resolución de producir un cambio radical fisiológico en nuestro organismo nacional no sea firme, persistente, sincera, la política será uno de tantos juegos de azar, un campo tan amplio para todo lo incierto, lo aleatorio, lo estéril, como reducido para todo noble empeño.

Por de pronto, nuestros estadistas empiezan á preocuparse de la emigración de muchos de nuestros compatriotas para las Repúblicas americanas, y, en cambio, nadie para mientes en una emigración de seguro más peligrosa: en la emigración de los hombres de letras, de armas, de negocios, de la agricultura y del comercio para el azaroso mundo político.

Acontece con estos emigrantes lo que con los pobres hijos de Levante y de Galicia, que sólo tienen noticia de aquellos de sus paisanos que vuelven ricos, y no preguntan por los millares que, en la persecución de un paraíso fantástico y una California inagotable, mueren de miseria y de desesperación.

El espectáculo de las posiciones improvisadas y de las grandezas precoces ofrece una seducción funesta é irresistible, mayormente irresistible para determinadas clases y determinados hombres. El médico, el ingeniero, el naturalista, etc., etc., cultivan estudios que, en cierto modo, los alejan de la tentación

de la vida pública. El abogado, para el más brillante ejercicio de su carrera, necesita ser discutidor, retórico, literato; necesita, en suma, cultivar estudios que entran en el dominio, cuando menos, de las ciencias auxiliares de la política, y nadie como él corre el peligro de emigrar á la tierra estéril. Para él, pues, para mis colegas de profesión, para esos abogados que van á salir mañana de las aulas está escrita esta carta, por más que la dirijo á usted, Sr. Ministro; en estas líneas desperjeñadas, en estos párrafos inconexos hay datos que pueden aprovecharse, avisos que pueden contener y reducir y acallar sus juveniles ambiciones.

El pobre leguleyo andaluz, aquel atleta de la Chancillería de C, tan denostado hoy por los mismos muñidores de su fama, tiene la pretensión de creer que entre todos sus alegatos éste es el mejor; que entre todas sus defensas ésta puede ser la más fecunda; que entre todas las exclamaciones ó epílogos con que conmovió el ánimo de los jueces, ninguno

pudo encerrar tan alta filosofía como la que encierra éste con que se despide de sus compañeros: «Abogados: ¡á vuestros pleitos!...»

N. S.





## · II

*De un estudiante á su padre.*



o puedo abandonarla. El corazón ha hecho todo su camino. Ella es mi felicidad, y en ella se resume mi vida entera.

Además, ¿cómo os apresuráis, padre mío, á enfriar las cenizas del incendio, cuyas llamas habéis visto extenderse sin la más pequeña emoción? Nuestra casa está perdida; yo la he arruinado, lo sé. Pero por lo mismo os pregunto y me pregunto: ¿á título de la conservación de

qué intereses, cuando ningunos nos quedan ya, puede pedírseme el abandono del ideal en cuya persecución todo lo he arriesgado? Y aunque fuese todavía hora de reparaciones posibles, ¿debería intentarlas con olvido de pactos solemnes? No; todo antes que renunciar á la posesión legal de una mujer como Elvira, millonaria, joven, hermosa, Marquesa. Es verdad que una novia aristocrática es una novia carísima para el hijo de un labriego; pero tales reflexiones debisteis hacérmelas y yo pude seguir las en otro tiempo... Hoy... hoy las circunstancias nos obligan á pensar de muy distinto modo. Donde se pierde la capa, hay que buscarla. ¿Qué jugador se retira del tapete con unos cuantos duros en el bolsillo, después de haber dejado muchos miles en la banca que aún subsiste, ni qué negociante que ha agotado su fortuna buscando el oro en las entrañas de la tierra, abandona la aventura á la vista ya del filón, cuando aún le es permitido otro esfuerzo y aún le resta un último recurso?

Acaso el error, mi error estuvo en no ser franco; acaso la agravación del mal presente consista en no serlo todavía. Yo debería decirle á la Marquesa: «Mira, Elvira: creyendo hacerme más digno de tu amor, he fingido una posición que está muy lejos de ser mi posición verdadera. He querido vivir como millonario, no siendo más que un hombre relativamente rico. Te he acompañado á la Opera, á la tertulia, al extranjero, inundando de acreedores la casa de mi padre. He seguido tu coche en las Delicias en caballos magníficos, algunos de los cuales acaban de pagarse con el precio de la venta de las alhajas de mis pobres hermanas. El sastre se ha llevado todos los años un retazo del patrimonio que me dejó mi madre. No me ha faltado dinero para los abonos al teatro y me ha faltado para las matrículas y para la compra de libros. Tamaña demencia debía conducirme prontamente á la bancarrota, y en plena bancarrota estoy.

Elvira mía, te entrego estos datos de mi vida íntima, no para excitar tu com-

pasión, que tal cosa fuera indigna de mí. Yo puedo pedirte el respeto á la fe jurada, pero no implorar tu consecuencia; yo puedo matarte si me olvidas, pero no puedo despertar tu memoria al golpe de mis lágrimas. Soy franco, no por cálculo, no por bajeza, sino por sentimientos muy distintos, porque ya es hora, en una palabra, de que conozcas el agravio que te he inferido, juzgándote capaz de quererme sólo por razones en extremo ajenas á mis prendas personales. En todo caso, no podrás quejarte de que te haya engañado hasta el fin.»

Si yo le hablase de esta suerte, Elvira es buena, es desinteresada, y mi infortunio me ligaría más estrechamente á su corazón. ¡Pero y si me equivocara! ¡Y si fuese de la madera de las mujeres vulgares! ¡Ah! entonces caería irremisiblemente de su gracia, y ¡adiós, amor, marcado y dinero!

Declaro que no tengo valor para jugar ese albur. Ruede la bola y que el azar decida. Si mi situación verdadera ha de descubrirse, y su descubrimiento ha de

enajenarme el alma de Elvira, que sea otro, no yo quien arroje el velo.

En cuanto á vos, padre mío, no obraría cuerdamente ocultándoos algo. He hecho muchas cosas que os han desolado; pero mi última hazaña, ¡ah! me cuesta sonrojo referiros mi última hazaña; y sin embargo, es preciso. Sabed... sabed que los treinta mil reales que me enviasteis para taparle la boca á D. Jerónimo y conseguir que nos aplazara hasta la cosecha de aceite, los he perdido. Sí, sí, padre mío, los he perdido. Pero no descarguéis sobre mi corazón todo el peso de vuestra ira. En cuantas cosas me pasan tiene siempre la fatalidad su parte, no pequeña. En esta aventura la tiene toda íntegra. Oídme y jugadme. El día cinco hubo carreras de caballos en la Alameda Grande. Yo ocupaba un sitio al lado de Elvira en una de las tribunas del hipódromo. Pocos momentos después de comenzada la fiesta se nos aproximó el joven Conde de Nul, uno de mis infinitos rivales, manifiestamente preterido por la Marquesa.

—¿Conocéis el caballo Águila, del banquero Hernández, de Jerez?—me dijo el Conde.

—Lo conozco — respondí desabridamente.

—¿Y el Ruztán, del Duque de Valias?

—Lo conozco también.

—Son los mejores que van á correrse. ¿No creéis?

—Puede...

—¿Y por cuál apostaríais?

—¡Pchs!...

—¿No queréis medir vuestras fuerzas?

—Señor Conde, yo estoy dispuesto á medir con usted...

—¡Hola, hola! Templad vuestro enojo, amigo. Os excitáis muy pronto. Yo pretendía sólo procuraros y procurarme una ligera emoción. Iba á proponeros que apostásemos ¡cosa corta! cien habanos... Y si queréis que contemos por pesos...

—¡O por onzas de oro! Me es igual.

—¡Vaya por onzas!... Conque ponéis cien onzas por...

—También me es igual... Elegid vos.

—¡Sea! Yo pongo... ¡qué más tiene! yo pongo por Ruztán.

—Perfectamente. Y yo por el Águila.

La apuesta quedó cerrada en los treinta y dos mil reales, y no hablamos más. El Conde, no pudiendo desalojarme del corazón de Elvira, pretendía deprimirme con su dinero. ¿Debía yo abandonar el campo cuando aún podía defenderle?

Pero ¡ah! la fortuna decididamente no va conmigo. El Águila corrió menos que Ruztán, y el dinero que á la mañana siguiente debía entregar á D. Jerónimo, con más los cien pesos para completar la suma de la apuesta, que tuve que buscar prestados muy de prisa, lo entregué aquella misma noche al Conde de Nul.

Ya conocéis, padre mío, la triste historia de los treinta mil reales. Decidme ahora si he sido criminal ó simplemente desgraciado. Pero no se ha detenido aquí la bola; la bola sigue rodando. Me han arrojado de mi butaca del teatro de San Fernando, del Círculo de Labradores, del Gran Liceo, de la Academia de Jurisprudencia por falta de pago. Mañana me

arrojarán de la fonda. ¡Quién sabe si hoy mismo del corazón de Elvira!... ¡Tales andan los negocios!...

Ya no tengo sastre que me vista, comercio que me anticipe, restaurant donde me fíen, anfitrión que me tolere, amigos que me presten, ni tontos á quienes engañar. ¡He engañado á tantos!

Y no he llegado á lo mejor, porque aunque otra cosa hayáis presumido y otra cosa se desprendiera de mis mismas palabras, la hazaña de los treinta mil del pico no es mi última hazaña. La última es la que vais á oír. Escuchad, escuchad.

El Domingo de Ramos, á la salida de misa, vi á Elvira, quien furtivamente me entregó una carta. Abrí el sobre y me encontré con una tarjeta en que las hijas del Duque de la Azulina rogaban á la joven Marquesa que las honrase el Jueves Santo formando parte con ellas y otras amigas de la comisión de petitorio en la iglesia de la Encarnación. Por bajo Elvira me ponía cuatro letras, diciéndome: «¡No faltarás!» ¡No faltarás! Más le

hubiese agradecido me hubiese dicho: «¡Muérete!» Porque ¡cómo excusar mi asistencia á los oficios del Jueves Santo! ¡ni cómo pasar por delante de la mesa de petitorio y no hacer sonar alegremente la bandeja arrojando un puñado de oro! ¡ni cómo negociar un empréstito sin hacienda y sin crédito!... Padre mío, os aseguro que jamás me había juzgado idóneo para el crimen, pero en aquel instante llamaron á mi frente tentaciones siniestras. Desesperanzado de obtener la suma necesaria para satisfacer el compromiso de honor que me creaba la última exigencia de Elvira, creíme capaz de arrebatár el reloj en plena luz al primer transeunte que me tropezara. Ello es que entregado á los pensamientos más ruines pasé todo el día del domingo. Llegó el lunes, me levanté muy temprano, giré una visita á todos mis conocidos, fuí de acá para acullá, requerí prestamistas, hice prodigios de esgrima y ¡nada! Vino el martes, tanteé nuevos vados y sufrí nuevos desengaños. Amaneció el miércoles: la situación no había variado, el

bolsillo continuaba vacío, el plazo se acercaba y estuve á punto de morirme de vergüenza y desesperación; pero una idea salvadora cruzó por mi frente de pronto; cogí la pluma y escribí la siguiente carta:

«Hermosa Elvira: El 15 es el cumpleaños de mi hermana Dorotea; pretendo regalarle con este motivo una alhaja de estimación, y tengo capricho que ésta consista, á ser posible, en una pulsera de brillantes como la tuya. ¿Querrias enviármela ahora mismo para recorrer con ella todas las joyerías en busca de otra exactamente igual? Me urge hacer hoy la compra, porque la persona que ha de ser portadora del regalo sale á las ocho en el tren correo para el pueblo.»

Elvira contestó mi carta con el envío inmediato de su pulsera. ¡Una pulsera de brillantes!... Yo la besé una vez, dos veces, cuarenta veces y después... ¡después la empeñé!... Su empeño me valió doscientos duros, de los cuales distraje cincuenta con destino al pago de atrasos de fonda, gasté veinticinco aquella no-

che en una tienda de montañeses comiendo mariscos y bebiendo manzanilla con unos cuantos amigos y retuve en el bolsillo el resto.

Por fin llegó el día ansiado y temido: el Jueves Santo. Yo me desperté orgulloso, satisfecho de mí mismo, loco de alegría por la acción que iba á realizar dentro de pocos instantes. Me vestí de prisa, almorcé de prisa y me fuí á la Encarnación. No habían dado las campanas el segundo aviso para la función religiosa, y ya el Conde estaba entre un grupo de gomosos en las avenidas del templo. Cuando me vió, desprendióse del grupo, y tomándome de delantera algunos pasos, atravesó la cancela. Yo le seguí en la misma dirección y fuimos á juntarnos delante de la mesa que presidía Elvira. El de Nul dejó su ofrenda en un billete de á mil reales y yo casi al mismo tiempo dejé la mía en otro billete de á dos mil... ¡Oh! también esta vez quedó derrotado el pobre Conde, con gran contentamiento de Elvira, que me envió en una sonrisa el premio de mi victoria,

victoria que había conseguido de la fortuna como un favor tomado á préstamo y que sólo podría gozar después de extinguir la deuda. Sí; por de pronto había salido del apuro, pero metiéndome en otro peor. La primer partida estaba ganada; pero ¿y la segunda? ¿Cómo devolver su pulsera á Elvira? Esto en verdad no era difícil. Yo había reservado intencionalmente quinientos reales, y tres golpes dados á una pelotilla de quinientos reales arrojan una cifra de cuatro mil, cuatro mil, el valor del empeño de la alhaja. Todo dependía, pues, del acierto en la elección de miserables tres cartas; y terminados los oficios, corrí de la iglesia á la timba, mustio, avergonzado, despavorido, como quien va á cometer una acción que le sonroja, cediendo, mal de su grado, á una fuerza mayor. La suerte no me fué más propicia que otras veces. Jugué y perdí. ¡Ah! entonces, sólo entonces, abarqué con una ligerísima reflexión toda la enormidad de mi proceder, de un proceder estúpido que me impelía á arriesgar, por el incentivo de una va-

nagloria efímera, el éxito de una gran jugada amorosa. Sí, pues de tal modo podía desenlazarse el negocio de la pulsera!... Pero, en fin, el mal estaba hecho, y lo urgente era no deplorarlo, sino deshacerlo. Era preciso que el jueves mismo la alhaja volviese á poder de Elvira, y lo único que se me ocurrió en tan grave aprieto fué acudir á vos, padre mío, escribiros, suplicaros que realizarais un último sacrificio y me remitieseis los cuatro mil reales para el desempeño consabido; pero contando con que oyeseis mi súplica y con que vuestras estrecheces os permitieran reunir en un momento dado la suma anhelada, siempre había de por medio la dificultad de la distancia; cuatro ó cinco días de forzada espera, y el remedio llegaría tarde. No, ni siquiera vuestra magnanimidad podía valerme en semejante ocasión. La solución de tan triste asunto no podía aplazarse, y desechando la idea de escribiros, dime á pensar en otros recursos de resultados más perentorios. En este momento me sorprendió la visita de mi amigo Luisito, de

quien os he hablado muchas veces. Luisito, aunque atolondrado, calavera y vicioso, es hombre que tiene *rasgos*, y aunque con la generalidad no se comporta bien, realiza, cuando de mí se trata, acciones muy nobles. De modo que es mi confidente y mi consejero en los asuntos íntimos, lo trato como hermano y no tuve reparo en referirle las luchas á que mi ánimo se hallaba entregado, cuando tan agradablemente me sorprendió con su presencia: «Pues mira — me dijo, — no tienes más remedio que confiar de nuevo á los azares del tapete la reivindicación de esa pícara pulsera. — ¿Con qué dinero? — ¡Toma! dinero no ha de faltarte para ese nuevo albur, pues sobrarán personas (y en definitiva yo de eso me encargo) que te compren la alhaja dándote sobre el valor del empeño mil, dos mil, ó cuatro mil reales, con la condición (también de esto pudiera yo responder) de que la venta no quede consumada hasta que trascurren ocho ó más días, dentro de cuyo plazo podrás rescatarla, abonando un interés usurario de un veinte, un treinta ó

un cuarenta por ciento. Dirás que esto es ahondar el agujero, pero perdido por uno, perdido por mil y quinientos, como luego se dice. Pudiera ocurrir que el comprador se encariñase con su compra y no quisiera deshacer la venta, faltando á la condición de un contrato cuyo cumplimiento, después de todo, no habías de exigirle en los tribunales por miedo á un escándalo de consecuencias peligrosas para ti solo; pero eso no es probable, y en todo caso, *por el dinero baila el perro*, ¿comprendes? Sí, al dinero nada se le resiste, y podrás comprar una joya exactamente igual, ó mejor, de mucho más precio, siendo distinta, para improvisar á tu amada una leyenda, fábula ó historia en que resultase que un doméstico infiel te había robado su pulsera, la cual sustituías con otra (la que comprases) de mayor mérito y estimación. Conque si te parece... Vamos, ya sabes que estoy á tu disposición.»

Yo no titubeé en aceptar el plan de Luisito, convencido de que, dado el sesgo del asunto, no podía prometerme so-

luciones mejores, y el pobre muchacho corrió con generosa diligencia en busca de mi libertador. Al día siguiente, es decir, ayer viernes, á las once de la mañana, Luisito se presentó en mis habitaciones acompañado de un hombre bien vestido, pero mal trazado, de aspecto ridículo y pretencioso, con ínfulas de gran persona y aire de accionista anónimo de alguna [sociedad de ruleteros. «Este señor—me dijo Luis señalando al desconocido,—este señor se muestra resuelto á entrar contigo en tratos sobre la venta de la pulsera. Por lo que se refiere al compromiso de devolvértela dentro de un plazo corto, muéstrase conforme, siempre que éste no exceda de quince días, y previo, naturalmente, el reembolso de su capital, con la añadidura del interés de un 30 por 100 por vía de indemnización, remuneración ó como quiera llamarse. Ahora sólo falta que el señor vea lo que va á comprar y que ustedes se convengan en el precio. De modo que puedes echarte el resguardo en el bolsillo y nos iremos á la casa de

préstamos donde se encuentra la alhaja.»

Inmediatamente nos dirigimos los tres al establecimiento en cuestión, y aunque no de muy buen grado, el prestamista consintió en enseñar la pulsera, que el desconocido miró y examinó detenidamente. «Esto vale—dijo después de algunos minutos—seis mil reales.» Luis pretendió hacerle subir hasta ocho; pero el comprador se cerró en los seis, y yo, deseando salir pronto del paso, exclamé: «Queda hecha la venta». «Esperad—añadió el hombre;—desde luego os tomo por lo que sois seguramente, por un caballero, y claro se está que la alhaja que me vendéis vuestra es; pero el negocio no prescinde de sus formalidades, y bueno será que me firméis un papelillo en que conste siempre la legitimidad de la cosa que os compro.» Yo estuve á punto de romper el trato; tal fué la indignación que me produjo semejante salida de tono; pero Luis intervino oportunamente, diciéndome: «Mira: nada tiene de ofensivo para ti lo que el señor pide, ni es cosa del otro jueves que

tú accedas á su ruego. Todo queda reducido á que redactes una cuartilla de papel en esta ó parecida forma: «Yo, Leonardo Rosales López, declaro ser de mi propiedad la pulsera de brillantes que á Fulano de Tal vendo en seis mil reales. Sevilla y tantos, etc., etc.»

No hice la menor objeción á Luis, en mi interés de terminar inmediatamente un asunto tan enojoso, y sirviéndome de modelo sus mismas palabras, suscribí el documento que se me reclamaba con mis legítimos apellidos, que habría deseado ocultar, y que hubiera ocultado seguramente si mi amigo, por una imprevisión disculpable, no los hubiera hecho públicos en presencia del interesado.

No pasó más. El desconocido, que dijo llamarse Domingo Moreno, pagó al prestamista sus cuatro mil reales, me dió el resto y se llevó la alhaja. Yo tomé la senda de antemano señalada. Me fuí al casino y empecé bajo los más felices auspicios mi nueva aventura. En menos de dos horas logré reunir veintitantos

mil reales; pero el azar fascina; la atmósfera del tapete, como el humo de la pólvora, embriaga, y embriagado, fascinado, con todos los engreimientos y los optimismos del vencedor, seguí jugando. Habíame hecho además la siguiente reflexión: más fácil es ganar con mil duros cinco que con ciento mil. La fortuna, después de tanto tiempo de ausencia, empieza ahora á sonreirme, y tomaría seguramente por desaire el que le volviese la espalda conformándome con su primer caricia. Y luego... ¡qué son cinco mil pesetas! ¡Si al menos hubiera reunido para reintegrarme de la pérdida de la apuesta del Conde y conseguir la devolución de la pulsera y reservar algunos cientos de duros para tapar unos cuantos agujeros y seguir *faroleando*! Pero ¡ah! no pensé que la codicia rompe el saco, y la fortuna, en menos tiempo del que tardó en construírmelo, deshizo mi castillo. ¡Castillo de naipes al fin!...

En tales circunstancias y bajo tales impresiones os escribo, padre mío, bien apercibido de que sólo puedo obtener de

vuestra magnanimidad mi salvación. Las contrariedades que os revelo os llenarán el alma de congoja, y aun os afligirá mucho más el exceso de color con que os las pinto; pero de propio intento me he extendido en pormenores, porque sólo conociendo en todo su alcance mi situación podréis mejor medir la necesidad y la urgencia de vuestro esfuerzo, y porque quiero que esta carta sea una especie de confesión general, preámbulo cristiano de una nueva vida de arrepentimiento y de paz que me reconcilie con Dios, con vos y con mi propia conciencia.

No ignoro que, hoy por hoy, constituye para vos un sacrificio extraordinario el desembolso de seis mil reales; pero, sea como sea, necesitáis enviármelos, porque, sea como sea, la pulsera necesita volver inmediatamente á poder de Elvira.

Considerad que el dinero que lleváis gastado conmigo desde que cursé el primer año de humanidades no ha sido, al menos en su mayor parte, tirado al río;

y considerad que todos los anticipos deben pareceros pequeños á la vista de la cosecha. Creedlo, padre mio: Elvira dará para todo. Elvira será mi bien último, la noble sombra de mis hermanas, el consuelo de la ancianidad vuestra, nuestra común felicidad y nuestra común fortuna. Por Dios, ¿qué mayor orgullo para vos que el ver entrar por vuestras puertas, después de algunos años de estudios prácticos, á vuestro hijo hecho todo un Marqués, cuando sólo podíais prometeros verle hecho un simple abogado? ¿Qué mayor orgullo y qué mayor gloria que poder decirles á los señorones de ese pueblo que le llaman castillo á un palomar, y estados á un cortijete, y jardines á una docena de macetas, y linaje á descender de un pobre diablo enriquecido en el contrabando ó en el comercio de cuatro miserables baratijas: «Miradlo. ¡Yo, hombre tosco, ignorante, sin educación y sin prosapia, que jamás comí á manteles ni figuré entre caballeros, he podido engendrar un Marqués!»

Pero ¿te ha entregado ya la Iglesia á

Elvira? — me preguntaréis. Casi, casi. Elvira concluirá por hacerme su esposo. Ella es una muchacha romántica, terca, voluntariosa. Vive demasiado alejada del aturdimiento y de la corrupción de lo que ha dado en llamarse el gran mundo. Tiene gustos muy distintos de los de las demás muchachas de su tiempo y de su alcurnia. Le encantan las flores, los pájaros y los goces de la familia, y le empalagan las pompas de las altas esferas, los triunfos de la coquetería y las intrigas del amor de los salones. Apenas sonrío cuando yo no la miro, y apenas si alienta cuando yo no la hablo. Está herida de un amor fulminante. Los obstáculos, en todo caso, sólo pueden venir del lado de su mamá; pero la Marquesa viuda siente por su hija verdadera idolatría, y sería capaz de arrojarse por un balcón si tal cosa á la niña se le antojase. Además, muchas veces, hablando con otras señoras, he oído decir á D.<sup>a</sup> Ángela: «El mundo anda malo, y los hombres no andan mejores. Creen tener sobre nosotras una autoridad superior y extre-

ma, derivada no sé de dónde, y esto me asusta hasta tal punto que, olvidándome de lo que debo á mi nombre y á mi raza, preferiría para Elvira un joven oscuro y honrado que la mimase, á un Príncipe que pretendiera hacerse cobrado de su mayor rango, desconsiderándola».

Por lo que se refiere á mi competidor, estoy tranquilo. El Conde de Nul es todo un mamarracho. Tiene la cabeza larga y angosta, los ojos pequeños y verdosos, la barba lacia y raquítica, la nariz desparramada y el labio inferior caído como un jirón de carne que pugna por desasirse de una cara ridícula. Estas irregularidades no están compensadas por determinadas excelencias de su parte moral é intelectual, pues intelectual y moralmente resulta más odioso; no tiene entendimiento ni corazón.

Tampoco puedo temer que la revelación de algo en mí oculto tuerza la voluntad de la Marquesita, pues cuanto haya podido contribuir á enamorarla lo llevo por delante. Sabe que no soy aris-

tócrata, aunque no cree que pertenezco á una familia tan humilde.

Comprenderéis ahora, padre mío, que lo de Elvira no es un espejismo, ni una ilusión, ni un sueño de poeta. Las nupcias, las verdaderas nupcias, el ayuntamiento de los corazones, el solemne pacto de las voluntades, celebradas están; sólo falta la boda oficial. Digo, esto contando con que realicéis el sacrificio que os reclamo, pues la pícara pulsera pudiera ser la piedrecilla que hace, á las veces, descarrilar el tren.

¡Por Dios, padre mío, que cosa tan pequeña no atravesase el camino á dicha tan grande! ¡Por Dios, que pase de mí pronto esta zozobra mortal! Seis mil reales de más ó de menos no pueden mejorar ni empeorar vuestra actual situación. En cambio... pero ¡para qué deciros nada si ya os lo he dicho todo!... Padre mío, venga ese nuevo sacrificio, y que venga á prisa. Inspiraos para realizarlo, no ya en vuestra solicitud paternal, si es que hoy mi recuerdo os afrenta ú os encoloriza; inspiraos en vuestras propias con-

veniencias de labriego codicioso. Figuraos que se trata de gastar unos cuantos cientos de duros en la última labor de escarda de un sembrado que promete riquísimas mieses.

Vuestro idolatrado, vuestro siempre idolatrado hijo

LEONARDO.

Sevilla y Abril 8 de...

.....

.....

P. D. Desde la cárcel.

Padre: Después de escrita y de cerrada esta carta, y en el momento en que me disponía á salir á la calle para dejarla yo mismo en el correo, recibí una de Elvira, así concebida: «Señor mío: Aunque tarde, la Providencia se ha servido descubrirme los designios de usted. Yo le creí un caballero y ha resultado un estafador. El estafador está perdonado: no irá á los tribunales seguido de las piezas de convicción de su delito. ¡Pero el amante!... ¡Ah! para el amante engañoso, indigno, falsario, habrá siempre en mi memoria

un recuerdo odioso y en mi alma un grito de reprobación».

La rápida lectura de esas líneas me hizo comprender, sin esfuerzo, toda la realidad del infortunio que se atravesaba, para siempre, en el camino de mi existencia fatal. Por de pronto, no sentí las congojas del bien perdido, sino las ansias de una venganza enloquecedora, porque era indudable que en todo este asunto había de por medio una mano alevosa. Lancéme inmediatamente á la calle en averiguación de las circunstancias cuya concurrencia casual ó intencionada, de seguro intencionada, había puesto de manifiesto á Elvira lo ocurrido con su pulsera, pues aunque la Marquesita no hablaba de semejante cosa en su carta, adivinábase fácilmente que sólo á ésta podía referirse.

Mis indagaciones no fueron infructuosas, ni de resultados tardíos, porque como *el traidor no es menester siendo la traición pasada*, la misma persona favorecida con la deslealtad hizo públicos el delincuente y el delito. Supe, por lo tanto, desde

los primeros instantes, que el autor de esta tragedia en que yo figuro como única víctima había sido... ¿quién diréis? había sido aquel á quien yo creía mi mejor amigo, aquel á quien consideraba casi como un hermano, ¡¡había sido Luisito, nada menos que Luisito!!

¡Oh, este miserable, apenas abandonó mi casa el Jueves Santo, después de proponerme la venta de la pulsera, se fué derechamente á la casa del Conde de Nul, y le dijo con terrible descoco: «Supongo que os convendrá deshaceros de Leonardo Rosales, y yo puedo proporcionaros tan espléndida ventaja, sin que nadie adivine, siquiera, que habéis, de algún modo, trabajado para obtenerla». Entonces le refirió íntegramente la historia de la pulsera, y añadió: «Si os parece, puede figurar como comprador una persona de vuestra confianza, vuestro mismo mayordomo, el cual, una vez perfeccionada la venta, recibirá de Leonardo (el pretexto ya lo buscaré yo) un papel escrito de su puño y letra, y en forma tal que siempre parezca y quede probada la

ruindad de vuestro competidor. Después entregaréis ese papelillo y la pulsera á la Marquesa viuda, y *¡tableau!* Pero, Conde, estos favores no se hacen á *humo de pajas*. El mundo es un gran mercado. Si aceptáis mi proposición, compráis vuestro sosiego, deshaciéndoos de un rival poderoso, y el que compra, paga. Yo os vendo algo más de una alhaja ó una finca: os vendo un secreto de honor, una ayuda eficaz para un negocio redondo, y el que vende, cobra. ¿Entendéis?... ¡Hola, hola! En vuestra mirada, en el movimiento de vuestra fisonomía inteligente y jovial observo algo así como señales de asentimiento, y aun una cierta expresión que yo traduzco en esta frase: «Lo que falta ya es convenir el precio. ¡Vaya, decid el precio!» Pues señor mío, lo que os ofrezco vale quinientos duros. Sé que la revelación del secreto la habéis comprado de balde, pues, si os place, podéis volverme la espalda, llevándoos embutida la historia de la pulsera, y en paz. Pero ¿y lo que queda por hacer para redondear el negocio? En fin, Conde, medita».

El Conde no vaciló un instante, aceptó la traición y el precio. Lo que ocurrió después ya lo sabéis.

¡Ah! cuando adquirí la certeza de cuanto os llevo referido, juré tomar una revancha perentoria y sangrienta. Busqué por todas partes á Luis Radio y al Conde de Nul; mi gusto habría sido comenzar con el primero; pero tropecé antes con el último, y en una revuelta de la calle de la Concepción atravesé en pleno día el pecho del Conde de Nul con el acero de mi florete. El Conde cayó bañado en sangre, yo no pretendí huir, la multitud nos rodeó, y atado codo con codo fuí conducido por los agentes de la autoridad á presencia de la justicia.

Señor Lorenzo Rosales: ya tenéis á vuestro hijo con la carrera concluída. Gran carrera: ¡carrera de estafador y de asesino! Ya tenéis á vuestro hijo mucho mejor de lo que podíais apetecer: deshonorado y en la cárcel. «¡Esa es tu obra!» exclamaréis. No, ésa no es mi obra; no es ni siquiera la de la fatalidad. Esa obra, buen hombre, es sencillamente la vues-

tra. Sí, la vuestra, porque, ¿con qué derecho me arrebatasteis del seno de esos campos bienhechores, de esa soledad amiga, de ese hogar aquietado, henchido de sencillas venturas y de cristianas memorias donde yo nací, donde debía vivir, donde vivieron y murieron tranquilamente todos los míos, para lanzarme á las borrascas y á las ignominias de la vida desasosegada, impura y peligrosa de las grandes ciudades?... ¡Estudiar, estudiar!... ¿Estudiaron vuestros antepasados? Vuestro bisabuelo guardó cerdos; vuestro abuelo tuvo quien se los guardara, pero trató en ellos; vuestro padre compró con los cerdos tierras, que el pobrecito, á fuerza de sudores, descuajó, haciendo fértiles vegas de montes vírgenes cuajados de pinastros y retamas. Y, sin embargo, todos vivieron felices, teniendo siempre á los suyos en la mesa común y bajo el común techo. Vos mismo habéis cavado y habéis arado con la propia azada y la propia reja con que cavó y aró vuestro padre; habéis visto discurrir los días en hermosa paz sin otro de-

seo, á cuya satisfacción constantemente ha ocurrido la naturaleza pr6vida, sin otro deseo que llenar todos los agostos vuestros graneros y aumentar todos los bienios vuestra heredad. ¿Por qué á la vista del camino donde alcanzasteis y alcanzaron los vuestros reposo y honra habeisme empujado en direcci6n á una senda distinta? ¿Qué es lo que obr6 en vuestro ánim6 para conducirme del cortijo á la universidad? ¿El amor al hijo? ¡Pardiez, no! No fué el amor al hijo; fué la vanidad de padre.

Un día mirasteis hacia vuestros progenitores, os encontrasteis con un porquero por tronco del árbol genealógico y dijisteis: «¡Vaya un origen sucio! Esto no se puede aguantar; es necesario subir el nivel de la familia», y me tomasteis á mí por *anima vili* para el ensayo. ¡Ah! y si al menos hubieseis cuidado luego de mi educaci6n... ¡si hubieseis tenido una ingerencia saludable y continua en la marcha de mis estudios!... ¡si en vez de pedirme, desplegando un rigor paternal impropio, las cartas de Elvira para sola-

zaros estólidamente con los amoríos de un bellaco y una Marquesita, hubiéraisme exigido todos los años los certificados de prueba de curso!... sí... ¡Pero, padre mío, qué es lo que estoy diciendo! Padre mío, perdonadme. Creedlo, os lo imploro; yo estoy loco. Sí, creedlo; mirad que os lo digo en un momento en que la razón, sacudiendo briosamente las brumas que le disputan la luz con tenaz imperio, hace un último sacrificio por triunfar y revivir... ¡Reconveniros, insultaros! ¿Es esto lícito? ¿es esto cuerdo? ¡Cómo! ¿Desde cuándo el ofensor puede constituirse en juez del ofendido? ¿Desde cuándo puede el reo pedirle cuentas á su juez? Vos sólo sois mi tribunal y mi víctima, y vos sois el único que tiene derecho á quejarse y á perdonar. ¡Oh, padre cariñoso y malaventurado, cuán tristemente he respondido á vuestros desvelos y á vuestros afanes! Me disteis medios de sobra para mejorar mi condición. ¡Qué culpa tenéis vos si con esos mismos medios con que debí construirme un palacio me he construído una tumba!

Ahora, ahora es cuando comprende vuestra grandeza, vuestra ternura, vuestra magnanimidad; lo que me habéis querido, lo que me habéis amado, ahora, ¡ay de mí! cuando no puedo remuneraros, corresponderos, ahora, en el momento mismo de morir. Sí, de morir, porque estas tragedias tienen su desenlace de pie forzado. Sí, porque cuando se vive como yo he vivido, sólo es posible la redención satisfaciendo uno por su propia mano á la vindicta pública.

Pero ¡ah! mi primer lágrima y mi último pensamiento serán todo enteros para vos. ¡Ah! cuando el arma amiga abra su boca cerca de mi inquieta sien, repercutirá en vuestro corazón el dulce eco de esta postrera voz escapada del pecho agonizante de vuestro infeliz Leonardo: «¡¡Padre mío!! ¡¡Padre mío!!»







### III

*Del número 1,147 de la A. M. R. á un señor catedrático  
de lugares teológicos.*



SEÑOR: Aunque ciño al cinto espada, alma en el cuerpo embutida llevo, y despojado de la entonación zahareña propia del hombre de los campamentos, acércome anheloso á vuestra paternidad conspicua y reverenciabile, en consulta de uno, al parecer, muy serio caso de conciencia.

Ya sabrá usted, pues la noticia pertenece al dominio público, que existe en el reino desde hace algunos años una

asociación militar republicana, cuyo noble esfuerzo se dirige á procurar por los medios posibles el provecho de los asociados. Se trata, en suma, de una sociedad cooperativa, si no consentida por la ley, sustentada sobre los más rudimentarios principios de la ciencia económica. Pero tales censuras contra ella se fulminan, y de tal suerte somos sus miembros tratados y perseguidos, que yo, en mi rectitud caballeresca, he llegado á temer si un acto que juzgaba y aún juzgo meritorio puede llevar en su fondo ocultas más ó menos graves responsabilidades; por lo cual me alzo del propio dictamen al consejo de usted, maestro en una ciencia trascendente y pródiga que estudia al hombre en su parte íntima, y abarca, domina y define cuanto se refiere á nuestra personalidad moral.

Decidido como estoy á resolver mis dudas, no con arreglo á lo que yo pienso, sino con arreglo á lo que usted diga, parecería natural que aguardase sus razones; pero protestando no contradecirlas, empiezo por enviarle las que tengo para

creer que ni delinco, ni pecho obrando como obro.

El establecimiento de la A. M. R. no ha sido inspirado por ningún odio personal contra hombre, poder ni gobierno determinados, y en eso estriba su mayor defensa. Á nosotros lo mismo se nos da Rey que Roque, Juan que Pedro, y apuntamos á la cabeza del que gobierna, no porque se llame *así ó asado*, ni porque lo haga en nombre de tal ó cual idea, sino porque están los cubiertos contados en todas partes, mayormente en el festín de los Dioses, y si, tarde ó temprano, todos han de gozar, como es muy justo, de lo que el tiempo ofrece y el mando produce, hácese preciso, desgraciadamente, aquello de «quítate tú, para que me ponga yo».

Lo censurable, en verdad, sería que nosotros viviéramos ociosos. Pues no, señor; lo censurable, á lo que se observa, es que procuremos buscarnos ocupación dentro de nuestra carrera. El médico, á la vista del paciente y de la familia, puede alargar las enfermedades para aumen-

tar el número de las visitas, y con el de las visitas el de los estipendios; el abogado puede intentar con los negocios lo que se hace con las tablas: desdoblarlos para sacar de uno solo muchos incidentes y dejar en la espina al pobre litigante. Esto no sorprende; debe ser quizá cosa corriente. En cambio, sublévase la conciencia nacional porque nosotros fomentemos sediciones y asonadas, como si ¡oh míseros! no tuviéramos nosotros el derecho de vivir del ejercicio de nuestra muy noble profesión.

Pero oigo que murmuran á mi oído: Señor Mil-ciento-cuarenta-y-siete de la A. M. R.: con arreglo á la lógica de usted, cualquier émulo de Caco puede volverse á sus jueces, gritándoles: Detened, detened el brazo vengador de vuestra justicia; yo no robo; yo soy un pobre hombre que no quiere estar ocioso, y que se desvive por procurarse trabajo dentro de su carrera de ladrón.

Francamente, semejante modo de argüir sería desatinar, porque entre las carreras del Estado se registra la de las

armas, no la de ladrón, y yo no sé cómo pueden ejercitarse las armas sin mover jarana.

Mucho nos holgaría y viniéranos en gusto ganar prez y provecho echando bendiciones, no repartiendo mandobles; pero alguien ha de repartirlos, y pues las artes de la guerra realizan un fin social como las bellas artes, aliéntesenos á los que las cultivamos, ensalzando nuestra abnegación, que abnegación hay en abrazar un estado que reporta á la masa común innúmeros beneficios é impone á quien lo profesa el penoso deber de ganarse el pan, el miserable pan con la sangre de sus venas.

Esos señores de la política que hacen con nosotros lo que con los licenciados de Cuba hace en Santander la gente de Puerta de Tierra y en Madrid cualquier subdelegación del Mesón del Peine, timarnos el poder de la revolución triunfante—triumfante por el solo esfuerzo material de nuestra tizona,—reconociéndonos luego un gradillo en recompensa de nuestro sometimiento al brazo civil, ó

sea cambiándonos plata por perdigones; esos capitalistas que en nombre de los intereses sociales piden mucho reposo, y en verdad que lo han menester, para comerse las pingües rentas de su hacienda, de una hacienda acaso conquistada en una ruin arteria bursátil, ó á la cabecera de un moribundo, forzando la mano del testador en la institución del heredero, ó por medio de la deshonor, convirtiendo el propio tálamo nupcial en objeto de granjería; esos que pescan truchas á bragas enjutas, que suben en volandas á la cucaña ministerial, que medran y no arriesgan; esos, esos son los verdaderos perturbadores, los grandes pícaros, no nosotros, que llevamos siempre la cabeza mal sujeta del cuello, para pagarle con ella al poder existente su victoria, si nos sale mal la jugada.

Bueno que se nos fusile si tropezamos; pero denigrarnos, escarnecernos, ¿por qué motivo? ¿Acaso hay nada más heroico, más encantador en esta España de Mazzantini que el jugarse la vida á cara y cruz? Nosotros no somos jugadores de

ventaja, como la gente política, ni hacemos la buena ventura, como la gente diplomática. Nosotros nos salimos á lo ancho de la calle, nos ponemos en medio del arroyo y le decimos al majo Francisco Esteban (aquí el majo Francisco Esteban es siempre el Gobierno): ¡Ea, defiéndete, que á por tus dominios vamos! Esto es sublime, caballeresco, digno de la musa del inmortal autor de la Araucana. Es hasta católico, apostólico y romano, pues el propio Pidal, jefe del ultramontanismo en nuestro país, y además camarlengo de Cánovas, el infalible jefe de los conservadores, lo ha dicho recientemente de un modo terminante: entre el que ataca la legalidad existente en este recinto (las Cortes) y el que la combate desde la barricada ó la montaña, hay la diferencia que media del cobarde al héroe, del criminal al adversario noble.

Es sensible, sin embargo, y ya verá usted cómo no me callo nada, es sensible que vertamos tanta sangre y despilfarremos tanto valor en luchas civiles, nomás

que en luchas civiles; pero ¿hemos construido nosotros el mapa, hemos creado la geografía, hemos puesto á España en el sitio donde se encuentra? Dado que España no puede ó no quiere ó no ostenta razón para entablar reivindicaciones territoriales, y dado que nosotros no podemos vivir sin ejercitar nuestra profesión, ó lo que es lo mismo, sin armar gresca, claro se está que, no pudiendo armarla contra los extraños, tenemos que armarla dentro de la propia casa.

Pero se nos dirá «no ejerzan ustedes la profesión». ¡Calabaza! esto en conciencia no se nos puede pedir. ¡Renunciar al pan y al ascenso! ¿Quién renuncia á los progresos legítimos de su carrera? El juez quiere ser magistrado; el joven de lenguas quiere ser Embajador; el presbítero quiere ser Arzobispo. ¡Ah, y es menguado que el alférez quiera ser General! No, no, nosotros también somos hijos de Dios; nosotros también somos españoles. Que no podemos subir sin pegar; ¡cierto! Pero no es culpa nuestra, sino del oficio.

Tan evidente es nuestro derecho, que

en parte ha venido á proclamarlo más de un hombre de Gobierno al reconocer que estamos mal, que merecemos estar mejor y que las cuestiones militares constituyen en nuestro país el más grande de los problemas contemporáneos. Vamos, ¡hasta se ha pensado en aumentarnos el sueldo! La intención es magnífica, pero la medida ineficaz; ineficaz, porque decirle á un alférez que se va á jugar la cabeza por una coronela ó á un capitán que va á jugársela por una faja: «Muchacho, toma diez ó quince ó veinte duros más cada mes y lárgate», es lo mismo que si el jefe de una timba, por temor de ser súbitamente desbancado, le dijese al punto que se ha echado cinco mil duros en la cartera para perderlos ó quintuplicarlos: «Coge un puñadillo de pesetas de la *cabe-cera* y no me apuntes».

La cuestión militar, con efecto, constituye entre nosotros un problema gravísimo, y de tal índole grave, que quien menos puede hacer para resolverlo, aunque la voluntad le sobre, es el Ministro del ramo. La pícara geografía nos ha

dejado una puerta abierta, una sola, para penetrar en tierra extraña, en Marruecos, y poder conseguir, con mayores ó menores fatigas, un aumento territorial. Pues bien, lo que no podría acometer con éxito en punto al mejoramiento del ejército español un sabio Ministro de la Guerra, podría acometerlo un regular Ministro de Estado, preparando por medio de una gestión diplomática, hábil y activa, nuestra intervención belicosa en los asuntos del Imperio marroquí. Ahí, ahí es donde está la solución.

Que se nos busque por quien, al menos, obligación tiene de intentarlo ocupación en empresas audaces, y ya se verá cómo lo que sentimos es la necesidad del motín, no el amor al motín.

Se nos compara, para sacar tristes deducciones en nuestro daño, con los ejércitos de otros países, sin hacerse cargo de lo que influye sobre un mismo organismo y una misma institución la diferencia del medio social, de la cuestión geográfica, del estado político y de las exigencias propias y las facultades ge-

niales de cada pueblo. Alemania y Francia están condenadas por la Naturaleza á una eterna revisión de las fronteras del Rhin, y cada seis, cada diez, cada veinte años promueven el correspondiente interdicto, la una de recobrar, la otra de conservar la posesión; y como todo interdicto cuando figuran como partes pueblos enteros no se resuelve sobre la mesa del juez, sino sobre los campos de batalla, el ejército francés y el ejército alemán andan el uno á la vista del otro acechando el momento de embestirse y destrozarse. Italia ha tenido hasta hace poco, lejos de sí, un enemigo implacable: el Austria; y un poder extranjero dentro del mismo recinto de su península: el Pontificado. Su independencia nacional está conseguida, pero no consolidada, y en tanto que el ejército italiano ha necesitado y puede volver á necesitar esgrimir el acero contra gente de fuera de casa, no ha dispuesto ni dispone del mayor tiempo y del mayor motivo para armarla de camorra contra los suyos. Austria, entre los dos grandes colosos del Nor-

te, con un pedazo de Polonia mal prendido á su corona; recelosa del espíritu nacional húngaro, si amansado no abatido todavía, y bajo la amenaza de las complicaciones que puede crearle la ingerencia rusa en los Principados danubianos; Inglaterra, con muchas posesiones lejanas que guardar fuera de su recinto nacional, y con cuatro soldados mercenarios para que los guarden; Holanda, temerosa de que consumada la extinción de su actual dinastía, hecho funestísimo del que puede ser presagio y aun comienzo la reciente pérdida del Príncipe real, caiga sobre sus dominios el Gran Canciller con el furor de un ave de rapiña; Bélgica, obligada á servir de crucero á los ejércitos beligerantes, siempre que vienen á las manos las gentes del Norte y del Mediodía; en fin, casi todos los países de Europa tienen, ó que temer por su integridad, ó ensanches territoriales que esperar de su grandeza y de su posición geográfica. España es el único país, el único que nada puede codiciar de nadie, ni objeto puede ser tampoco de la codi-

cia ajena. Estamos seguros en nuestra casa, pero no podemos salir de ella; y es preciso renunciar á los triunfos militares, ó hay que contarlos por otras tantas tiras menos de nuestro mismísimo pellejo. Medítenlo seriamente los poderes públicos. Es preciso, repetimos, cerrar la Academia general de Toledo é ir amortizando plazas de oficiales en los regimientos, ó hay que reconocer, aunque se nos cobre en sangre la jugada cuando perdemos el albur, hay que reconocer que no nos queda más remedio que conspirar.

Sí, desde el instante en que nuestro país, bajo el punto de vista del interés territorial, constituye una excepción dentro de las demás naciones europeas, debemos convenir en que el ejército español no puede parecerse á ningún otro ejército del viejo continente...

Tales son, respetabilísimo señor teólogo, las razones que tengo, ó mejor dicho, que tenía para creermé muy á gusto de mi conciencia y de mi honra entre los caballeros de la A. M. R. Pero como ya

que arriesgue la vida no quiero arriesgar el alma, en manos de usted, cuya imparcialidad y cuya sabiduría no pueden equivocarle, pongo la resolución de mi conducta ulterior, y su consejo serenamente espero para ratificarme ó rectificarme.

EL 1.147.





## IV

*De un fabricante de barajas á un fabricante  
de libros.*

E escribo para enviarte, por vía de aguinaldo, la adjunta libranza, y deploro la poquedad; pero cuando es larga la familia, por mucho que uno tenga, resulta excesivo todo desembolso.

Además, cada día te haces menos acreedor á mi protección, pues es mayor cada día, á lo que observo, tu resolución de continuar en ese enervante amancebamiento literario, en esa relación de

intimidad con las musas en que vives desde luenga fecha, engendrando hijo tras hijo, es decir, libro tras libro, que aumentan tus necesidades y no te dan prez.

Si, al menos, no estuviese mi ejemplo tan cerca de ti... ¿por qué no lo imitas?... Mírate, mírate, compara y véncete...

Tú ejerces un ministerio. Yo exploto una industria. Tú vuelas, yo rastreo. Tú cantas; yo trago. Tú vives entre musarañas, yo vivo en el *confort* de una casa cómoda. Pues tú estás pobre y yo estoy millonario. ¡Qué argumento éste para decidirte á abandonar el campo estéril, la región azul, el alero del tejado del Parnaso, el dominio de la literatura! Pero lo que no va en dinero va en gloria,—dirás. ¡En gloria! Maldita la que puedan proporcionarte artículos y poesías, poemas y novelas que nadie lee.

«Tú aumentas tu patrimonio, el tuyo exclusivamente; en cambio, yo ilustro, popularizo, perpetúo el nombre de nuestra familia.» Por ahí me sales siempre. Pero esto no es exacto. Aparte de que el

olvido se revela valerosamente, y siempre con éxito, contra todo conato de inmortalidad, las veleidades de la moda, soberana también dentro de la jurisdicción del arte, no dejan envejecer á ninguna reputación, y un día queda en el abandono del público el ingenio que el día antes constituyó el blanco de su admiración y el objeto de su culto.

Bécquer ha sido durante largo tiempo (y para ello necesitó empezar por morirse) poco menos que el poeta nacional, el gran lirico, el Jorge Manrique de la edad presente. Pues la última edición de sus obras está intacta; sus versos, modelo de ternura, suenan ya como notas de una ridícula sensiblería, y aquellas golondrinas tan amadas del músico, que arrullaron tanto sueño de niña y jugaron en el teclado del piano de cada hijo de vecino, empiezan á parecer animalillos alados, pegotosos, repugnantes y feos, como si fueran moscas. Zorrilla, el hombre mimado de las musas, el ídolo de las Españas, el único poeta ibero que, según el juicio de mucha gente, ha

llegado á tutearse con Homero, con Píndaro y el Tasso, anda por esos mundos de Dios á salto de mata, huyendo de la celebridad de Velarde y temiendo que el día menos pensado cualquier crítico ilustre, una semana antes de volverse loco, pretenda echarle encima á Caves-tany ó López Bago... Trueba, el pintor de cuadros de género, el narrador sencillo y elegante de la historia del campo y de la aldea, había conseguido una popularidad que muy pocos alcanzan, cuando Pereda estaba harto de escribir sin que nadie lo conociese, fuera de los habituales lectores de *La Abeja Montañesa*. Pues el que el año 60 pasaba por discípulo es hoy el maestro, y el autor de *Los hombres de pro* no vive tanto de su propia fama, que ya es mucha y merecida, como del olvido del autor de *Mari-santa*.

Ya ves, hermano, cómo el público las gasta, y eso que tú no eres Bécquer, Zorrilla ni Trueba. ¡Perpetuar el nombre de la familia! Que se te quite de la cabeza. ¡Si tal cosa la dijese yo! Yo puedo, con el ahorro de un año, con el ahorro de

los rendimientos de esta prosaica industria que me envanece, construir un establecimiento piadoso: un asilo de huérfanos, una casa de maternidad, un instituto oftálmico, y mientras las fincas que constituyen su dotación no perezcan por las vicisitudes del tiempo, ó no las acapare la codicia de un Estado detentador, vivirá mi nombre, nuestro nombre, el nombre de nuestra familia. ¡Pero la perpetuidad literaria! ¡Voto va Deo! ¿Qué libro, por hermoso que sea, fuera del *Quijote*, ó algún otro, resiste el fastidio de una generación?

Ruido, meter ruido; fama, ganar fama; ¿crees tú que ésta es para ti empresa más fácil que para mí? Tú acabas de hacer una edición de cartas literarias, muy bien escritas, sí señor, muy bien escritas. Pero ¿y qué? Acaso hayas necesitado empezar por vender alguna alhaja para el costeo de su publicación, sin conseguir otra cosa que el aplauso mercenario de cuatro aficionados, á quienes para que te lean habrás provisto gratis de los ejemplares correspondientes. Entretanto, yo

hago una edición de cartas antiliterarias, y todo el mundo me lee, adquiero notoriedad y lleno mi gaveta de pesos fuertes. ¡Observa, pues, lo que va del fabricante de libros al fabricante de barajas!

¡Cartas! ¿Puede haberlas más famosas que las mías, ni aun entre las mejores que escribieron Juan de Ávila, Santa Teresa, Solís y Nicolás Antonio? Yo estoy á la cabeza de los legítimos representantes del género, por más que el olvidadizo Sr. D. Eugenio Ochoa me omitiera en el Epistolario con que ha enriquecido la Biblioteca de autores españoles.

Pero exclamarás: «Sea como sea, yo ejerzo por medio del libro un sacerdocio augusto. El escritor honrado, independiente, cáustico y reflexivo, es el gran sacerdote, el gran moralizador de la sociedad moderna. Realiza la belleza y el bien».

Pues lo niego igualmente. Para gran moralizador, para auxiliar, cuando menos, y auxiliar poderoso de la justicia humana, también estoy yo aquí. Mira,

hermano: pretender ordenar las costumbres escribiendo dramas, artículos y novelas contra el adulterio, el rapto, la poligamia, la orgía sería encarecer la tinta, hacer subir inútilmente el precio de la botella de ese miserable líquido al precio de la botella de vino Jerez. Excitar la munificencia de los avaros con versos y la mansedumbre de los orgullosos con capítulos de leyendas sentimentales sería tanto como prometerse romper el mármol al choque del vidrio y ablandar la fiera arrojándole flores. No; mientras el viejo verde y el zagalillo aristocrático tengan dinero, el tálamo ajeno seguirá bloqueado y la doncellez de las jóvenes huérfanas, candorosas y necesitadas comprometida. El loco sólo por la pena es cuerdo; la letra sólo con la sangre entra, y yo, por medio de mis barajas, tentando la codicia de los orgullosos y de los avaros con la deslumbrante perspectiva del vicio para llevarlos al despeñadero, al tapete, y arruinando Condes, Duques, hijos de buena casa y calaveras de buen tono, contribuyo en mayor medida que

todos los presbíteros y los escritores juntos, no ya á moralizar las gentes, porque esto nadie puede conseguirlo, pero, en fin, á castigarlas.

Soy además el gran abogado, el gran amigo del cuarto estado. Vosotros os descalabazáis en el Ateneo y en esas redacciones de periódicos buscándole vado á los conflictos sociales, y yo, desde el hermoso retiro de mi jardín enriquecido con todos los árboles de la *flora asiática* y desde los divanes de mi salón adornado con mosaicos de Florencia, cortinajes argelinos y cuadros de los primeros artistas, ayudo también, y sin devanarme los sesos, en una medida que vosotros no lográis alcanzar, al mejoramiento de las clases desheredadas. Porque, Jacinto, tenlo entendido, desde que en España se viene hablando y trabajando en favor del cuarto estado, sólo se ha hecho para mejorar su suerte una cosa de provecho: la desamortización. Ya que cada criatura no pueda tener el mismo dinero, siquiera que la moneda no se estanque, que vaya y venga, que circule, que ruede. Todo lo

que fuera de este camino se busque será inútil. Contra el problema social no existe otra arma que la desamortización. Y, francamente, ni entre los legisladores del 20 ni entre los del 36 puede haber nadie capaz de pujarme á mí la plaza de desamortizador; á mí, que poseo una fuerza impulsiva extraordinaria para volver la fortuna en cualquier dirección; á mí, que con el auxilio de *mis producciones*, logro una noche dejar pobre al Duque, al banquero, al prestamista, y hacer del último tahir un espléndido burgués.

Nada, Jacinto; desde cualquier lado que me mires y bajo cualquier punto de vista que me observes, hallarás que te doy tres y raya, y te convencerás de que el prosaico fabricante de barajas está por encima, muy por encima del ilustre fabricante de libros.

¡Dinero!... No hablemos de eso: es asunto pasado en autoridad de cosa juzgada... ¡Nombre! A ti te conocen cuatro amigos, y á mí todos los españoles; cuando menos todos los españoles de la *high-life*... ¡Influencia!... Yo la ejerzo en los altos y

pequeños círculos; tú en ninguna parte... ¡Gloria!... La mayor gloria de un escritor debe consistir en sentarse en la Academia de la Lengua, pues en ese gran templo antes entraré yo que tú. Déjate de suspicacias y de ilusiones: *antes*, ¡hedicho, *que antes*! ¡Cómo! ¿No has leído, por ventura, la carta de Alfonso Daudet contra los Inmortales de París? El distinguido autor de *Nabab* ha llegado á demostrar sencillamente lo gráfico de la definición que daba Voltaire de la Academia francesa, diciendo que era «una corporación donde entraban títulos, Ministros, preladados, gente de toga, geómetras, médicos y *hasta literatos*».

Pues bien: en España no han ido nunca las cosas mejor que en Francia, y ahora sí que viene oportunamente aquello de «cuando las barbas de tu vecino veas pelar...» Es decir, á tus vecinos Dumas, Balzac, Michelet, Teófilo Gautier les dió la Academia francesa con sus puertas en los hocicos; en cambio, se las abriría de par en par al cronista (¿?) de algún Tenorio con corona ducal ó al jefe

de la contabilidad de las dependencias particulares de algún banquero improvisado. ¡El dinero! Siempre el dinero, en todos tiempos y en todas partes; y como tú no lo tienes y lo tengo yo, si alguna vez alguien de la familia penetra en la Academia Española, ése seré yo, pero no tú.

Jacinto, basta ya. En nombre de la justicia y como homenaje debido á la tradición, al gusto reinante y al éxito, le pide paso, y paso franco, el industrial al literato, el autor de barajas al autor de libros.

Tu hermano

PEPE.

FIN DE LA OBRA



## ÍNDICE DEL TOMO II

### Correspondencia sociológica

|              | <u>Páginas.</u> |
|--------------|-----------------|
| CARTA I..... | 7               |
| — II.....    | 17              |
| — III.....   | 53              |
| — IV.....    | 67              |
| — V.....     | 111             |

### Correspondencia histórica

|              |     |
|--------------|-----|
| CARTA I..... | 121 |
| — II.....    | 129 |
| — III.....   | 143 |
| — IV.....    | 153 |
| — V.....     | 161 |
| — VI.....    | 173 |
| — VII.....   | 183 |

**Cartas sueltas**

|                                                                                           |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Del jefe de una diócesis política al Ministro<br>de ***, el mayor de los Metropolitano... | 191 |
| De un estudiante á su padre.....                                                          | 249 |
| Del número 1.147 de la A. M. R. á un señor<br>catedrático de lugares teológicos.....      | 283 |
| De un fabricante de barajas á un fabricante de<br>libros.....                             | 297 |





